VOLUMEN
94

Alberto Adriani

Biblioteca Biográfica Venezolana

Luis Xavier Grisanti

EL NACIONAL

Fundación BANCARIBE

Luis Xavier Grisanti

Es economista (Universidad de George Washington) con postgrado en Negocios Internacionales (Universidad de Georgetown). Master en Administración y en Política Internacional (Universidad Libre de Bruselas). Tiene una experiencia de 25 años en PDVSA y en el servicio exterior. Fue gerente de planificación comercial de PDVSA, gerente de planificación y finanzas de una empresa mixta petroquímica, director del gabinete del Ministerio de Energía y Minas, ministro consejero de la embajada de Venezuela en Washington, viceministro de Hacienda y gobernador alterno ante el Fondo Monetario Internacional. Asimismo, se ha desempeñado como director principal del Fondo de Inversiones de Venezuela y embajador de Venezuela ante la Unión Europea, Bélgica y Luxemburgo, como presidente pro tempore del Grupo Latinoamericano (GRULA) y de la Comunidad Andina de Bruselas. Ha sido director de la Corporación Andina de Fomento y asesor del presidente del Banco Interamericano de Desarrollo.

Es presidente ejecutivo de la Asociación Venezolana de Hidrocarburos (AVHI), vicepresidente de la Asociación Amigos de la Universidad Simón Bolívar y su representante en la Universidad de Oklahoma. Columnista del diario *El Universal* de Caracas, profesor de Economía Latinoamericana en la Universidad de Boston Bruselas y director de la Asociación Internacional Andrés Bello de Bruselas, de la cual fue su presidente fundador.

Es coautor del libro *Francisco de Miranda, l'Europe et l'Integration latinoamericane*, y autor del libro *El nuevo interregionalismo trasatlántico: la asociación estratégica Unión Europea–América Latina*. Además, escribió la biografía de Manuel R. Egaña para esta misma colección.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Alberto **Adriani**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi
Coordinador Editorial: Diego Arroyo Gil

Consejo Asesor
Ramón J. Velásquez
Eugenio Montejo (†)
Carlos Hernández Delfino
Edgardo Mondolfi Gudat
Simón Alberto Consalvi
Diego Arroyo Gil

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero
Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre
Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi
Gerente Unidad de Negocios Libros El Nacional:
María Cristina Serrano
Asistente de proyecto: Ilianna Severiche

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI
Fotografías: Cortesía familia Adriani (portada y p. 9)
Impresión: Editorial Arte
Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf54520089204375
ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)
ISBN: 978-980-395-230-3

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre Bancaribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, Bancaribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo "afirmativo venezolano". Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy
Presidente de Bancaribe

Miguel Henrique Otero
Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Alberto **Adriani**

(1898-1936)

Luis Xavier Grisanti

De la isla de Elba a Los Andes de **Venezuela**

Cuenta la mitología que la diosa Venus Tirrénica irrumpió de las profundidades del Mar Tirreno y partió una diadema de perlas que adornaba su cabeza. Al caer las perlas se formaron las siete islas que integran el Archipiélago Toscano. La más grande de ellas es la isla de Elba.

Elba es una isla volcánica de 225 kilómetros cuadrados. Sus pequeñas playas cristalinas completan su montañoso interior, donde el pico más alto, Monte Campanna, mide 1.000 metros. Se la disputaron griegos, etruscos, cartagineses y romanos. Napoleón Bonaparte fue soberano de la isla durante su primer exilio. El Gran Corso reanimó el cultivo de castañas y desarrolló una industria vitícola.

A fines del siglo XIX, los elbanos, como los italianos peninsulares, sufrieron una profunda crisis económica que liquidó sus cultivos. Más de 2 millones de laboriosos italianos partieron para América. Las familias de Elba escogieron como destino los Andes venezolanos, inducidos por el auge agropecuario del país o por el llamado alentador de un pariente.

Los Adriani habían cultivado la tierra durante generaciones. Carlo Adriani se alistó en la expedición de los 1.000 hombres que acompaña-

ron a Napoleón en su espectacular retorno al poder en Francia. Corta sería la gloria pues debió regresar a Elba después de la derrota de Bonaparte en Waterloo. Su hijo Marco participaría en la unificación de Italia al lado de Giussepe Garibaldi; pero volvería también frustrado por la traición de que fue objeto el héroe. Nunca más se metería en política, habría dicho el padre del niño José Antonio Adriani Barzalini.

Pero José Antonio y su esposa María Caterina Mazzei Marchiani –quienes se habían casado el 6 de octubre de 1892–, ante un futuro incierto, apuestan por la perspectiva más certera de bienestar en América. Un tío de María, oriundo de Pisa, era un próspero agricultor en Argentina. De regreso en Italia, exhorta a los sobrinos a marcharse al país sureño; pero José le plantea visitar primero a dos hermanos, quienes se habían establecido en San Simón, estado Táchira.

José, que frisaba los 25 años, y María, de 19, empacan sus pertenencias en Poggio y se embarcan en Portoferraio hacia Piombino en la Toscana, desde donde viajan a Génova. La línea trasatlántica italiana despachaba dos barcos al mes, el Orazio y el Virgilio; nombres que llamaron la atención, no sin nostalgia, a la pareja emigrante, amante de la antigüedad romana: "Italia honrará por encima de todo a sus poetas", habría dicho José al zarpar en el Orazio, a fines de octubre de 1892.

El 7 de diciembre de 1892 recalan en Maracaibo. La llegada de la pareja coincidió con el triunfo de la Revolución Legalista, encabezada por el general Joaquín Crespo, caudillo de la Guerra Federal, quien, por segunda vez, gobernaba a Venezuela. La nación contaba con menos de 1.800.000 habitantes; poco más de 3.000 eran italianos entre los 43.000 extranjeros residentes. El valor de la actividad económica ascendía a Bs. 248 millones y la agricultura y ganadería representaba el 47% del producto nacional. Venezuela era un país agro-productor.

Los Adriani Mazzei siguen en piragua hacia Encontrados, desde donde toman el ferrocarril hacia La Fría. Ascienden en mula la Cordillera Andina hasta La Grita, vía Seboruco, donde fueron huéspedes de don Giuseppe Galeazi. En febrero de 1893 se reencuentran con los hermanos en San Simón y les acompañan durante tres meses. Deciden, en mayo, asentarse en la cercana Zea, estado Mérida. El embarazo de María obliga a la joven pareja a cambiar de planes. El 16 de octubre nace su primer hijo: Domingo.

La pequeña pero pujante Zea formaba parte del sistema de producción y exportación cafetalera de la región occidental de Venezuela. A partir de 1870 los estados andinos se convirtieron en los primeros productores del país. Venezuela pasó a ser el segundo productor mundial. En tres décadas la producción nacional se triplicó. Las fincas que circundaban las poblaciones de Tovar, Zea, Santa Cruz de Mora, La Azulita, Santa Apolonia y Mesa Bolívar formaron el subsistema productor del estado Mérida.

La antigua Aldea de Murmuquena, nación de los Motilones, fundada en 1783 y rebautizada Zea en 1851, tenía una población de 273 habitantes cuando se residenciaron los jóvenes esposos. Había sufrido los embates de un terremoto donde perecieron 69 personas. José, junto con Cayetano Giordano, Quirico Sardi, Horacio Velasco y Alfredo Sánchez Cabrales, lideraron la reconstrucción del pueblo. Trazaron la nueva Plaza Bolívar y reconstruyeron la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes.

Los Adriani Mazzei promovieron la construcción del primer hospital, la instalación del telégrafo y el correo, la luz eléctrica, la primera imprenta y el primer periódico, la escuela y la banda municipal. Fundaron el "Club Social 19 de Abril". Su hogar "era un pedazo de Europa en la calle principal de Zea", señala Miguel Ángel Burelli Rivas. La pareja se distinguió por la difusión de la cultura europea e italiana. R. A. Rondón Márquez apunta: "(...) libros escogidos, discos seleccionados cuando sólo podían llevarse allá fonógrafos y vitrolas, álbumes de cuadros y esculturas célebres y conversación distinguida (...)".

Los Adriani Mazzei se consagraron al cultivo del café, la cría de ganado y el comercio. Se convirtieron en uno de los principales productores de la región. Fundaron fincas en el Alto Escalante: El Bejuquero, Guaruríes, Arenales, La Seca, Potosí, Caño Hondo. El comercio del café era controlado por las casas alemanas e italianas de Maracaibo, a las cuales los productores andinos vendían su mercancía, confiaban sus ahorros a interés y financiaban la cosecha.

El fundador de la familia fue un referente para los agricultores del cantón. José hizo que sus hijos dominaran desde la infancia los afanes de la producción agropecuaria. Les consultaban los más recientes datos y tendencias del negocio. Sus relaciones comerciales les facilitaron

el conocimiento del mercado mundial del café. Desarrollaron estrechos lazos con las casas de don Elio Burguesa en Tovar y de don Tito Abbo en Maracaibo. A Zea llegaban los *Boletines de la situación comercial* provenientes de las casas del Zulia.

José Adriani y María Mazzei procrearon una familia honrada integrada por cinco hijos, Domingo y Amadeo, agricultores; Alberto, economista; Elbano, médico y Delia María. Nunca abandonaron su terruño. Vivieron hasta el fin de sus días entre las paredes de su cómoda y austera casa de Zea. Se hicieron andinos a plenitud sin olvidar sus raíces italianas. Católicos creyentes de pensamiento progresista, inculcaron en sus hijos el culto por el trabajo, la cultura y el espíritu de superación de los inmigrantes.

Infancia y adolescencia **en Zea**

Alberto Rómulo Adriani Mazzei nació el 14 de junio de 1898 en el pequeño pueblo agrícola de los Andes escogido por sus padres italianos después de abandonar Poggio seis años antes. Hacia 1895 los Estados Unidos sufría una recesión que tuvo repercusión mundial. Los precios de las materias primas descendieron. El panorama se agravó por la contratación de empréstitos internacionales.

El producto nacional de Venezuela se contrajo de Bs. 347 millones en 1893, a Bs. 285 millones en 1897. El valor de la producción agrícola y pecuaria descendió de Bs. 161 millones a Bs. 134 millones (17%). El general Crespo logró capear el temporal. La producción agropecuaria se recuperó y alcanzó su nivel más elevado desde 1830: Bs. 203 millones en 1899. Ese año la actividad agropecuaria representó el 63% del producto nacional.

Un nuevo ambiente de crispación política se generó por el desconocimiento de la voluntad popular en las elecciones presidenciales de 1897. El general José Manuel Hernández, "El Mocho", fue "derrotado" por Ignacio Andrade y se levantó en armas. Crespo salió en defensa de su protegido y fue asesinado. Aprovechando la debilidad del régimen, un audaz caudillo de Capacho, el general Cipriano Castro, se hizo del poder en octubre de 1899, iniciando una dictadura militar que duraría hasta 1908, cuando sería traicionado por su compadre, paisano y

vicepresidente de la República, el general Juan Vicente Gómez, quien gobernaría a Venezuela hasta su muerte en 1935.

La infancia, juventud y adultez de Alberto Adriani transcurrirán durante los largos 37 años que van desde la elección fraudulenta del general Andrade, a los 8 años del gobierno despótico y desordenado del general Castro y los interminables 27 del general Gómez.

Estos factores nacionales e internacionales marcarán la conciencia del hijo de José y María Adriani desde sus primeros años en Zea. Armando Rojas subraya que Alberto nació "en un hogar donde se rendía culto a la virtud y donde el trabajo marcaba el ritmo del tiempo".

El niño Adriani ingresa en la escuelita primaria de Zea bajo la dirección de los maestros Hermes Valbuena y José Antonio Pico, donde cursó los tres primeros grados. A partir del cuarto se inscribió en el Colegio Santo Tomás de Aquino, recién fundado por el joven presbítero Ramón de Jesús Angulo, párroco de Zea, en 1911. Don José Adriani había sido, junto con otros notables del pueblo, uno de los promotores de la apertura del instituto, donde se podían cursar los primeros años del bachillerato para que "sus hijos pudieran educarse sin necesidad de separarlos del regazo paterno", recuerda Rondón Márquez.

Entre sus maestros de colegio destaca Félix Román Duque, director del instituto, maestro de Historia y Filosofía, Matemáticas, Química, Física y Lenguas (Latín, Griego e Inglés). Don Félix Román descubrió la inteligencia de Alberto, tomando especial cuidado en su formación.

Neptalí Noguera Mora refiere que el aventajado adolescente tomó clases particulares de Música y solfeo, Idiomas, Telegrafía, Contabilidad y Catecismo. No era extraño que los adultos y contemporáneos comenzaran a reconocer la precoz madurez del adolescente y su capacidad para discurrir sobre diversos temas del quehacer local e internacional.

A lo largo de sus años formativos Alberto no sólo va a cursar los estudios formales de educación con elevadas calificaciones, sino que, dentro del entorno cultural de su familia y de su Zea natal y para siempre, se va a dedicar con singular disciplina a complementar su formación con intensas lecturas de los libros clásicos y modernos de Filosofía, Historia, Ciencia Política, Sociología y Economía.

Su educación formal va a estar también robustecida por la experiencia del trabajo desde sus años mozos. Rondón Márquez recuerda que Alberto crece

en aquel ambiente de montañas, ayudando a sus padres desde pequeño, sobre el lomo de las bestias en sus quehaceres agrícolas y pecuarios (...) Fue el 15 de abril de 1914, en la pequeña imprenta que el culto y progresista José Adriani había regalado a sus hijos, como el obsequio que más convenía a sus inclinaciones, [cuando] *Elbano Adriani y el suscrito dábamos a la publicidad el No. 1 del primer periódico que también allí se publicará y que titulamos EL IMPULSO.*

El Impulso editó 12 números en su primer año de existencia. Alberto será uno de sus colaboradores. Su vocación por la escritura tiene su origen en Zea; afición que nunca abandonará, conciente de la formidable irradiación pedagógica de la palabra impresa. Y es que en aquel pueblo colgado en las estribaciones del Alto Escalante, el adolescente comienza a escribir sus pensamientos en un libro manuscrito que él denominó *Cuaderno de composiciones.* Entre el 10 de enero de 1914 y el 2 de febrero de 1915, el estudiante-agricultor escribe 14 artículos en los cuales revela su temprana mortificación por el atraso en que se encontraba Venezuela, pese a las grandes transformaciones económicas y científicas del mundo. Estos escritos dejan entrever su inequívoco deseo de dar solución a los graves problemas de su país y de participar como protagonista en una gesta histórica de renovación nacional. Escribirá 21 *Cuadernos,* muchos de ellos inéditos.

Su futuro amigo, Arturo Uslar Pietri, dirá más tarde:

Cuando, todavía adolescente, Alberto Adriani comienza a disciplinar su inteligencia, ya tiene el tino profundo de los hombres responsables. Él no irá, como otros compañeros, a refugiarse en el cultivo de una literatura pálida (...) Comprendió, con la primera ojeada, que los males de Venezuela arrancaban de más hondo (...) No se podría hacer una Venezuela distinta, sino con un venezolano distinto.

Bachiller de la Universidad de **Los Andes**

En la Venezuela rural pre-petrolera, no era necesariamente un plan de vida el que un joven se marchase en búsqueda de nuevos derroteros. Dentro de la prosperidad austera de entonces, la dedicación al cultivo de la tierra era normal. Pero las crisis económicas y las frecuentes revoluciones generaban un constreñimiento de las oportunidades. Los padres hacían un esfuerzo por costear la educación de sus hijos allende las estrechas fronteras de sus comarcas.

Un hecho trascendente había ocurrido en 1914, fecha de inicio de la Primera Guerra Mundial. El 12 de enero, en el campo Mene Grande, en el estado Zulia, el pozo exploratorio Zumaque 1 había reventado con inusual ímpetu, marcando el comienzo de la explotación petrolera a gran escala en Venezuela. En la tranquila Mérida todavía no se hacía sentir la frenética búsqueda del oro negro, pero la ola migratoria de los trabajadores de la tierra a las tareas del subsuelo no tardaría en barrer las cuchillas andinas. Todavía la faena de los campos ofrecía horizontes de sana vida y modesto pero digno sustento.

Alberto y su hermano Elbano proseguirán sus estudios en Mérida y Caracas. Mérida era la Atenas de los Andes venezolanos. Armando Rojas evoca:

A lomo de mula los jóvenes Adriani cubrieron el largo trayecto que los separaba de la capital. Era la primera vez que salían de su aldea. Se dirigían a una ciudad importante con un presidente nombrado por el primer magistrado, con un obispo representante del Papa (...) La Mérida de entonces (...) no pasaba de los 10.000 habitantes, hacía gala de su señorío y de sus luces. Todo giraba en torno de la Universidad (...)

Los primeros días de 1915, Alberto arriba a Mérida, a los 16 años. La ciudad de las Cinco Águilas Blancas era un crisol de la cultura regional y nacional, y semillero de escritores, médicos y juristas. Don Tulio Febres Cordero, patriarca de la intelectualidad merideña y rector honorario de la Universidad de Los Andes, será su profesor de Historia y Geografía de Venezuela y de Geografía Universal en el acreditado Liceo de la Universidad.

La obtención de un título de bachiller no era poca cosa en la Venezuela de principios del siglo XX. Las materias que se cursaban en los liceos eran Botánica, Zoología, Química, Física, Geología, Mineralogía y Cosmografía; Geografía e Historia de Venezuela, América y Europa; Aritmética, Álgebra, Geometría y Trigonometría; Historia de la Literatura y Literatura y Composición Españolas, además de Castellano, Francés, Alemán, Latín y Griego.

El grado de bachiller requería de la presentación de un trabajo que debía ser defendido ante un jurado. Alberto presentó el suyo el 16 de septiembre de 1916, intitulado "El tipo criminal nato ante la sana filosofía". La tesis fue aprobada por la Comisión de Instrucción Secundaria, el 17 de octubre de 1916, con la firma del doctor Cristóbal L. Mendoza. En febrero de 1917, a los 18 años, el joven zedeño recibe el título de Bachiller en Filosofía y Letras.

La vocación filosófica será un rasgo permanente de su formación intelectual; la consideraba indispensable para entender a su país. El bachiller Adriani ya pensaba que del empuje creativo y obstinado del ser humano se deriva el progreso material y espiritual de los pueblos.

Si el ambiente cultural y la imponente Cordillera Andina eran alicientes para el florecimiento del intelecto, el contacto humano con sus compañeros de aulas llenará las inquietudes del estudiante de Zea. Uno de sus condiscipulos será para siempre el interlocutor de sus ideas y programas para civilizar a Venezuela y su amigo entraña-

ble, Mariano Picón Salas. Nacido en 1901, el autor de *Viaje al amanecer* rememora:

Mi primer recuerdo (...) va a un joven de 16 o 17 años que estudiaba bachillerato en Mérida allá por 1916 y de quien los muchachos sabíamos hacernos lenguas en los escolares corrillos de la Plaza Bolívar. –Lee en francés, inglés e italiano y no lee precisamente novelas sentimentales (...) Posee unos atlas alemanes de Geografía Económica y conoce bien lo que producen las principales potencias del mundo (...) Pregúntele a Adriani quién ganará la guerra europea. De los 10 o 15 mil habitantes que tendría la ciudad de Mérida, este muchacho rubio, un poco solitario pero de quien todos dicen que es el mejor y el más inteligente, sólo él podría contestarlo.

Su trabajo de grado es un breve estudio filosófico sobre la condición humana. Define las ramas de las ciencias que estudian la conducta individual y social del ser humano: Psicología, Psiquiatría, Psicofisiología, Psicología comparada, Antropología criminal, Sociología criminal y Antropología *lambrosiana*. Menciona a los principales filósofos y pensadores sociales de la época.

Se distinguen dos líneas filosóficas que van a estar siempre presentes en sus reflexiones. Se trata de los conceptos de cultura y de equilibrio entre la ciencia y el espíritu como herramientas de progreso y civilización. En el primer concepto, el joven merideño otorga a Grecia la primacía de la civilización occidental:

Es en Grecia, esa nación que apenas nace y sin más luz que el cerebro de sus genios, con inimitable perfección y en idioma casi divino, [donde se] *modela la más grande epopeya que ha salido del humano entendimiento; que ya piensa (...) los elementos de todas las ciencias y de todas las artes (...)*

En el segundo, argumenta que las transformaciones sociales y científicas no deben dejar a un lado los valores espirituales:

En esta época de revolución y de transformación profundas; cuando recogemos la herencia que nos dejaron los siglos XVIII y XIX, siglos de audaz revolución política y social, de atrevida reforma de todas las ciencias (...) en que las libertades recibieron un poderoso impulso (...) es necesario que (...) con las mismas ciencias con que los falsos

sabios parecen vigorizar sus errores (...) se esclarezcan y resuelvan los problemas que preocupan (...) y sobre sus escuálidas y desoladas ruinas, se alce el sólido e imponente edificio de la verdad.

En las vecindades de la Plaza Bolívar de Mérida el estudiante zedeño afinará su temprana vocación de científico social. No es por accidente que Picón Salas escribiera sobre la pasión existencial de Adriani por estar siempre al día en las últimas tendencias del pensamiento universal:

Cuando lo conocí, sin que ello fuera obstáculo para que hiciéramos una excursión (...) él me habló de sus preocupaciones filosóficas. –¿Era yo idealista o materialista? (...) Toda mi infantil filosofía se deshizo en aquella primera conversación (...) Los libros que yo leía en opinión de él, eran sumamente viejos (...) Ese materialismo que (...) ofrece al burgués de nuestra época un mundo perfectamente mensurable (...) Átomos, moléculas, electrones (...) Y sobre todo –advertía mi amigo– existe una vida espiritual que no está enteramente sujeta, como pensaban aquellos materialistas, a lo fisiológico. –Pero yo no tengo vocación especial para la Metafísica, porque prefiero la acción, me dijo Adriani. En no se qué lectura él había encontrado una frase de Leibniz y quería tomarla como lema: "la vida es obras, es acción".

Estudiante de Derecho en **Santa Capilla**

El bachiller en Filosofía y Letras emprende su travesía a la capital de Venezuela para seguir estudios de Derecho, a principios de 1917. La Universidad Central de Venezuela había sido clausurada por el dictador Gómez en 1912, como consecuencia de protestas estudiantiles que se oponían a un régimen carente de libertades y a la reelección del Benemérito para un nuevo período presidencial.

La Universidad Central estuvo cerrada durante una década, hasta 1922. Sin embargo, el ministro de Instrucción Pública, Felipe Guevara Rojas, pudo realizar una tímida reforma educativa en 1915. Se reabrieron las escuelas de Medicina, de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales y de Ciencias Políticas.

Alberto se inscribe precisamente en la de Ciencias Políticas. Aprobará la mayoría de las materias para optar al título de doctor en Ciencias Políticas y abogado de la República; pero no concluirá la carrera. Hará maletas cuatro años más tarde para trasladarse a Ginebra.

Su creciente vocación hacia la sociología y las ciencias económicas no será óbice para hacerse de una respetable formación jurídica. Rojas presenta un listado de las materias cursadas en cuatro años de estudios universitarios en Caracas, cuyas boletas fueron expedidas por el Consejo Nacional de Instrucción: Elementos de Derecho Español Antiguo, Derecho Constitucional, Historia y Filosofía del Derecho,

Derecho Romano y su Historia, Principios Generales del Derecho, Derecho Público Eclesiástico, Derecho Penal, y Derecho Administrativo y Leyes Especiales.

Rojas destaca que fueron sus profesores "hombres que ocupan un lugar importante en la historia del Derecho en Venezuela". Sus boletas están firmadas por Pedro Itriago Chacín, Esteban Gil Borges, José Santiago Rodríguez, Alejandro Urbaneja, Celestino Farrera, Carlos Grisanti, Lorenzo Herrera Mendoza y Guillermo Villegas Pulido.

El bachiller Adriani tuvo poca vocación por la jurisprudencia, lo cual explica su decisión de abandonar la carrera antes de graduarse. Uslar Pietri asoma una explicación:

De su Mérida nativa (...) pasa a Caracas en busca de la Universidad. Lo que encuentra es la fábrica de Doctores y leguleyos. Él buscaba maestros que lo enseñaran a conocer y a comprender a Venezuela y a su tiempo, y encontraba códigos, pandectas, excepciones dilatorias, nociones de derecho quiritario. Cuando se estudiaba la definición romana o francesa de la propiedad, no había quien le dijese cómo poseía el hombre de las llanuras, ni qué estructura social nacía del sistema de los conucos.

Se reencontrará con Picón Salas y conocerá en el recinto universitario a otro joven venido de los llanos de Guárico, con quien desarrollará una fraternal amistad y quien será a la postre uno de los ejecutores de su proyecto de modernización socioeconómica: Manuel R. Egaña. Dos años menor que él, el condiscípulo llanero, más tarde ministro de Fomento y fundador del Banco Central de Venezuela, recordará:

Lo conocí por 1918, recién llegados ambos de nuestros pueblos nativos, Zea y Zaraza, a estudiar Derecho en la Escuela de Ciencias Políticas de la Santa Capilla. Allí era donde se enseñaba Ciencias Sociales, después que el Gobierno de la época reaccionó, con la clausura de la Universidad, contra la rebeldía de esa memorable Federación de Estudiantes de Venezuela, la que cumplió en 1914 la misma misión de reducto de la inteligencia en rescate de los más altos valores humanos que otros estudiantes han tenido que cumplir en diversas épocas de nuestra historia.

La vida de estudiante universitario en Caracas fue prolífica. Alberto escribe, estudia y participa en el movimiento estudiantil. En compa-

ñía de Egaña "fundamos el Centro de Estudiantes de Derecho, uno de los gestores de la resurrección de la Federación de Estudiantes". En diciembre de 1919, el líder estudiantil será nombrado miembro de una comisión integrada por estudiantes de Derecho, Ingeniería y Medicina para redactar los estatutos de la Federación. Sin embargo, el régimen gomecista la vio con malos ojos y ésta tuvo corta existencia.

El Ministerio de Relaciones Exteriores era dirigido por el doctor Esteban Gil Borges, quien detecta su disciplinado talento, su vocación internacionalista y su dominio de lenguas, y le ofrece la jefatura de servicio del Gabinete, en julio de 1920. Renuente a aceptar, decide finalmente trabajar con su profesor.

En 1920 Venezuela contaba con 2.671.264 almas, de las cuales el 84% habitaba en zonas rurales. Caracas era una pequeña urbe de poco más de 100.000 habitantes. El valor de la actividad económica alcanzaba a Bs. 521 millones y la agricultura y ganadería aportaba el 47% del producto nacional. Las exportaciones agrícolas ascendían a Bs. 79 millones; el 50% provenía del café y el cacao. Venezuela era un país pobre un siglo después de la Independencia.

Adriani, a los 22 años de edad, vive en una casa que renta con Picon Salas, quien deja testimonio de aquellos días:

1920 nos encuentra en Caracas en una modesta casa de estudiantes que hemos arrendado y toscamente amoblado para librarnos de la sopa clara y de la carne demasiado correosa de las pensiones baratas, en el poco aristocrático barrio de Caño Amarillo. Humo: las chimeneas de algunas fábricas, los silbatos angustiosos del Ferrocarril de La Guaira, el olor acre de algunos depósitos de café (...) lo primero que adquirió Adriani fue una silla de extensión y un estante de libros. La silla de extensión –nos lo advirtió– no es ninguna voluptuosidad especial sino resulta absolutamente recomendable para leer con provecho; y reposar las cosas leídas.

Los amigos leen, escriben, sueñan. Esperan con avidez los *libros amarillos* de la colección "La Cultura Argentina", que dirige José Ingenieros. Estas lecturas les revelan la obra de dos hombres de Estado argentinos; uno educador, abogado y Presidente de la República; el otro, luchador democrático y economista: Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi.

Alberdi había escrito, en 1852, las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina.* Su lema: "poblar es civilizar". Para los estudiantes de América Latina, la prosperidad de la nación suramericana, una de las principales economías del mundo, se basaba en dos razones: la educación y la inmigración europea. Para los universitarios andinos, "después de Bolívar, el cejijunto Don Domingo Faustino (...) nos parecía la personalidad más recia y más útil plasmada por la tierra americana (...)". Picón Salas insta a Adriani: "Tú debes ser el Alberdi de Venezuela (...) Tú, como Alberdi (...) debes escribir las Bases de nuestra nueva República".

Ambos jóvenes evaluarán la reforma educacional de José Vasconcelos en México. El fin de la Gran Guerra abría nuevas perspectivas de afirmación democrática. Señala Picón Salas que el movimiento estudiantil había despertado en América Latina; mientras que en Venezuela la UCV permanecía cerrada. Ante aquel grado de postración, su compañero de aulas Leopoldo Ortega Lima había optado por "hacer la revolución", y había perdido la vida en las mazmorras de la dictadura.

Adriani y Picón Salas se vieron ante la disyuntiva de seguir el camino heroico pero inoportuno de su compañero, o recurrir a la

evasión del aguardiente malo de los botiquines; el trueno con las mujerzuelas (...) Muchos muchachos románticos piensan que se tumba a Gómez después de beber unos tragos, buscando camorra a un policía y apareciendo en la Plaza Bolívar al grito de "Abajo la tiranía".

Decidirán ausentarse del país: el primero partirá a Europa, y el segundo, a Chile. Había que esperar y prepararse.

La historia dará la razón a los estudiantes veinteañeros. El 14 de diciembre de 1922, el pozo Barrosos 2, cinco kilómetros al norte del campo Mene Grande en la Cuenca de Maracaibo, produjo un reventón colosal. Durante varios días, el chorro, estimado en 30 centímetros de diámetro, arrojó 100.000 barriles diarios de petróleo. El destino petrolero de Venezuela estaba escrito y el general Gómez advertirá que el nuevo maná del subsuelo, ya no el cultivo de la tierra, le garantizará larga vida a su régimen, cabalgando sobre la súbita renta minera.

Un programa de gobierno... **a los 20 años**

Un intelecto aventajado como el de Alberto Adriani, advertido por Félix Román Duque en Zea, Tulio Febres Cordero en Mérida y Esteban Gil Borges en Caracas, merece un alto en el camino para evaluar los artículos que el joven estudiante deja escritos hasta el momento en que se apresta a zarpar para Europa a continuar su educación. En su *Cuaderno de composiciones* y en otras publicaciones, comienza a configurarse un pensamiento filosófico y sociológico cuyos puntos cardinales profundizará durante su próxima larga estadía en Europa y Estados Unidos.

La formación intelectual del futuro economista se desplegará dentro de varios vectores básicos. Las concepciones de civilización, progreso y desarrollo tienen un claro basamento euro-céntrico, representado por filósofos como Weber, Toynbee y Spengler, pero también Francisco de Miranda, aterrizadas sobre la realidad americana y venezolana. Como el Precursor de la Independencia, Adriani admira el advenimiento democrático, social e industrial de los Estados Unidos, "la gran república anglosajona", que se encuentra "a la vanguardia de la humanidad" y cuyo ejemplo los americanos del sur deben "seguir en su marcha".

La nueva civilización será tropical

En los Estados Unidos ha despuntado una profunda convicción sobre la libertad individual y una movilidad social de honda raigambre democrática. América es una extensión del paradigma primigenio de la civilización greco-latina; pero destinada a superarla. América Latina, en su concepción mirandina, será el continente del futuro y la síntesis de una "nueva civilización", democrática y próspera. En un artículo intitulado "El trópico en la civilización humana" (1920), el bachiller andino sostiene:

Las primeras civilizaciones nacieron en los trópicos. Corsi e Recorsi de Vico. Volverán a ello, nada podrá contribuir tanto a enriquecer la vida humana como el dominio de los trópicos. El día en que el hombre aproveche esa combinación de energía solar y humedad que se encuentra en el trópico, el área tropical se convertirá en el principal proveedor de productos alimenticios y de productos agrícolas aprovechables en la industria (...) La nueva civilización será tropical.

El cientificismo secular, el liberalismo positivista y el marxismo no son respuestas a los retos de la humanidad. El humanismo y la ética cristianas ofrecen al ser humano un sendero para la consecución de la felicidad espiritual y material. El liberalismo manchesteriano es inefectivo para transformar las anacrónicas fundaciones sociales y económicas de América y de Venezuela y alcanzar el desarrollo de sus paupérrimos pueblos.

Bajo la influencia del filósofo peruano Humberto García Calderón, sostiene que el mestizaje latinoamericano, enriquecido con la inmigración europea, formará un nuevo ser humano de sólidos valores morales y éticos y de aptitud creativa hacia el trabajo:

Donde la inmigración llega la vida se reforma, el medio económico mejora, porque la propiedad se reparte y adquieren valor las tierras del desierto; y con ella llega la actividad pujante, la democracia activa y virtual, la moral austera, y sobre la tierra feraz y ante el pasado prometedor, el triunfal avance de la civilización.

La educación debe abarcar

los aspectos moral, industrial e intelectual (...) Antes que todo la educación que forma los hombres, los hogares, la patria: la educación moral dentro de la necesaria educación primaria. Ella deberá realizar milagros en estas patrias desprestigiadas y vacilantes. Ella hará en los hombres los firmes lineamientos del carácter: la dignidad, la sangre fría, el juicio sensato, la resolución segura, y con ellos, el hogar feliz, la patria grande y fuerte.

Las nuevas sociedades latinoamericanas deberán orientarse a formar recursos humanos para la industria manufacturera:

(...) en este siglo industrial que busca la riqueza y la fuerza (...) deberemos prepararnos (...) Si queremos industrias competidoras, si buscamos producción intensiva de la tierra y avances del capital, deberemos preocuparnos de la educación utilitaria. De nuestras escuelas de artes y oficios, deben salir, como de las realschule *alemanas, los directores y capataces de nuestra industria naciente, el utilísimo hombre medio, el* average man, *como le llaman los americanos del Norte.*

La síntesis entre el ideal greco-latino y el germánico

En un breve ensayo fechado el 13 de setiembre de 1918, dos meses antes de la victoria de las tropas aliadas sobre Alemania, el cofundador del Centro de Estudiantes de Derecho escribe "Rectificaciones sociales", en el cual afirma que "cuando llegue a ser de nuestro dominio la lección que se desprende de la actual crisis de civilización", asimilaremos que la Gran Guerra fue producto de la noción de supremacía germánica.

En el siglo XIX, Nietzsche, Stirner y Schopenhauer sintetizan la "apoteosis de la fuerza (...) la superioridad de la cultura y de la vida alemana". Con Bismark y Morke esta noción alcanza su apogeo. El alemán era, según sus filósofos, "el pueblo cuyo espíritu debía prevalecer en todo un ciclo de la evolución humana". La contraposición de la hegemonía germánica al "ideal greco-latino, en el cual circula el culto a la belleza y al derecho, por una tradición que lleva savia de justicia y de altruismo", originó el conflicto bélico.

Sin embargo, el "modo racional del ideal greco-latino", fundamento de ambas civilizaciones, conducirá a

la integración de una civilización (...) ya hoy no será equilibrio: será una cabal compenetración (...) Es imposible que esta guerra (...) no tenga gigantescas consecuencias en el moldeamiento de las futuras sociedades, conjuntos armónicos de Calibán y de Ariel, del ser que sueña y del que vive de las realidades (...) La América, amorfa en sus características de vida (...) verá la realidad, apreciará (...) esta lección que (...) nos llega del Viejo Mundo, del solar de nuestros abuelos de espíritu y de raza.

La Pan-civilización futura, la América providente y el Nuevo Mundo Latino

Presente en sus análisis sobre la economía política internacional está la implicación de los acontecimientos de Europa y Estados Unidos en Venezuela y América Latina. En su conferencia *Progresos democráticos de la América Latina*, editada en la revista del Centro de Estudiantes de Derecho, el 14 de junio de 1919, el joven pensador sostiene:

El mundo ya no espera nada trascendental (...) del futuro de las civilizaciones milenarias de occidente (...) sólo queda (...) la redención que preparan las nuevas combinaciones de civilización que se elaboran en este Nuevo Mundo latino, en esta América providente que acogió en buena hora los más altos principios de democracia, y (...) el definitivo predominio de los principios de la Revolución Francesa.

Buscamos en el futuro fórmulas universales de vida (...) seguros de que esa combinación triunfante saldrá de América. Sólo el hombre americano, amasado con la sangre de todas las estirpes, fecundado con la obra de todas las razas y de todas las civilizaciones, puede elaborar la síntesis de esa pan-civilización futura (...) la humanidad verá el asombro de un nuevo mundo espiritual (...) Sin fanatismos tenaces, se puede afirmar que América practicará la democracia virtual, la democracia efectiva y completa.

El estudiante de Derecho analiza la Colonia hispánica en la huella autocrática de sus virreyes y capitanes generales, que nos legó sin embargo "su espíritu tenaz de libertad e independencia, y la institución democrática de los municipios y de sus cabildos". Como Bolívar, objeta la adopción de regímenes federales después de la Independencia, las repúblicas aéreas, cuando lo que resultó fueron las formas semi-feuda-

les de caudillismo. Una nueva etapa ha de develarse: "la libertad gana camino. El período revolucionario hizo ganar a todos los hombres las prerrogativas de la democracia, fundió las castas irreconciliables, propagó el credo liberal, y decidió el futuro para la franca democracia".

Durante su primera etapa caraqueña, Adriani tratará los mismos temas en artículos como "Vida nueva", "La nueva orientación filosófica" e "Intelectualismo" (1919), y "Paradojas de la vida histórica" (1920).

La comprensión de las causas del ascenso, auge y caída de las civilizaciones no se estaciona en su conciencia como curiosidades meramente intelectuales. La historia brinda lecciones que debe aprovechar su país para salir del atraso. Bosqueja un "Programa de Gobierno", el 24 de setiembre de 1918:

Una nueva faz de nuestro desarrollo; un nuevo camino esperanzador empezaremos a transitar a partir de hoy: desaparecerá la tiranía, y con ella las obstrucciones (...) a nuestro desarrollo nacional.

Libertad en todos los campos de la actividad: en el trabajo, en la prensa, en la política: protección del gobierno a toda proficua iniciativa: protección para el que trabaja: queremos levantar de sus ruinas la industria y el comercio: queremos dar un impulso gigantesco a la instrucción: favorecemos la inmigración (...) tenderemos ferrocarriles: construiremos carreteras, impulsaremos nuestras comunicaciones marítimas (...) Adonde no llegue la iniciativa individual allí estará el gobierno.

Conciudadanos: todos como un solo hombre a trabajar por la grandeza de esta patria (...) la epopeya más gloriosa de América.

No todo es rigor académico entre los estudiantes provincianos que viven en pensiones. El intelectual de Zea alterna sus estudios, su activismo estudiantil, sus colaboraciones periodísticas y su trabajo con el canciller Gil Borges, con las inquietudes literarias. Un día lo encuentran leyendo el *Arte de amar* del poeta romano Ovidio, y Gil Borges comenta: "El bachiller Adriani, cuando lee inmoralidades, las lee clásicas".

Un Miranda civil: Europa y **Estados Unidos**

Licenciado en Economía de la Universidad de Ginebra

La separación de Adriani y sus demás compañeros será física mas no intelectual. El canciller Gil Borges le pide que lo acompañe a Nueva York como secretario de la delegación que representará al Gobierno Nacional en la inauguración de la estatua de Simón Bolívar en el Central Park. Luego podrá proseguir su travesía a Europa. Su jefe le hace una oferta difícil de declinar: ser cónsul de Venezuela en Ginebra.

Estuvo dubitativo, aunque conciente de que era indispensable marcharse a Europa a completar su educación. Sus respetables maestros poco podían enseñarle acerca de las corrientes renovadoras del pensamiento del siglo XX. La Revolución Rusa, la Revolución Mexicana, la Gran Guerra, la Europa de la post-guerra, los progresos del capitalismo americano, los avances de la ciencia y las comunicaciones, no figuraban en los gastados textos que se estudiaban en el recinto de Santa Capilla. La decisión de ausentarse era lógica para un joven a quien desde su niñez lo habían formado con un carácter racionalista y una visión cartesiana del mundo.

El joven intelectual no pierde la oportunidad de confirmar en la ciudad de los rascacielos lo que en su adolescencia había leído en las crónicas que su padre recibía en Zea. El diplomático venezolano, rela-

ta Domingo Alberto Rangel, apreciará en Nueva York el espectro de inmigrantes europeos y de corrientes políticas que atizaban el fervor y alimentaban las tertulias de "la nueva Roma americana".

El culto provinciano tendrá sentimientos encontrados ante la nueva sociedad industrial que se revela en la meca del capitalismo. La riqueza producto de la iniciativa individual puede inducir a la suplantación de los valores éticos y morales por la idolatría de los bienes materiales. El progreso industrial es inherente al vanguardismo científico y tecnológico que una sociedad abierta y democrática puede generar. Más allá de todas sus cavilaciones, confirmará en Nueva York el atraso institucional y socioeconómico de su país.

Concluida la misión en Nueva York, Alberto continúa su viaje a Ginebra, donde ha sido nombrado cónsul de Venezuela, el 13 de mayo de 1921. Picón Salas describe la Ginebra de principios de los años veinte:

Ginebra, sede de la Sociedad de las Naciones, era en aquellos inquietos días de Post-Guerra, una especie de micro-cosmos, de síntesis de nacionalidades (...) Delegados de los nuevos países surgidos del Tratado de Versalles (...) Grandes personalidades (...) Peritos en Economía, Sanidad (...) colman los cafés, las bibliotecas (...) Falsos príncipes (...) Apasionante encrucijada del mundo (...) A pesar de estas gentes cosmopolitas (...) Ginebra continúa siendo la ciudad un tanto calvinista y aburrida (...)

Será corto su desempeño como cónsul. El 2 de noviembre, menos de seis meses después, Adriani entrega el consulado a Manuel Arocha. Una intriga palaciega había hecho saber al general Gómez que Gil Borges no lo había mencionado en su discurso de presentación de la estatua del Libertador. El ministro renunció y fue sustituido por el doctor Pedro Itriago Chacín, quien tiene la gentileza de notificarle que se ve precisado a reemplazarle; pero que en la primera ocasión hará uso de sus "buenos servicios". En tono apologético, Itriago confía a su discípulo: "usted sabe como son las cosas en este país".

Alberto se inscribe en 1921 en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Ginebra. Cuatro años más tarde obtendrá el título de Licenciado en Ciencias Sociales, en abril de 1925. Miguel Szinetar refiere que la Facultad ofrecía tres tipos de licenciatura: general, economía política y educación. Escoge la licenciatura general.

El recién graduado presentará su proyecto de tesis doctoral, el 11 de mayo de 1925, intitulada "L´Amerique Latine et le probleme de l´inmigration". La Facultad le dio el visto bueno; pero su curiosidad intelectual lo conduce a no concluir la tesis, pues el 23 de junio de 1925 se embarca en Calais, Francia, en ruta a Londres, y desembarca en Dover, Inglaterra, como consta en su pasaporte (en esta biografía, por primera vez, se publican datos del documento familiar). El nuevo economista se residencia en Londres durante más de un año, aunque viajará con cierta regularidad entre París y la capital inglesa. El pasaporte registra ingresos y salidas entre Calais y Dover, el 2 y 26 de agosto, el 14 de octubre de 1925 y el 19 de febrero de 1926.

Durante su permanencia de poco más de cuatro años en Ginebra, Alberto también desempeñará nuevas responsabilidades internacionales en representación de su país; esta vez en el terreno de la diplomacia multilateral. El canciller Itriago Chacín, el 10 de agosto de 1921, propone al general Gómez el nombramiento de Adriani como secretario de la representación venezolana a la Segunda Asamblea de la Sociedad de las Naciones, antecesora de la Organización de las Naciones Unidas. La delegación estaba integrada por Diógenes Escalante, Caracciolo Parra Pérez y Santiago Key Ayala, quienes habían representado a Venezuela en la Asamblea fundacional de ese organismo, en 1920.

El licenciado de la Universidad de Ginebra, de 25 años, va a participar directamente en la gestación del multilateralismo moderno. Itriago, en carta dirigida al presidente Gómez, el 20 de julio de 1923, propone designarlo de nuevo secretario de la delegación de Venezuela a la Cuarta Asamblea del precitado organismo.

Adriani mantiene una correspondencia permanente con Picón Salas, quien narrará más tarde la experiencia ginebrina de su paisano:

Concurre a la Universidad y frecuenta los debates públicos de la Sociedad de las Naciones (...) En la Venezuela gomecista no sabían leer estas cosas. Todo lo que nos era desconocido en la ignorancia y el hermetismo político (...) se nos revelaba en la prosa de Adriani (...) La agricultura en el Piamonte, la industria en la Lombardía. Patriota, piensa en las caídas de agua y la riqueza hidro-eléctrica de Venezuela completamente desaprovechada. En uno como sueño de patria futura piensa que el paisaje de Mérida (...) se parece (...) al de Turín o Milán; y nuestro Chama guarda tantos caballos de fuerza como el Po.

Tenemos carbón, petróleo, hulla blanca; y la unidad nacional –el hombre nuevo venezolano, libre ya de todo rencor regionalista, dispuesto a la creación pacífica–, podría formarse acaso en aquellas tierras altas de Guayana (...) Y el ambiente de Europa, los duros inviernos (...) le van templando la voluntad (...) En la Ginebra de ese tiempo se está realizando la educación de un Estadista.

Los años de Ginebra fueron decisivos en su ya cultivada formación académica y diplomática. A punto de cumplir 27 años, se despide de la ciudad calvinista para establecerse en la más cosmopolita capital del Reino Unido. El oficial de inmigración de Ginebra registra su salida de Suiza: 28 de mayo de 1925. Dejará un testimonio nostálgico:

Ginebra, con su sociedad decididamente cerrada y conservadora, vivero de instituciones puritanas, al pié del Monte Blanco (...) me recuerda en su espíritu y en su naturaleza a la lejana Mérida. Muchas veces he pensado en esa identidad de las dos ciudades que van a jugar un papel considerable en mi vida.

El hallazgo del Archivo de Miranda en Londres

El internacionalista venezolano apreciará en Londres el funcionamiento de las instituciones democráticas de su monarquía constitucional, hurgará en sus bibliotecas, perfeccionará la lengua de Shakespeare, escudriñará documentos históricos y continuará escribiendo para diarios nacionales y para su propio archivo personal. Será nombrado secretario de la delegación venezolana a la Sexta Asamblea de la Sociedad de las Naciones. Se inscribirá en cursos y escuchará charlas en las Universidades de Oxford y Cambridge y en la London School of Economics.

Alberto tendrá una participación clave en el descubrimiento de un documento de gran trascendencia para la historia de la emancipación americana. Parra Pérez ha localizado en un castillo en las afueras de Londres, perteneciente a Lord Bathurst, los 63 tomos meticulosamente ordenados del *Archivo de Francisco de Miranda*, extraviados desde su partida de Venezuela, en 1812.

La ubicación del archivo representó un hallazgo de primer orden. A partir de su nacimiento en Caracas, en 1750, hasta su regreso a su ciudad natal, en septiembre de 1810, el hijo del comerciante canario

don Sebastián de Miranda y la venezolana Josefina Rodríguez acopió documentos y escribió crónicas que van desde sus proyectos constitucionales para la Federación Americana, hasta sus conversaciones con las figuras más prominentes de su tiempo, como George Washington, Thomas Jefferson, William Pitt, el Rey de Suecia, Napoleón Bonaparte y Catalina La Grande.

"Fui el primer venezolano que vio el archivo, y tal vez quien más lo ha ojeado", relata un emocionado Adriani a Picón Salas. Apoyará a Parra Pérez en los trámites para su adquisición por parte del Gobierno de Venezuela.

Allí hay constancia –revela– *de los esfuerzos realizados por Miranda, durante más de veinte años, para la preparación de la independencia americana; tenía comisarios en todas las colonias españolas, desde México hasta el Plata, y no perdió ocasión para preparar a las cancillerías europeas a la emancipación inminente (...) Creo difícil que haya otra colección de documentos de mayor importancia para la historia americana (...)*

Cinco años y medio durará la residencia del estudioso joven de Zea en Europa. Se convierte en un agudo analista de la política internacional, la economía política y la sociedad europea de entonces. Lee la obra de pensadores europeos, como el industrial, escritor y hombre de Estado alemán, Walter Rathenau, a quien le dedica un ensayo, "La nueva Alemania y Walter Rathenau" (1922). Se identifica con la obra del economista inglés John Maynard Keynes y del italiano Giovanni Gentile, a través de los cuales se afianza su desconfianza en el liberalismo económico.

En carta de fecha 4 de diciembre de 1923, dirigida a su amigo Mariano, Alberto pensará todo el tiempo en su lejana Venezuela: "Es necesario prepararse para los días que deben venir. Todo debe crearse en Venezuela. En la instrucción, en la economía pública, en la prensa, etc., hay puesto y tarea para cíclopes".

El estudioso internacionalista se angustia al constatar la brecha que separa el bagaje cultural de Europa y el empuje productivo e igualitario de Estados Unidos, del atraso socioeconómico de Venezuela. En carta fechada, el 4 de diciembre de 1923, se queja:

No puede uno comprender cómo Venezuela, que produjo en la primera mitad del siglo XIX la élite de América Latina, y que fue hasta 1850, más o menos, uno de los Estados mejor gobernados del Continente, haya podido decaer de tal manera (...) Sucesivas ondas de bárbaros han derrotado las clases políticas más o menos preparadas, y en sucesivas improvisaciones, henos aquí frente al abismo.

Washington: primer jefe de agricultura de la Unión Panamericana

Desde su llegada a Caracas, Alberto alternó sus estudios universitarios con el trabajo. En Londres el diplomático merideño se integró a la delegación de Venezuela en calidad de secretario ante la Sexta Conferencia de la Sociedad de las Naciones y poco más tarde fue designado secretario de la Legación del país en Inglaterra y ante la Séptima Conferencia; pero estos nombramientos arribaron cuando ya había partido para Estados Unidos. El cónsul en Londres, J. E. Callahan, le expide la visa el 28 de julio de 1926.

Del ex canciller Gil Borges, subdirector de la Unión Panamericana, recibe una carta el 14 de julio de 1926. Su mentor le invita a trabajar en Washington. Presto a ensayar nuevos derroteros y "cansado de vivir de la pensión familiar", Alberto no vacila en aceptar. Permanecerá tres años y medio en la ciudad del Potomac.

Gil Borges lo exhorta a aceptar el nuevo trabajo con argumentos convincentes. Su despacho estaba encargado de la preparación de la Sexta Conferencia Panamericana del organismo, que se celebraría en La Habana, en 1928. El subdirector precisaba de una persona de confianza, con la preparación y capacidad de trabajo de Adriani. Era necesario elaborar las agendas, redactar los informes y proponer las resoluciones. En conocimiento de la curiosidad intelectual del discípulo, Gil Borges le menciona la oportunidad de estudiar en Washington los problemas de Estados Unidos y de la América desde una perspectiva continental.

Adriani cumplió cabalmente estas funciones desde agosto de 1926 hasta enero de 1928, cuando viajó a La Habana para participar en la Conferencia. Fue secretario de la delegación de Venezuela y representante de la Cámara de Comercio de Caracas, de cuya revista era colaborador. Durante este lapso fue también delegado de su país ante la Ter-

cera Conferencia Comercial Panamericana y participó como delegado en la Segunda Conferencia Panamericana para la Uniformidad de Especificaciones.

En mayo de 1928 participó en la VI Conferencia Internacional Panamericana, la cual decidió la creación de una Oficina de Cooperación Agrícola en la Unión Panamericana, de la cual fue su primer jefe. Estaba por cumplir 30 años. La creación de esta oficina era producto de la inspiración de Adriani, quien se abocaría a formular "un plan de cooperación continental efectiva para el desarrollo de la agricultura tropical, selvicultura e industria animal". El nuevo jefe de unidad redactará también la sección agrícola del *Boletín de la Unión Panamericana.*

La nueva oficina cultivará relaciones profesionales con el Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Se vinculará con otras instituciones científicas, laboratorios, jardines botánicos y estaciones experimentales de Norteamérica y América Latina. Elaborará una base de datos interamericana sobre estadísticas agropecuarias.

Según la Unión Panamericana, la función de la Oficina de Cooperación es prestar apoyo a las solicitudes de los Estados miembros sobre

cultivos agrícolas, ganadería, medicina veterinaria, enfermedades y plagas de las plantas, selvicultura, suelos, irrigación, abonos, avicultura, apicultura, sanidad vegetal y animal, meteorología, estadística, economía y educación agrícolas, colonización, industrias pesqueras (...)

En Washington va a reencontrarse con Egaña, ya graduado de abogado y agregado civil de la Legación de Venezuela en los Estados Unidos. Egaña indicará más tarde:

En Washington, a principios de 1927, volví a encontrarme con él en el noble hogar de Mrs. Mary Allan Adams, donde vivimos un año. Fue en ese tiempo cuando se estrechó nuestra amistad. Mi preferencia entonces era (...) por el derecho civil. Adriani (...) estimuló vivamente mi inclinación por los estudios económicos y financieros, en los cuales era ya una autoridad.

Tres hechos de enorme significación tendrán lugar durante la permanencia de Alberto en Washington; ninguno de los cuales pasará

inadvertido para el venezolano. En 1926 la economía nacional dio un monumental salto. Por primera vez, el PIB petrolero asciende a Bs. 3.531 millones y supera el agropecuario en un 23% (Bs. 2.871 millones). Por primera vez, las exportaciones petroleras rebasan las agropecuarias y mineras, al ubicarse en Bs. 201 millones frente a Bs. 194 millones de las últimas.

Pero la bonanza financiera no logra atenuar las aspiraciones democráticas de los venezolanos. En 1928 Venezuela se convierte en el primer exportador mundial de petróleo, hecho que coincide con la rebelión estudiantil de febrero de ese año, cuando los universitarios se levantan contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, liderados por Raúl Leoni, Jóvito Villalba y Rómulo Betancourt, entre otros, quienes sufren destierro y cárcel después de una jornada cívica en la que más de 200 compañeros de estudio, en solidaridad, son puestos presos y sometidos a trabajos forzosos por los esbirros del régimen.

En octubre de 1929, el colapso de la Bolsa de Nueva York sumerge a Estados Unidos en la Gran Depresión. El PIB se contrae y la tasa de desempleo alcanza un 30%. La primera potencia económica del planeta arrastra a Europa, Latinoamérica y el mundo. Los precios de las materias primas colapsan y Venezuela es abatida por la crisis, cuya principal víctima será la agricultura.

El jefe de la Oficina de Cooperación Agrícola propone y conduce la organización de la Primera Conferencia Interamericana de Agricultura, Selvicultura e Industria Animal de la Unión Panamericana, a la que, sin embargo, no va a asistir por cuanto decide renunciar a su cargo y retornar a Venezuela en marzo de 1930.

El adolescente de Zea y Mérida es un precoz filósofo social; el universitario y diplomático de Caracas, Ginebra y Londres es un internacionalista y sociólogo que estudia y lee afanosamente para prepararse, y el economista de Washington y Zea es hombre de Estado listo para actuar en la renovación de Venezuela. Pero detengámonos a examinar las vivencias humanas de este Miranda civil.

Adriani y Picón Salas: cuando la juventud es la **edad de un pueblo**

Un grupo esclarecido de jóvenes, quizás el de mayores luces después de la generación de los libertadores, comenzará a pensar en una Venezuela moderna, democrática, civil y desarrollada, con sólidas instituciones republicanas, sin caudillos militares ni autócratas providenciales, y despojada de la mentalidad rentista que ya hace acto de presencia en la sociedad venezolana. Desde distintas ideologías políticas, pero con un ideal común de progreso y justicia social, esa generación, que nace en la primera década del siglo XX, creará los cimientos de la democracia en Venezuela.

No porque sea un lugar común es menos cierto que las amistades que se forjan en la infancia son las más sinceras y duraderas. Adriani y Picón Salas se ausentarán del país por muchos años. La correspondencia entre ambos será pródiga en sueños y proyectos. El regreso a la patria es una perspectiva tristemente elusiva, pero certera. No existía Internet, sólo el intercambio epistolar que ambos encarecían en cada oportunidad. Sus cartas testimonian la fraternal amistad que ambos cultivaron. Uno y otro tenían la convicción de que compartían destinos comunes. Ambos abrigaban la esperanza de que jugarían roles estelares en la reivindicación de Venezuela.

Por espacio de 13 años, entre junio de 1921 y octubre de 1934, los amigos del Liceo de la Universidad de Los Andes no dejarán de escri-

birse. La correspondencia entre el economista y el escritor, en opinión de Delia Picón, hija de Picón Salas, "representa las cartas de la juventud y también la madurez prematura de dos hombres jóvenes que toman determinaciones sobre sus propias vidas".

Los compañeros de bachillerato se profesarán un profundo respeto y admiración. Adriani le escribirá, el 4 de julio de 1928: "quiero imaginar que contigo Chile devolverá a Venezuela la deuda que contrajo con Bello". El 18 de agosto: "tus años chilenos te serán para el caso una excelente plataforma". Y el 12 de noviembre de 1929: "tú eres uno de los hombres del equipo que deberá enfrentar esta tarea [la reconstrucción de Venezuela]. De manera que no pienses ni por un momento quedarte en Chile".

Desde la capital chilena, Picón Salas, el 23 de agosto de 1931, exhorta a su amigo, quien ha regresado a Venezuela pero se ha refugiado en su lar natal, a estar listo para el momento oportuno: "Tú, no te olvides, con tus estudios económicos, tu organizada base europea, tus diagramas y curvas estadísticas estás llamado a una labor renovadora". El 27 de octubre de 1934:

(...) tú no estás llamado a ser toda la vida un señor rural y un poco excéntrico, dentro de los buenos y prudentes vecinos de Zea. Eres uno de los hombres más preparados, tal vez el más sólido de nuestra generación, y eso te obliga. Deseo estar en relación contigo porque Venezuela me escuece y me preocupa todos los días.

La temprana madurez de los jóvenes andinos no es obstáculo para revelar el semblante humano de sus personalidades. El estudiante en Europa se queja de las calamidades de la burocracia pública en Venezuela, al tener que depender de la pensión familiar para vivir. El profesor de Santiago de Chile, graduado en Filosofía y Letras de su Instituto Pedagógico, se lamenta de que "para reunir dos mil pesos en Chile y vivir con un *minimum* de decencia hay que desparramarse en clases, burocracias y pequeños trabajos sueltos; hay días en que me salen 12 o 13 horas de trajín".

El 6 de enero de 1922, Adriani escribe:

(...) mis inclinaciones son más o menos definidas, y mi actividad, sin ser constante, desesperada, irresistible, ni mucho menos, se ejerce toda ella en un dominio determinado. Estudio aquí, donde se puede estudiar, porque hay libros y hay ambiente, y me preparo para el mañana.

Pocos meses más tarde, el 17 de abril, Alberto le confía:

(...) como tú lo sabes, soy hombre perfectamente desprovisto para la vida mundana: no bailo, ni sé hablar agradable y ágilmente sobre trivialidades –que son el pasto común de las conversaciones de salón–, ni tengo desenvoltura alguna que pueda gastar en sociedad: es decir, que soy hecho para vivir como aquel monje Teótimo, de la parábola de Rodó en Motivos de Proteo, *en una vida solitaria.*

Las cartas del estudiante en Ginebra revelan, no obstante, a un Adriani galante, sensible a las artes y a la belleza femenina. En enero de 1922, describe su primer viaje a Florencia:

(...) es un milagro de la naturaleza (...) Viví allí dos momentos inolvidables: un crepúsculo visto desde la Piazzale de Michelangelo (...) y otro atardecer junto al Perseo y al David: dos figuras milagrosas, que por si solas explican el valor del arte y retratan uno de esos raros momentos de la historia, en que la juventud es la edad de todo un pueblo (...) Hubiera querido pasarme allí muchos meses (...) yo que soy tan sordo a la belleza; junto a ese pueblo, elegante y gracioso (...); junto a esas mujeres maravillosas (...)

Desde Roma el merideño de 23 años relata a su paisano de 20:

(...) la emoción que sentimos al pisar los mármoles del Foro (...) donde se desarrollaron los sucesos culminantes de la República y del Imperio; donde cayó César; donde Marco Antonio mostró al pueblo el cuerpo lacerado del Imperator y su magnánimo testamento (...) A cada momento nos encontramos con algo que inmortaliza el prestigio de los siglos.

De pronto advierte que está demasiado imbuido entre la burocracia ginebrina y las bibliotecas. Opta por aprender a bailar y a hacer deportes. Se justifica:

(...) yo tenía ciertos perjuicios contra el baile (...) he venido a comprender su utilidad. El baile es (...) agradable y práctico como sport; instrumento indispensable para estar en sociedad (...) para estar con las mujeres y conquistarlas (...) Tomo lecciones de una noble rusa (...) pero mis pasos eran mucho menos elegantes y rítmicos; mi oído perfectamente mauser. Pero no pierdo ocasión de educar el oído y la vista; y gracias a ellos la música me va entrando, y creo que llegaré a ser bailador.

La desconfianza que los amigos tenían respecto de los deportes se despeja. Los deportes pasan a ser

no solamente medios de salud física, sino instrumentos magníficos de equilibrio y disciplina mentales. Hay ciertos ejercicios que sirven para la vida social, como el tenis, que uno debería aprender (...) Lo menos que uno está obligado a hacer son diez, quince minutos diarios de gimnasia sueca. Las gentes que no hacen ejercicio (...) son inelegantes, pesadas y tristes; los que lo hacen, son elegantes, alegres y ligeros.

El universitario que baila y hace deportes en Ginebra y se asombra con la belleza de las damas de Florencia, se enamora en Washington, cinco años más tarde. Su amigo Mariano le informa de su matrimonio en Santiago de Chile, y Alberto, luego de felicitarlo, le confía, el 18 de marzo de 1928, antes de cumplir 30 años:

(...) estoy muy enamorado de una venezolana, nacida en los Estados Unidos, te diré su nombre cuando las cosas se pongan serias. Hasta este momento no estoy seguro sino de que la quiero mucho. Ella también parece quererme, pero no hay sino indicios. Espero tener las pruebas para comprometerme. El matrimonio, si ha de realizarse, todavía está alejado, pues la niña está todavía en el colegio y es muy jovencita.

El romance prospera y casi cuatro meses más tarde, el 4 de julio, reitera:

¿Sabes? Me comprometí con la amada aquella de que te hablé (...) Dos años hace que iba a quedarme soltero (...) Pero, chico, me encontré con esta niña que me traía la promesa de una vida más feliz y la seguridad de una existencia insoportable sin ella (...) Se trata de una chiquilla muy bien educada, virtuosa, muy inteligente, excepcionalmente linda, para abreviar, un encanto (...) podrías adivinar su nombre. Te lo revelaré. Es María, la única hija del Dr. Gil Borges. Muy probablemente la conociste en Caracas. Era

entonces una criaturita. Ahora es ya una mujer y está preciosa. Todavía no tiene 19 años y esperamos un tiempo para casarnos. Voilá.

Año y medio más tarde, el 12 de noviembre de 1929, el compromiso entre Alberto y María se desvanece. Alberto confiesa su pena:

(...) hace dos semanas que se terminó mi compromiso. Mi muchacha es muy linda, inteligente y honesta, pero tiene unos celos exagerados y por esa razón fue imposible entendernos (...) estos terremotos sentimentales lo dejan a uno un poco derrumbado, sobre todo cuando se quiere como quería yo a esa muchacha.

Se refugia en nuevos estudios: "ya me está volviendo la tranquilidad (...) ahora voy a apartar un poco a las mujeres y me voy a engolfar en mis estudios económicos y sociales".

Alberto se inscribe en varios cursos de economía agrícola en el Departamento de Agricultura de Estados Unidos "los cursos están a cargo de profesores muy capaces". El 17 de diciembre refiere:

(...) como los sueños comienzan a fallar ve uno la vida de otra manera. Tal vez sea una vida más dura (...) En fin, no hay que echarse a morir por todo (...) ¿Verdad? Estos acontecimientos me obligan a moverme, de todas maneras hubiera debido ponerme en marcha, pues he recibido noticias de casa –mi madre y dos hermanos han estado enfermos– y es indispensable que me vaya a ayudarles.

Precursor de la integración **supranacional**

Alberto Adriani arriba a Londres con renovados ímpetus en agosto de 1925. Inglaterra es la cuna de los más prominentes economistas del siglo XVIII (Adam Smith), XIX (David Ricardo) y XX (John Maynard Keynes). Smith y Ricardo son los ideológicos del liberalismo económico, que en su tiempo fue revolucionario, al desmenuzar los errores del mercantilismo y abogar por la doctrina del libre mercado como el medio más idóneo para la asignación eficiente de los factores de capital y trabajo en una economía.

La tesis central de Smith y Ricardo radica en la convicción de que los mercados son capaces, sin intervención del Estado, de garantizar el pleno empleo bajo condiciones de eficiencia económica y competencia perfecta. Keynes, sin objetar la significación del mercado, cuestiona este axioma. Los mercados son imperfectos y requieren la intervención del Estado para alcanzar el pleno empleo. Adriani asistirá a las clases del profesor Keynes en la Universidad de Cambridge.

En opinión de Domingo Alberto Rangel, el año y algo más que Adriani pasó en la capital inglesa termina de moldear al economista. En Ginebra había estudiado a los franceses Walras y Gide y al italiano Pareto. En Londres escuchará las disertaciones de Clark, Hicks, Chamberlain y Joan Robinson. Chamberlain y Robinson conceptualizarán la teoría de los monopolios y oligopolios. Hicks diseñaría el modelo

keynesiano sobre la interrelación entre la economía real y los agregados monetarios. Conocerá la obra de Kondratieff sobre los ciclos económicos y de Schumpeter sobre la importancia de la innovación tecnológica como fuerza promotora del desarrollo. El economista andino será uno de los primeros keynesianos de América Latina, y además, a juicio de Rangel: "Inglaterra [hace] de él, aparte de su condición de economista ya logrado por completo, un social-demócrata".

Siempre ligado a su terruño, Adriani no detendrá sus colaboraciones al diario *El Impulso* de Zea, al *Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas* y a la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción en Chile. De la etapa londinense destacan trabajos como "La crisis política actual y el Estado orgánico" y "Los Estados Unidos de Europa" (1925), "El próximo centenario bolivariano y Venezuela" y "Los problemas de la inmigración" (1926).

La patria única: hacia un vasto proceso de unificación del mundo

La idea de que la sociedad planetaria demandará nuevas modalidades de gobierno global se hace presente en la conciencia del talentoso pensador hacia 1925: "las comunicaciones y otros factores de unificación son todavía impotentes para hacer de la Tierra una patria única, pero las grandes agrupaciones de pueblos son o serán muy pronto una realidad".

En su artículo "La crisis política actual y el Estado orgánico", escrito para la revista *Atenea*, el economista expresa un pensamiento que parece sacado de los tratadistas de la globalización del siglo XXI:

> *El prodigioso desarrollo de la técnica de las comunicaciones, que ha empequeñecido el mundo y hecho fácil la circulación de los hombres, de las ideas y de las riquezas; que ha establecido contacto entre todas las razas y todas las civilizaciones (...) ha acabado ya la unidad económica de la Tierra y está componiendo en otros dominios una sociedad que la comprenderá toda entera, algo así como la Ciudad de Dios que se afanó en construir el catolicismo de la Edad Media.*

Adriani se convierte en uno de los primeros latinoamericanos en prever la significación no sólo de los organismos multilaterales, sino la de

los futuros órganos supranacionales de integración en un mundo en el que todavía se debatía entre el declive reticente de los imperios europeos, el surgimiento de nacionalismos de tinte totalitario, el atractivo de la propuesta marxista-leninista de control estatal y partido único, y el todavía débil republicanismo democrático a escala global.

Dentro de las formas republicanas de la diplomacia de entonces despuntaba el internacionalismo wilsoniano, que propugnaba la resolución pacífica de controversias y el respeto por las normas del Derecho Internacional en función de ideales compartidos de democracia y libertad. El nuevo internacionalismo, como lo denomina Adriani, postulaba la cooperación entre los Estados-nación para evitar el expansionismo belicista de los moribundos imperios y de los nacionalismos extremos.

El novel economista presagia una inexorable tendencia a la unificación del mundo, pero también advierte que para ello se requiere un ideal convergente que supere las diferencias entre las concepciones de organización social del planeta. En el artículo para la revista *Atenea* subraya:

El ideal wilsoniano, el comunismo ruso, las ideas de ciertos visionarios asiáticos, como Ghandi, se proponen construir la unidad del mundo. Y no hay duda de que la unificación progresa (...) La universalidad de la ciencia experimental y los fenómenos de interdependencia y solidaridad (...) han provocado la creación de institutos internacionales de coordinación y de centralización, y muchos surgirán en el porvenir (...) porque (...) los problemas sociales y económicos requerirán soluciones mundiales.

Pero (...) su realidad es todavía lejana, porque faltan un plan único de acción y un órgano de autoridad suficiente (...) La idea wilsoniana, el programa de Lenin, el plan de los asiáticos, se combaten mutuamente, y las fuerzas internacionalizantes, que podrían formar un conjunto imponente, se restan, aisladas y adversas, mucho poder.

Supranacionalismo y panamericanismo

La noción de agrupaciones de Estados-nación con una historia común y valores compartidos, unidos en órganos regionales de integración, convierten a Alberto Adriani en uno de los precursores de lo que podríamos denominar el supranacionalismo contemporáneo. Propició un panamericanismo moderno, en igualdad de condiciones, que

desterrara la concepción preimperialista de la doctrina Monroe, para abrir paso a la cooperación continental. Su experiencia en la Unión Panamericana afianzará su convicción sobre la conveniencia de aprovechar el potencial productivo de los Estados Unidos para mejorar las condiciones de vida de los latinoamericanos.

El venezolano no consideraba a Norteamérica y a Latinoamérica como regiones antagónicas. Sostenía que es en la agroindustria donde descansa la cooperación interamericana:

(...) la industria agrícola es la mayor industria común de los pueblos americanos. De su prosperidad dependen el bienestar y la elevación del nivel de vida de los pueblos que viven al Sur del río Grande; y el crecimiento de mercados susceptibles de absorber las manufacturas y los capitales y de mantener y multiplicar la prosperidad del pueblo de los Estados Unidos.

Adriani defiende las bondades de la inversión extranjera directa de los Estados Unidos en América Latina. Delinea su posición favorable al panamericanismo en trabajos como "El porvenir de América" y "La concepción política del porvenir" (1921), "Capital estadounidense en América Latina" (1926), "La inmigración de capitales en América Latina" (1927), "La conferencia parlamentaria internacional de comercio de Río de Janeiro" y "La colaboración agrícola interamericana" (1928) y "La próxima conferencia agrícola panamericana" (1930). En "Capital estadounidense en América Latina", observa:

El capital americano tomará el camino del sur. Entre nosotros será bienvenido, porque nos es, además, indispensable. Países nuevos que están en un período de desarrollo excepcional, con una economía inorgánica y de baja productividad, no podemos dispensarnos de tal ayuda. Nuestros Estados también deberán recurrir al capital extranjero, porque no es posible realizar con los recursos del presupuesto ordinario las obras costosas (...) que son la base indispensable de nuestra futura prosperidad.

El visionario internacionalista detecta, sin embargo, la enorme brecha que ve ensancharse entre la pujanza de Norteamérica y el atraso de Latinoamérica. Señala:

(...) la mayor debilidad del panamericanismo, su pecado, el secreto de su impotencia, está en la extrema desproporción de fuerzas que hoy existe entre el pueblo anglosajón y los pueblos latinos del sur (...) Los pueblos de este lado del Río Grande tienen que sentir extraña inquietud en presencia de ese corpulento hermano del Norte. El día en que lleguemos a un satisfactorio equilibrio de fuerzas no habrá lugar a las malas tentaciones del uno, ni a las inquietudes de los otros.

Los Estados Unidos y las nuevas formas de civilización

Adriani sostuvo el criterio, inspirado en el pensador italiano Enrique Ferri, de que América era el continente del futuro, capaz de superar los ancestrales resabios clasistas, nacionalistas, religiosos e imperialistas del Viejo Continente: "la nueva vida democrática extinguirá el monopolio de la aristocracia". En su artículo "El porvenir de América" (1921), el estudiante de Caracas presagia:

El nuevo continente (...) por sus territorios nuevos y fértiles, por el vario clima que determinan su posición geográfica y su estructura geológica, por su posición en el planeta que le permite dominar los demás continentes, por su condición casi insular, por su forma alargada y por sus innumerables ríos que facilitan sus comunicaciones, [es] *la grande esperanza humana (...) América será en el porvenir el primer factor de la producción universal (...) América es el continente llamado a aprovechar toda la obra de progreso llevada a cabo por los siglos.*

La primera mención que se halla en los escritos de Adriani sobre los Estados Unidos está en su ensayo "Progresos democráticos de América Latina" (1919), escrito a los 21 años. Después de la Revolución Francesa, la Americana: "(...) por fin, el ejemplo de Estados Unidos como nación libre, llevan a la autonomía después de una guerra tenaz".

El estudioso merideño admiró el empuje industrial y agropecuario, la movilidad social, la capacidad de innovación e iniciativa empresarial y las instituciones republicanas de la nación anglosajona. Llamó a los Estados Unidos "la patria providente de los hombres del Norte". En "La primera etapa de una política económica" (1927), indica:

Los Estados Unidos, concentración de vigorosas energías humanas y de los recursos de una naturaleza pródiga, pueblo el más representativo del nuevo espíritu de Occidente, en donde están surgiendo las nuevas formas de civilización occidental, de la civilización faustiana que nos habla Spengler.

El sociólogo del desarrollo analizó el rol determinante de la población y la inmigración en la prosperidad de las naciones: "la experiencia de las naciones de reciente formación, entre ellas, Estados Unidos, Argentina y Brasil (...) permite afirmar que la prosperidad económica y el adelanto social de nuestro país dependen de un aumento de su población".

El economista venezolano atribuye la prosperidad de los Estados Unidos al desarrollo de su agricultura mediante un régimen de concesión de tierras de pequeña dimensión. Alerta sobre el "error" cometido en Argentina, al permitir "la creación de grandes propiedades" en sus terrenos baldíos; error que debe evitarse en Venezuela. Preconiza el empuje progresista de la clase media en las nuevas sociedades prósperas. Recomienda la estrategia adoptada por Estados Unidos: "(...) concedieron las tierras en pequeños lotes, y contribuyeron así a crear clases medias rurales, que constituyen una de las fuerzas mayores de la democracia estadounidense".

Dos años antes del *Great Crash* de 1929, arguye, en relación con la nación norteamericana:

(...) sería fatal abandonar a sí mismas las fuerzas económicas de un país (...) una política económica debe responder a la necesidad de resguardar los intereses colectivos, estimulando a su vez las energías privadas. Es la condición indispensable de la máxima productividad del esfuerzo general y del desarrollo equilibrado y metódico del organismo económico.

En su ensayo "La colaboración agrícola interamericana" (1928), el diplomático multilateral subraya desde Washington la importancia del espíritu emprendedor del *pioneer* americano:

(...) la eficiencia creciente del utilaje industrial estadounidense, que resulta en el alto rendimiento de su mano de obra y en la relevación continua de brazos, y el apiñamiento que se observa en ciertas profesiones técnicas, se conjugan con el espíritu aventurero del

pioneer, *que persiste en el pueblo americano, y con las oportunidades excelentes de empleo que lleva consigo su extraordinaria expansión comercial y financiera (...)*

Un factor desencadenante del progreso de Estados Unidos está representado por la investigación científica y tecnológica: "el factor más importante de prosperidad de las industrias mecánicas de los Estados Unidos (...) es el establecimiento de organismos dedicados, de manera regular y sistemática, a la investigación y experimentación científicas". En su ensayo "La Crisis, los cambios y nosotros" (1931), ratificará su creencia en las tecnologías de punta para la actividad productiva: "en cada actividad económica, en cada industria, en cada cultivo, es necesario que nos esforcemos por adoptar la técnica más perfecta".

Para Adriani el progreso material de los pueblos nunca está divorciado del empuje indeclinable de las fuerzas superiores del ser humano y del valor de sus principios religiosos, éticos y morales. Cuando ya está cercano a concluir su etapa vital en Washington, su análisis de la sociedad estadounidense y sus instituciones es revelador:

Los angloamericanos disponen en su país de oportunidades casi ilimitadas para su formación física, intelectual, técnica y moral. Disfrutan de todas las libertades y todas las garantías legales (...) El trabajo es en su país como un mandamiento religioso, y todos los ciudadanos sienten la obligación de trabajar (...) Y sobre todo, los anima un optimismo sin límites, planta que crece lozana en este pueblo de hombres libres.

Los Estados Unidos de Europa

Adriani escribe en Londres, a los 27 años, un ensayo que titula "Los Estados Unidos de Europa" (1925). Es un bosquejo visionario de lo que es hoy la Unión Europea, la unión de Estados-nación más avanzada de la historia, después de haber atravesado, desde el Tratado de Roma de 1957, por todas las fases de un proceso de integración, desde la zona de libre comercio hasta la unión económica y monetaria actual.

La Unión Europea, conformada por 450 millones de habitantes que hablan 21 lenguas diferentes, e integrada por 27 Estados miembros, avanza por aproximaciones sucesivas hacia una mayor integración política. Los europeos ensayan gradualmente un esquema de unión política con la creación de la figura del Alto Representante para la política

exterior y de seguridad común. El Banco Central Europeo maneja con autonomía la política monetaria con un signo monetario único: el euro.

A tenor de los acuerdos de Locarno, suscritos por varios países del Viejo Continente en 1925, el economista comienza por afirmar:

(...) hasta ayer, los proyectos de unión europea fueron intentos aislados que nunca desembocaron en la corriente de la historia (...) [ahora] *las aspiraciones y las necesidades colectivas, aquí en Europa, superan las fuerzas de las pequeñas patrias surgidas en los siglos pasados (...) La Paneuropa va a ponerse en marcha (...) no será posible en el mundo las posiciones actuales de sus patrias sin una agrupación formal de las fuerzas del continente (...)*

Otorga la importancia que se merece a la consecución de "acuerdos graduales", basados en la búsqueda de unificaciones en el ámbito de los actividades económicas, financieras, de transporte y comunicaciones, intelectuales y humanitarias.

La integración económica precede la integración política por virtud de la eficiencia productiva que brindan las economías de escala en mercados ampliados:

(...) la especialización industrial, la organización racional de la producción (...) el rendimiento óptimo del trabajo, no son posibles hoy sino en el interior de vastas colectividades. Excepto en ciertos casos de monopolio, ninguna industria de exportación puede ser al mismo tiempo sólida y conquistadora sin un gran mercado interior.

Adriani no pierde de vista la dimensión política de la integración económica:

(...) naturalmente, todas estas avenidas conducen a la política, y una conclusión de gran importancia política se ha venido desprendiendo (...) casi todos los problemas económicos, sociales, etc., de los países europeos, no tienen y no pueden tener sino soluciones que contemplen el conjunto europeo o mundial.

No se llama a engaño respecto de la tarea que Europa tiene por delante: "será indispensable borrar recuerdos de luchas milenarias, odios profundos de religión y raza, prejuicios e incomprensiones tenaces".

Aunque la unificación europea sufriría una dolorosa posposición con la degeneración del fascismo y el nazismo en Italia y Alemania y el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), Adriani sabía que el proceso de integración europeo tomaría tiempo: "la evolución sería lenta sin la ayuda de presiones externas que trabajan por unificar su economía y su política exterior (...) Va creciendo la convicción de que sólo una Europa unida podrá mantener su puesto en la economía mundial (...)".

Argumenta a favor de la integración paneuropea no sólo desde el punto de vista de la creciente gravitación de Estados Unidos, sino que prevé la futura significación económica y estratégica de Asia: "el despertar de los pueblos orientales (...) el traslado allí de los valores materiales de la civilización, hacen de ellos (...) y del Pacífico el teatro más interesante de la historia en lo que queda del siglo XX". Y añade: "Europa es el hogar de la civilización occidental (...) Unificada y potente, puede ser precioso factor de equilibrio en la política mundial". Alberto Adriani escribe su artículo sobre la unificación europea un cuarto de siglo antes de que Winston Churchill pronunciara su célebre discurso sobre "Los Estados Unidos de Europa".

El método realista y realizable para la integración latinoamericana

La visión mirandina de una América Latina unida en una federación de repúblicas, es una idea que va a formar parte integral del pensamiento de Alberto Adriani, aunque sostiene que la verdadera integración se logrará por la vía de acuerdos comerciales, de interconexión fluvial e infraestructural y en el transporte y las comunicaciones. En esta concepción el internacionalista venezolano se revela como un pionero, pues, hasta entonces, y diríamos que hasta nuestros días, la siempre anhelada y nunca alcanzada integración latinoamericana parecía más una quimera de la retórica bolivariana y no un proyecto realista de unión política o socioeconómica. Su concepción acerca de una integración pragmática está recogida en el trabajo intitulado "La primera etapa de una política económica" (1927).

En su artículo "El próximo centenario bolivariano", asoma la angustia del historiador para quien el pasado no es lisonja sino método para

entender el presente y rumbo para la construcción del futuro: "las celebraciones pueden tener eficacia educadora". Está consciente de que "era imposible o casi imposible mantener la unión con medios de comunicación lentos y difíciles", los cuales hacían insalvable "toda coordinación económica o política".

Otro de los principios que más tarde adoptará la experiencia europea es el de la evolución gradual y no atropellada de la integración. Con indiscutible tino, el venezolano razona que

la lección que se desprende del fracaso pasajero de la creación bolivariana, es que hay que proceder metódicamente (...) El problema de la colaboración entre los tres Estados [Colombia, Ecuador y Venezuela] *no es diferente al problema más vasto de la colaboración de los países latinos de América (...) los acuerdos generales, los vastos tratados de alianza política, todo lo que se haga grande, es mera retórica que nubla la vista.*

Deben establecerse "colaboraciones posibles y útiles, contentándose con resultados iniciales modestos".

Adriani acierta al recomendar para Latinoamérica:

(...) las líneas (...) de colaboración se encuentran en la intelectual y económica (...) Por ahora, la obra sólida está en acuerdos concretos en materia de comunicaciones marítimas, terrestres, telegráficas, postales; de política aduanera, monetaria y bancaria (...) se puede comenzar con poco, tal vez sería mejor muy poco.

El proceso de integración andino se inició con la suscripción del Acuerdo de Cartagena, en 1969. Se firmaron tratados grandilocuentes a lo largo de dos décadas. No fue sino hasta la firma del Acuerdo de Barahona, en 1989, que se inició un auténtico –aunque incipiente– proceso de integración, cuando se comprometieron a formar una zona de libre comercio y un arancel externo común.

La idea primigenia de Adriani de "comenzar con poco" a través de acuerdos comerciales e interconexiones infraestructurales, continúa teniendo vigencia. El auge de los procesos de integración latinoamericanos sufre una nueva pausa, dispersos entre tres proyectos distintos: la CAN, el MERCOSUR y el Mercado Común Centroamericano.

El idealismo romántico, el humanismo y el sentido práctico del hombre de negocios

El pensador merideño creyó desde muy joven que la riqueza de las naciones es permanente en tanto y en cuanto esté unida a los principios éticos y espirituales de los pueblos. El espíritu humano es capaz de vencer cualquier obstáculo material o natural si la sociedad en su conjunto logra equilibrar la riqueza material con la fortaleza de los principios morales que comparte. La prosperidad económica no es posible en sociedades donde se desechan las infinitas fuerzas del espíritu.

El estudiante de Economía reflexiona en Ginebra sobre estos temas y escribe su ensayo "La nueva Alemania y Walter Rathenau" (1922). El joven pensador encuentra en Einstein, Spengler y Vaihinger, la fuerza filosófica y espiritual que preludia la reconstrucción de Alemania después de su derrota en la Primera Guerra Mundial.

Adriani asimiló la significación del físico alemán Albert Einstein:

(...) es el grande hombre del momento, el renovador más audaz de la ciencia de este siglo. Destruye los conceptos de espacio y tiempo objetivos. Niega el fundamento de la física newtoniana y, con ella, toda la física moderna (...) El espacio, el tiempo, el movimiento, son conceptos relativos (...).

El humanista venezolano no concibe al Viejo Continente, nuevamente pujante, sin el renacimiento de Alemania:

(...) en una Europa que no puede vivir, ni prosperar sino como un solo organismo económico, la ruina de un país como Alemania no puede realizarse, sin que ella provoque repercusiones igualmente perjudiciales en la estructura económica de los otros.

En la recuperación de Alemania después de la Gran Guerra juega un rol determinante, el industrial y economista, ministro de Reconstrucción y de Relaciones Exteriores, Walter Rathenau, hijo del fundador de la empresa Allgemeine Electrizitats Gesellschaft, Emile Rathenau. Rathenau fue asesinado por fanáticos de la ultra derecha en 1922. Adriani admira al renovador judío:

(...) es el alma iluminada y el incomparable realizador (...) Una nueva Alemania ha surgido de la guerra (...) La Alemania de Guillermo II ha muerto (...) Dentro de su cráneo lúcido, el idealismo romántico, el humanismo y el sentido práctico del hombre de negocios se sobreponían y combinaban de forma admirable.

Los especialistas señalan que Walter Rathenau fue el creador de un esquema de planificación estatal compatible con una economía de mercado. Descarta el capitalismo anárquico y el socialismo dogmático, y propone lo que podríamos denominar un capitalismo social con un Estado fuerte. Adriani se identifica con este criterio: "Su crítica del sistema capitalista y, en especial, del liberalismo económico es concluyente. En ella evidencia todos los despilfarros de fuerzas, de materias y de trabajo que se realizan en la economía anárquica del capitalismo".

El economista venezolano encuentra en el pensamiento de su homólogo alemán el error central del marxismo:

Su crítica de los sistemas socialistas es penetrante y (...) definitiva. La base científica del socialismo, la plusvalía, se ha desvanecido (...) Existe, pero es tan insignificante que su distribución no contribuiría al mejoramiento de la vida. Sin su acumulación, se harían imposibles el aumento de los stocks y el perfeccionamiento del utilaje industrial, que si son indispensables al mejor rendimiento del trabajo, y (...) al mejoramiento social.

Un sistema mixto de planificación estatal y de economía de mercado es el que mejor garantiza el bienestar social y el progreso de los pueblos. Adriani denominó esta propuesta de organización social como una "economía orgánica":

[Rathenau] *no es (...) individualista ni socialista. Es ecléctico (...) Para mejorar el bienestar social (...) será necesario (...) una economía orgánica, que someta a un plan armónico todos los factores de producción (...) Se podrá aumentar la producción y hacer bajar los precios, elevar el rendimiento y abreviar la duración del trabajo.*

Los ciudadanos en una "sociedad orgánica" deben también conducirse bajo principios de igualdad, solidaridad y responsabilidad:

Pero esto sólo no es bastante. El aumento de la producción y el bienestar material no darán la paz a la sociedad mientras no se contenten las aspiraciones del espíritu y no se abran todas las posibilidades de la vida a todos los hombres (...).

La existencia colectiva no encuentra su verdadera expresión (...) sino en una comunidad (...) que repose sobre el principio de la solidaridad, de la responsabilidad y de la confianza recíproca (...) A esta reorganización social corresponderán la igualdad y la cooperación entre las naciones (...).

Esta lúcida síntesis de Adriani, escrita a los 24 años, sellará su pensamiento económico durante el resto de su vida. Rathenau y Adriani son los precursores de lo que décadas más tarde se denominará en Europa, "la economía social de mercado o modelo social europeo".

Un programa que nos señale la ruta durante un largo espacio de tiempo

Los disciplinados estudios sobre relaciones internacionales, sociología y economía que realiza Adriani abrigan un solo objetivo: formular un plan a largo plazo que convierta a Venezuela en un país civilizado, democrático, social y económicamente desarrollado y científicamente avanzado. Hacia 1927 el economista andino coloca un poco de lado a sus análisis de las relaciones internacionales para concentrarse en la meditación profunda sobre los problemas de su país y los remedios a sus carencias.

En su trabajo "La primera etapa de una política económica" (1927), Adriani da por sentado que un país debe tener una política para el desarrollo de su economía, bajo la orientación del Estado. Esa política debe formularse con objetivos claros, a ser alcanzados a largo plazo y debe ejecutarse coherentemente durante un largo período para aprovechar las "ventajas de la continuidad" y brindar frutos "permanentes" y no "pasajeros" en materia de inversión, producción, progreso económico y bienestar social. "Debemos adoptar una política económica". Concluye:

Es oportuno que estudiemos la mejor manera de aprovechar nuestra popularidad mundial, la prosperidad, que podría ser pasajera, traída por el auge de nuestras industrias extractivas, a costa de la decadencia de nuestra agricultura, con el designio de edificar las bases de nuestra prosperidad permanente (...).

En Washington seguirá atento al devenir agrícola de Venezuela. Diversos artículos testimonian este esfuerzo por alertar sobre los peligros que se cernían sobre la agricultura. De esta época destacan trabajos como "La valorización del café y nuestra economía nacional" y "Sobre el porvenir de la industria cafetera" (1928), y "El Café y nosotros", "La Cosecha y el consumo mundiales" y "La Ciencia y el porvenir de la industria cafetera" (1929). A partir de las ideas expuestas en estos trabajos, un grupo de agricultores, bajo el liderazgo de Vicente Lecuna, funda la Asociación de Cafeteros de Venezuela, en noviembre de 1929, un mes después del estallido de la Gran Depresión.

Hasta aquí, a lo largo de las últimas páginas, he trazado un paralelismo entre Francisco de Miranda y Alberto Adriani porque sus vidas guardan cierta similitud. Ambos son hijos de inmigrantes europeos. Ambos abandonan sus estudios en Caracas para proseguir su formación en Europa. Los dos se preparan para hacer aportes superiores a su patria en el momento oportuno. Ninguno de los dos alcanza a ejecutar su sueño de juventud y ambos tendrán seguidores que completarán su legado.

El fin de su compromiso con María Gil Borges –como ya se dijo– y las implicaciones del *Great Crash*, le aconsejan dar por concluida su permanencia en Washington, y así se lo comunica a Picón Salas, en diciembre de 1929, con cierta tristeza pero de buen humor. Leamos de nuevo, para dar por concluida esta parte, este fragmento de su carta a su amigo:

Estos acontecimientos me obligan a moverme. De todas maneras hubiera debido ponerme en marcha, pues he recibido noticias de casa –mi madre y dos hermanos han estado enfermos– y es indispensable que me vaya a ayudarles. El último de este mes pienso dejar la Unión Panamericana. Me quedaré durante el mes de enero, pues quiero terminar unos cursos sobre economía agrícola en la Escuela del Departamento de Agricultura (...) Esto no corresponde a nuestros sueños de la "residencia de Caño Amarillo," pero (...) [es] veinte mil veces mejor sembrar frijoles y criar cochinos que escribir poemas y correr truenos en la capital. ¿No te parece? Y no se sabe (...) De su granja en Brandeburgo salió Bismark tonante del 48 (...) De las granjas del Escalante puede salir un Adriani (...) palúdico y huesudo.

El agricultor del Alto **Escalante**

Alberto Adriani entregó su renuncia a la Unión Panamericana en diciembre de 1929. Se despide de la ciudad de los cerezos. Deja los pasillos del edificio de la Unión Panamericana por los páramos andinos y las arterias estrechas de Zea, desdibujadas al atardecer por la neblina cordillerana. Retorna a "la casa de las nueve ventanas", donde lo esperan sus familiares. Tiene casi una década sin verles.

Había sufrido el dolor del rompimiento con María Gil Borges. Después de sus aventuras galantes y fugaces en Europa, vuelve a su país consciente de su vacío sentimental: "soy hecho para vivir como aquel monje Teótimo de la parábola de Rodó en *Motivos de Proteo*, en una vida solitaria". Confía a Picón Salas que después de tantos estudios, debe retomar el sentido profundo del trabajo que se deriva de trajinar el campo.

En el vapor Caribe de la firma norteamericana Red D´Line, Adriani arriba a La Guaira, en marzo de 1930, poco antes de cumplir 32 años. Sigue a Zea, desde donde escribe una carta al canciller Itriago Chacín, disculpándose por no haber pasado a saludarlo en Caracas. Su antiguo profesor lo designa Instructor de Ministros, pero Adriani se excusa cortésmente. De nuevo en la aldea de su infancia y adolescencia, Alberto desempeñará su nueva faceta de agricultor.

Su hermano Domingo, su esposa Olimpia Mazzei y su hermana Delia María, deciden realizar un viaje a Europa, a mediados de 1931. Don José ya tiene 63 años y doña María, 57. Las fincas familiares quedan a cargo de quien ya es el más notable de los hijos de Zea.

Pocos meses han transcurrido desde el *Crack* del 29. Nunca tuvo otra cosa en sus sueños que volver a su patria. El servicio a su país continuaba elusivo por la autocracia del general Gómez. En su correspondencia no oculta su frustración: "Todo el mal de mi vida lo constituye el tiempo que vuela y que envejece, y el temor de que esta vida se prolongue, y al prolongarse me vuelve filisteo. Pero me someto al destino".

El 6 de noviembre de 1931 escribe al amigo de Santiago de Chile. El mundo se encontraba en plena depresión económica, pero Venezuela ya registraba el cambio físico derivado de la primera bonanza petrolera, mientras la agricultura menguaba:

Estas tierras han ganado mucho con la carretera. Todos los pueblos han ganado (...) y es aparente cierto progreso material y hasta espiritual (...) La crisis ha sido aquí muy seria (...) estoy satisfecho de haberme venido a estos rincones a dármelas de agricultor. Mis amigos me reprochan mi formación libresca, y quizá esta vida me dé un poco de realismo (...) hemos instalado en casa un aparato de radio (...) escuchamos estaciones americanas, latinoamericanas y europeas (...) llevo una vida campesina, pero no tan salvaje como pudiera suponerse, y disfruto de una tranquilidad, que no podría ser mayor en otra parte. Es bueno aquietarse los nervios.

Su hermano Domingo se angustia. La presencia en las estribaciones andinas del intelectual recién llegado puede ser sospechosa. Los temas de sus ensayos y conferencias en San Cristóbal y Mérida llevan siempre una velada crítica al estado de cosas y pueden ser mal vistos por los adláteres del régimen. En cualquier momento pueden ponerlo preso. El hermano mayor, señala Burelli Rivas, "le tenía siempre aperada la mejor mula, con el mejor baquiano, para que cuando fuera menester lo sacara por tierra llana al más cercano pueblo fronterizo de Colombia".

La agonía de la agricultura venezolana

Nadie como él tenía los conocimientos para analizar los trastornos que aquejaban a la economía venezolana en la transición de país rural a país petrolero. Cuando Adriani regresa a Zea, Venezuela cuenta con 3.162.911 habitantes. El país continúa siendo esencialmente rural, a pesar del ya avasallante predominio del petróleo. La población urbana asciende a 717.981 almas y la rural a 2.444.930. El PIB se eleva a Bs. 31.170 millones, a precios de 1984; ha subido 59% con respecto a 1926, el año en que el valor de la producción petrolera desplazó para siempre el valor de la producción agropecuaria y minera del país.

Pero el producto interno agrícola comienza a rezagarse y se incrementa sólo 11% entre 1926 y 1930, hasta Bs. 3.178 millones. El PIB petrolero ha crecido 243% en el mismo período, montándose en la colosal cifra de Bs. 12.104 millones. Entre 1920 y 1930, la producción de petróleo se ha multiplicado más de 270 veces, al pasar de 1.370 a 370.000 barriles diarios.

La suerte de la agricultura venezolana estaba echada y la extremaunción definitiva le será impartida por el *Crack* del 29. ¿Hacia dónde se van a dirigir los 2.444.930 venezolanos que hacen vida en las llanuras, los campos y las faldas y cuchillas de la Cordillera Andina? El agricultor del Alto Escalante, desde su retiro campesino, no se cansará de realizar enjundiosos análisis que desnudarán la grave realidad de la economía nacional y de su sector agropecuario.

Entre 1901 y 1926, Venezuela fue el segundo productor mundial de café. Desde 1881 hasta 1916, la producción del café de calidad "suave" del país representó entre el 15% y el 19% de la producción mundial. Venezuela fue el primer productor mundial de "café suave". El café venezolano significó en promedio un 5,7% del total mundial, llegando a alcanzar un 6,7% en 1896 (la producción petrolera actual de Venezuela representa el 3,4% del total mundial). A partir de 1929 el valor de las colocaciones internacionales de café se precipita hasta alcanzar sólo Bs. 31 millones en 1935; una brutal contracción del 77% en sólo seis años.

No es necesario argumentar por qué Alberto Adriani lleva a los límites de la obsesión su desazón por el "ruinoso" destino de la agricultura en Venezuela. Son concienzudos los estudios sobre la agricultura del café que escribe el primer año de su retiro en Zea: "Crónica cafete-

ra" (febrero de 1930), "Estación experimental cafetera en Nicaragua" (1930), "La próxima conferencia agrícola panamericana" (mayo de 1930), "El nuevo empréstito brasilero y la situación cafetera" (1930), "Lecturas agrícolas" (septiembre de 1930), "Soluciones internacionales de la crisis cafetera" (marzo de 1931) y "La Crisis, los cambios y nosotros" (mayo de 1931).

En "La crisis, los cambios y nosotros", Adriani explaya toda su madurez de economista profesional. Desde la óptica del *Crack* traza líneas de acción racional sobre todas las variables de la economía, con la vista fija en la necesidad de modernizar tanto las actividades reales (agricultura, industria y minería) como las monetarias y financieras. Propone invertir y acumular capital, ahorrar durante los períodos de "vacas gordas" y formar el capital humano para incrementar la productividad del factor trabajo:

Nuestra agricultura es rudimentaria (...) No hay un solo sector de nuestra vida económica en donde no se descubran posibilidades de aumentar la eficiencia (...) advertimos la necesidad de reformar nuestra educación, para levantar el nivel general de nuestra cultura; adecuar nuestro pueblo a las necesidades de la vida moderna; hacerlo partícipe del inmenso progreso técnico de las últimas décadas; para conseguir, en fin, nuestra capacidad económica y nuestra afinación espiritual. Y nos damos también cuenta de todos los beneficios que podría traernos una inmigración selecta.

El "fundador de la ciencia económica en Venezuela" observa un nuevo fenómeno en la economía mundial: la depresión de la economía de los Estados Unidos acusa un impacto de intensidad global, como un terremoto que tuvo su epicentro en Wall Street, pero cuya reverberación se sintió en el delta del Río de la Plata, en las riberas del Nilo y en el archipiélago japonés. La Gran Depresión ha producido una "universalización de las crisis económicas"; prueba de que el mundo, "al menos en el plano económico, está completamente unificado".

La política monetaria y cambiaria y la defensa de la producción

El desempeño de la economía mundial afecta el comportamiento de las fuerzas productivas de un país. Corresponde al Estado diseñar po-

líticas para evitar o mitigar los efectos de choques externos sobre la producción nacional. La política cambiaria, juzga Adriani, es crucial:

El [tipo de] *cambio es un barómetro financiero por excelencia. Los economistas lo consideran como el mejor indicio de la situación económica de un país (...) El cambio está dominado, tanto por causas comerciales: balanza comercial; como financieras: estado de presupuesto, sistema monetario, situación del crédito, etc., y políticas: es decir, todos los hechos que afectan favorable o desfavorablemente el porvenir de un país.*

Los choques externos o desequilibrios macroeconómicos agudos pueden destruir el valor de la moneda y originar grandes trastornos económicos:

Una moneda que se deprecia rápidamente hasta perder todo su valor –como sucedió con el marco alemán [República de Weimar]– *(...) se convierte en una maquinaria gigantesca de redistribución de la riqueza (...) Despoja a una clase de su riqueza y la regala a otra. Los acreedores ven desmigajarse sus acreencias mientras los deudores miran con alivio que se aligeran sus obligaciones. Las rentas se evaporan (...) y la remuneración de los servicios a salario fijo se reduce (...) Todos los negocios, que deben ajustarse (...) a una moneda inestable, se tornan arriesgados (...) Nadie ahorra en una moneda que se volatiza (...) El riesgo favorece la especulación (...) El proceso de acumulación del capital y las empresas a largo vencimiento, los dos fenómenos más típicos y que dan el mayor mérito al capitalismo, desaparecen (...)*

Adriani fue un apóstol de la estabilidad económica, monetaria y financiera como uno de los requisitos esenciales del crecimiento económico y el desarrollo. Fue el primer proponente de la creación del Banco Central de Venezuela. En "La crisis, los cambios y nosotros" se encuentra el diseño embrionario del instituto emisor:

Un banco central de emisión, para el cual se aprovechara nuestra propia experiencia y la de otros países, y que siguiera los mejores modelos, podría dar mayor solidez, y al mismo tiempo mayor flexibilidad a nuestro sistema monetario, y permitirá la unidad y la efectividad del control sobre la tasa de descuento y sobre nuestro cambio.

El banco moderno y el desarrollo

El economista andino postula el principio de que el sistema financiero debe ser un vehículo para la promoción del desarrollo. Un sistema financiero eficiente puede amortiguar los efectos de una crisis económica y fomentar la acumulación de capital:

(...) en países que han alcanzado un alto grado de desarrollo económico, el volumen del crédito es más importante que la moneda en circulación, y es aquél el factor que principalmente influye en el nivel general de los precios y en la marcha de los negocios.

Aunque considera que el sistema financiero venezolano de entonces es sano, estima que está rezagado respecto de las tendencias de la banca moderna internacional. "El sistema de crédito –sugiere– debe hacer un esfuerzo tenaz para implantar en beneficio de los productores, todas las facilidades y servicios de los más adelantados bancos modernos", y "ejercer una acción fecunda en el desenvolvimiento de nuestra vida económica". "El banco moderno –expone– es sobre todo, un instituto de mediación de crédito".

Para diversificar la gama de productos financieros, propone, por primera vez, la creación del "crédito hipotecario, la inversión menos líquida, la menos móvil, la más congelada"; pero indispensable para la expansión de la producción nacional. Otras innovadoras propuestas son la formación de fondos fiduciarios, así como

la financiación del comercio, la colocación de valores industriales o públicos, la participación y dirección en las industrias, la gestión de patrimonios, la administración de herencias y otras practicadas por los llamados "trusts" de los ingleses; y, por último, los de los "investment funds", que tanto se han multiplicado en los últimos años en los Estados Unidos e Inglaterra.

Descubridor de la Enfermedad Holandesa

Adriani es uno de los pioneros de los estudios del fenómeno que, a partir de los años setenta del siglo XX, se conoce como "Enfermedad holandesa" (*Dutch Desease*) y "Maldición de los Recursos" (*Resource Curse*). Esta dolencia fue estudiada por el doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo, en su libro *Petróleo y Dependencia* (1971).

Es en este contexto que Adriani afirma que "durante los años de prosperidad habíamos podido descubrir en esa situación de apariencias tan favorables ciertos aspectos adversos". Esos "aspectos adversos" son la sobrevaluación de la moneda y la intoxicación de la economía como consecuencia del boom financiero de un recurso natural. La agricultura y la industria pierden competitividad y su supervivencia queda en entredicho.

Adriani, como economista profesional, pudo advertir que el petróleo tendría una incidencia desfavorable en las actividades productoras de bienes transables, particularmente en la agricultura. Como analista social, también observó que la bonanza petrolera podría generar una sociedad rentística, en la que los venezolanos abandonarían la mística del trabajo.

10 lineamientos para un plan de desarrollo

El dilema entre petróleo y desarrollo está respondido en el ensayo "La crisis, los cambios y nosotros", cuyos principales postulados resumimos:

1. Equilibrios económicos en las cuentas nacionales y en los mercados de factores y de bienes y servicios.
2. Utilización proactiva de instrumentos de política fiscal, monetaria y financiera.
3. No sobrevaluación de la moneda y tipo de cambio que estimule la producción y exportación de bienes transables.
4. Acumulación de capital e inversión en actividades productivas y no especulativas o de consumo.
5. Defensa de la agricultura y estímulos a las actividades industriales y agropecuarias con las más avanzadas técnicas y adelantos científicos.
6. Creación de un instituto emisor que regule la liquidez monetaria, fije los precios de la divisa y del dinero y proteja la moneda contra la inflación y los choques externos.
7. Un sistema financiero sólido y moderno que fomente la expansión de la producción y el comercio.
8. Explotación petrolera compatible con la agricultura y la industria.

9. Ahorro nacional en períodos de bonanza y conversión de los superávit en la balanza de pagos y en las cuentas fiscales en una reserva del país.
10. Educación, cultura e inmigración europea.

No es por azar que estos remedios parecen aplicables a la realidad venezolana de hoy. Hace 80 años, "el solitario de Zea" se preguntaba a propósito de la bonanza petrolera de entonces:

¿Se economizó? ¿Se convirtió en reserva del país? ¿Se empleó en inversiones útiles, susceptibles de aumentar la productividad del país? (...) Puede afirmarse que fue mucho mayor la parte que se empleó en consumo inmediato (...) que [en] *la futura productividad del país. Muchos de los beneficiados por los años de prosperidad (...) fueron los constructores de lujosas mansiones, los pródigos viajeros (...) de placer, los consumidores de automóviles, vitrolas, licores, sedas, prendas, perfumes y otros artículos de lujo.*

Concluye con otro pensamiento que preserva su vigencia: "La presente crisis pasará (...) Pero no transcurrirán muchos años antes de que vuelva a presentarse otra crisis. Es necesario prepararnos en los años prósperos, en los años de las 'vacas gordas'".

Fatigando el café y descubriendo **la radio**

El retiro voluntario de Alberto Adriani en Zea se extiende entre marzo de 1930 y diciembre de 1935. Nada se ha escrito sobre el trajinar diario entre cafetales y vaqueras, sacos de café "trillado" o "lavado", cargas en baba, ceba de novillos, castrado de toros, compra de bueyes y toretes, transporte de la cosecha en mulas y travesías a Tovar o Maracaibo.

Es difícil imaginarse al estudiante de la Universidad de Ginebra, al taciturno investigador que escribía con igual soltura en francés, inglés o italiano, o al diplomático que escuchó a los hombres de Estado de Europa y a los grandes economistas ingleses en sus propias cátedras, fatigando las haciendas familiares en el remoto pueblo del Alto Escalante. Fueron casi seis años en los cuales fue esculpiendo su proyecto de transformación socioeconómica para Venezuela.

He tenido acceso a documentos inéditos de la familia Adriani, que por primera vez se reseñan. El viaje de sus hermanos a Italia en 1931, deja un intercambio epistolar entre el economista-campesino y el hermano mayor, ya veterano en los ajetreos de la producción agropecuaria, y en quien el patriarca don José había confiado la responsabilidad de la conducción de los negocios, traspasados temporalmente a Alberto. El hermano menor lo mantiene al tanto de la evolución de los avatares de las haciendas, en medio de la crisis económica mundial.

La producción petrolera de Venezuela sufrió los coletazos de la Gran Depresión, pero retomó su irreversible ascenso, mientras la agricultura continuó su irremediable declive. El valor de las exportaciones agropecuarias (café, cacao, ganado, maderas, cueros y otras) cayeron un 30% en cuatro años, de Bs. 91,4 millones en 1929, a Bs. 64 millones en 1933 (a precios de 1936). El valor de las colocaciones internacionales de café descendió aún más, un 47%, de Bs. 53,7 millones a Bs. 28,5 millones. El café representaba el 45% de las exportaciones agrícolas totales.

La extracción de petróleo crudo bajó con menos intensidad, a 323.000 barriles diarios en 1933 (13%), pero a partir de 1934 reemprendió su incesante alza, alcanzando 408.000 barriles diarios en 1935 y 562.000 barriles diarios en 1939, año del inicio de la Segunda Guerra Mundial. En seis años, la producción petrolera se incrementó un 74%. No había vuelta atrás.

En la correspondencia con su hermano –quizás para no mortificarlo más de lo necesario–, Alberto atenuaba la dimensión de la crisis, pero no dejaba de decirle la verdad. El 12 de julio de 1931 le avisa: "los negocios han seguido regular. El café no ha tenido ningún cambio de precio". El 31 de julio: "los negocios parecen animarse un poco". Expresa su esperanza en el clima favorable para la cosecha: "el tiempo ha continuado muy favorable y la cosecha será, si Dios quiere, buena". El 22 de setiembre fue más directo: "los negocios, siguen lo mismo. Es imposible que mejoren mientras la situación parece agravarse en el exterior. Según dicen los viajeros, la situación es mucho peor en otros lugares del país". Pero no pierde el optimismo: "sin embargo, es seguro que al entrar la cosecha la situación mejorará".

En la carta del 29 de septiembre, Alberto cifra su confianza en el inicio de la cosecha: "los negocios marchan más o menos lo mismo, aun cuando han mejorado un poco en los últimos días con el comienzo de la cogida del café". El economista vuelve a franquearse el 12 de octubre: "hasta este momento no se nota ninguna mejoría aquí, como no se ha notado en ninguna parte del mundo. Es evidente que la crisis no desaparecerá aquí hasta que no desaparezca en Europa y en los Estados Unidos". El hermano exterioriza sus preocupaciones y Alberto lo tranquiliza: "no creo que tengas ninguna razón para preocuparte de nuestra situación. Ella es la misma que cuando te fuiste. Ningún

hecho ha venido a empeorarla. Por el contrario, se ha ganado algo en el café y en el ganado".

Las cartas de Alberto a su hermano Domingo revelan rasgos de su personalidad: conciso, organizado y exhaustivo. Contienen resúmenes sobre cada una de las actividades: negocios y situación mercantil, haciendas, pesa, cemento, toretes, negocio de Tovar, encargo, cogida de café, vacas, préstamos, y radio y libros.

Los recorridos regulares por las haciendas eran objeto de breves descripciones. Los realizaba principalmente con su pariente Silvio Mazzei, a quien profesaba afecto y admiración por su capacidad de trabajo: "Aquí estamos muy contentos con la presencia de Silvio y Ana. Silvio, además de su gran competencia y de su actividad, que no tiene reposo, tiene la incomparable cualidad de estar siempre listo a ayudar. Nos ha ayudado en todo lo que ha podido". Alberto se siente cómodo en su compañía y confiado de que sus decisiones cuenten con su aval.

En el informe del 6 de julio de 1931, anuncia:

(...) mandaremos a traer [del] *Zulia unos 54 toretes y novillos que nos compró la semana pasada Don Abrahán Velandria, y creemos poder traernos unos 100 o 125 animales. La compra hecha por Don Abrahán es un verdadero pan grande. Compró novillos de regular talla a 50 bolívares (...) Me parece que es preferible comprar los ganados en Zulia y no en el Llano.*

El 12 de julio, después de recorrer los fundos, el ganadero-economista indica que "están muy bien. Esta semana le vendí 16 criollos a Ezequiel Ramírez a Bs. 59. Aparté algunos de los mejores y el mejor de todos (...) El negocio de ganado parece componerse". Se queja del "resabio" de un caballo, pero admite que "es una maravilla para la ganadería". El 27 de julio presenta un balance de las construcciones:

En El Bejuquero quedó terminada la casita (...) Se reparó la casa de Arenales y se hizo un nuevo rancho en Madre Vieja. También se están haciendo reparaciones en Guaruríes. Ya está lista la madera para hacer un rancho para los becerros y una pieza para la matera, en La Seca (...) Don Abrahán compró en el Zulia unos 170 animales (...) Hay mucho toro formado y mucho novillo que vale de 80 a 100 bolívares. Todos son de buena talla. De manera que el negocio, con el favor de Dios, resultará excelente.

El 22 de setiembre le da un parte sobre la hacienda El Bejuquero. Dice:

(...) ya pasó la primera cogida. Se trajeron 517 cargas en baba. Ya se han traído 20 cargas de café beneficiado, y la mayor parte del que queda en la máquina está pilado (...) El tiempo fue muy bueno para la cogida, (...) y para la secada, de manera que no se ha perdido ni un saco (...) No hay duda de que la cosecha pasará de 150 cargas. El grano ha salido, en la primera cogida, un poco menudo, pero macizo y muy bueno.

El 12 de octubre, el hermano menor manifiesta:

(...) estamos de acuerdo con lo que nos dices (...) Hemos estado castrando algunos animales grandes, y disponemos para la ceba de los novillos que vinieron de Zulia...La semana pasada le compró Amadeo [su otro hermano] *a Sardi unos 7 toretes a Bs. 42. En el caso de que podamos hacer negocio con el Dr. Sardi, echaremos los bueyes y los toros castrados a la ceba. Creemos que con el favor de Dios no nos faltará ganado gordo.*

En un rubro que denomina "nueva empresa", el agricultor zedeño reflexiona sobre el don de la prudencia en los negocios y en la vida:

(...) los planes se pueden concebir muy grandes, pero su realización se irá efectuando en la medida que las circunstancias lo permitan. Silvio está animado del mismo espíritu. Dice que nosotros debemos proceder lentamente, con la máxima cautela, con pié firme, no haciendo sino lo que se pueda hacer sin afrontar grandes riesgos y sin comprometer la necesaria solidez y crédito. Puedes estar seguro de que con el favor de Dios esa empresa será nuestro orgullo. Nosotros no tenemos mal sentido, no hay gente viciosa, y todos estamos decididos a trabajar con tesón.

Esta prudencia se manifiesta en la reticencia a hacer uso de un crédito concedido por el Banco Agrícola y Pecuario:

(...) por dos veces mis amigos del Banco (...) han insistido en mantener vigente nuestra solicitud y en demostrarme las ventajas del préstamo. Últimamente me escribió el Dr. Egaña diciéndome que aceptáramos el préstamo por Bs. 30.000 y que el banco consentiría en garantizarnos nuestra acreencia con una hipoteca de segundo grado.

El crédito fue finalmente aceptado. No todo era cargas de café beneficiado o venta de novillos. En cada una de las misivas, Alberto rubrica comentarios sobre la radio que la familia ha traído al hogar, para entonces un artefacto novedoso. Relata con precisión su funcionamiento: "¡Ya está aquí! Hoy vendrá un señor de Tovar a instalarlo". No fue tan fácil su operación por diferencias de voltaje. No se da por vencido y en otra carta le asegura: "no cabe duda de que lo haremos funcionar".

Con regocijo comenta unas semanas más tarde que

el Radio ha seguido funcionando muy bien. Todos los días oímos las noticias mundiales en la estación de París (...) las cotizaciones de la bolsa de Nueva York, que da la estación de Schenectady, y los magníficos conciertos que dan las estaciones de (...) Cincinnati y Pittsburg. Cuando lleguen las pilas nuevas, esperamos que el radio, que ya es excelente, mejore en un 100%. Es un aparato interesante y que ayuda a pasar agradablemente el tiempo. Todas las noches se reúne en torno al radio toda la familia.

En el rubro "libros", Alberto demuestra también que, pese a su ya reconocida cultura en Historia, Filosofía y Economía, no deja de interesarse por antiguas y nuevas ediciones de libros de reputados tratadistas. Encarece al hermano que le compre libros: "si hubiere algún libro sobre economía reciente (...) de Alberto de Stefani, me lo traes. Este es un chorizo, pero hay que aprovechar la oportunidad".

Alberto Adriani fue un católico creyente. Sus invocaciones a Dios así lo confirman. Uno de los artículos de su primer *Cuaderno de composiciones*, fechado el 21 de diciembre de 1914, lleva el nombre de "Instrucción, periodismo y religión". En él defiende la educación cristiana como ingrediente primordial de la formación del individuo. En su artículo "El catolicismo angloamericano y la acción social" (1930), escrito para el periódico *Patria* de Mérida, destaca el compromiso social de los católicos estadounidenses.

El cristianismo en Adriani tenía una vertiente religiosa y otra histórica. El cristianismo era un elemento esencial en la gestación de la civilización occidental. Sostenía que las dos grandes corrientes del cristianismo –la protestante y la católica–, representaban la síntesis civilizadora que enriquecía el espíritu emprendedor de Occidente. En "Intelectualismo", el estudiante de Derecho en Caracas expresa:

(...) con la Biblia, y con (...) [la] *filosofía antigua (...) se puso a hilvanar una nueva civilización (...) En tales condiciones la humanidad pudo penetrar muy hondo en el nuevo rumbo (...) La humanidad, creyendo en las verdades de Jesús, estaba dispuesta a seguirle hasta el fin (...) es de creerse que la vida habría encontrado y afirmado la solución necesaria.*

El proyecto de transformación de **Venezuela**

La vida bucólica del "hombre de la montaña" en Zea no aisló a Adriani del acontecer nacional e internacional. La radio y el correo lo mantenían conectado con el mundo exterior. Sus biógrafos coinciden en que durante este período irradia toda su madurez juvenil y produce el fruto final de sus años de formación académica, de febriles y disciplinadas lecturas y de intenso ejercicio profesional.

Las horas pasan y se nos cargan en cuenta

La angustiosa prédica de Adriani por encontrar la solución a las dolencias de Venezuela se ve dilatada por la prolongación de dos factores que no parecían finalizar y extendían sus tentáculos sobre las siembras del Alto Escalante. En su ensayo "El dilema de nuestra moneda y la situación económica venezolana" (1935) recuerda las palabras grabadas en Latín en el reloj de sol del Colegio de Todas las Ánimas de la Universidad de Oxford: *pereunt et imputantur*: "las horas pasan y se nos cargan en cuenta".

Muchos advertían que el caudillo militar de La Mulera se encontraba en los estertores de la agonía, pero el general parecía aferrarse a la vida con la misma tenacidad con que apresó a sus adversarios. La Gran Depresión castigaba con inusual crudeza la economía mundial. Venezuela había retrocedido hasta la sexta posición como productor mun-

dial de café para el período 1930-1935. La Oficina Internacional del Trabajo reportó que el número de obreros desempleados en el mundo se ubicaba en 30 millones. El valor del comercio mundial registró una caída del 65% entre 1929 y 1933.

El plan metódico y la economía orgánica

El meditador del Alto Escalante define con mayor precisión las líneas maestras de una "economía orgánica" para Venezuela y propicia la formulación de un "plan metódico" de desarrollo. Presenta los principios para una debida coordinación entre las políticas fiscal, tributaria, monetaria, cambiaria, financiera y de comercio exterior, y las políticas aplicables a las actividades reales de la economía. Su pensamiento es diáfano:

Un plan económico permitirá coordinar las actividades económicas de un país, tanto las públicas como las privadas, y darles la dirección que más se acuerde con los intereses permanentes de la Nación. A este plan se adecuarían la política de tierras baldías, la inmigración y colonización, la sanitaria, la agrícola, la minería, la industrial, la comercial, la fiscal, la bancaria, la de comunicaciones, la hidráulica. La iniciativa privada seguirá libre; pero es claro que no podría ni le convendría apartarse de las líneas maestras del plan.

Aunque fueron numerosos los trabajos que Adriani escribió en la casona familiar de Zea, haremos una sinopsis de su propuesta programática. Las fórmulas que presenta para su proyecto de transformación socioeconómica de Venezuela están contenidas principalmente en sus ensayos "La crisis, los cambios y nosotros", antes comentado, "El dilema de nuestra moneda y la situación económica venezolana" y "Las limitaciones del nacionalismo económico", escritos en julio de 1935. Este último fue preparado para una conferencia dictada en la Sociedad Salón de Lectura de San Cristóbal, el 5 de julio de ese año.

El internacionalismo y las limitaciones del nacionalismo económico

Adriani fue un convencido propulsor del internacionalismo y la cooperación entre las naciones del mundo. El *Great Crash* del 29 llevó a

las naciones industrializadas de Norteamérica y Europa -pero también a las latinoamericanas-, a aplicar políticas fiscales y monetarias restrictivas, a fin de reducir el circulante monetario, provocar devaluaciones competitivas de las monedas, elevar los aranceles, introducir cuotas de importación y proteger sus industrias y cultivos locales en defensa de un mal entendido nacionalismo.

Los efectos en cadena de las medidas proteccionistas agravaron la Gran Depresión, aumentando el desempleo y reduciendo drásticamente la producción mundial y el ingreso nacional de los países. Calificó a los gobiernos que seguían tales políticas como "embarazadores de la producción y disipadores de las energías humanas".

Adriani hace un recuento histórico del surgimiento de las naciones: "antes de que existiera la doctrina del nacionalismo, existieron las naciones. En el principio era la acción, dice la famosa frase de Goethe". Crítico del "nacionalismo de moda", surgido de las inequidades de la paz de Versalles, el economista-agricultor expone: "Para mentes sencillas e incultas el nacionalismo implica, cuando no está viciado de hostilidad, el más absoluto aislamiento. La Nación debe ser como la mónada sin ventanas de Leibnitz. Ha de vivir ensimismada, admirándose, como el Narciso mitológico (...)".

El ilustrado ganadero diferenciaba entre el concepto de nación como un compacto de gentes identificadas por la historia y la cultura, del ejercicio del nacionalismo con fines racistas o hegemónicos:

(...) el impulso decisivo lo dan siempre las esperanzas de un mayor bienestar, un proyecto de vida más próspera, más noble (...) Ubi bene, ibi patria: donde se está bien allí está la patria, dice la expresión latina. Ernesto Renán resume su idea de la nación: es un plebiscito cotidiano. Ortega y Gasset nos dice: (...) es un programa sugestivo de vida en común.

Adriani analiza los rasgos de la internacionalización de los países desde el inicio de la Revolución Industrial. Estima que ello ha significado el inicio de movimientos transcontinentales de los factores de producción, dando lugar a una nueva división internacional del trabajo. El comercio mundial tuvo un crecimiento explosivo entre 1800 y 1929, al pasar de 7.600 millones de bolívares-oro a Bs. 346.000 millo-

nes. La población europea escaló de 180 a 500 millones de personas durante igual período. De Europa emigraron al resto del mundo 55,5 millones de personas. El ahorro nacional, los avances técnicos y científicos y la expansión de la productividad industrial condujeron a Europa y a Estados Unidos a exportar sus bienes y servicios, y más tarde, a exportar sus capitales:

La obra de mano, el capital y la técnica se desplazaban donde pudieran encontrar mayor rendimiento. Gracias a este proceso se creyó que era posible nivelar el tren de vida de todas las poblaciones del mundo, y el capitalismo probó que era en verdad un gran agente de nivelación (...)

El agudo observador ubica aquí el inicio de la internacionalización moderna del planeta: "Los hombres europeos, con sus ambiciones faustianas, su capitalismo expansivo y sus necesidades en continuo aumento, terminaron por encontrar estrecho el escenario que les ofrecían sus territorios, que la técnica iba empequeñeciendo".

Adriani advierte la aparición de un fenómeno económico y político que va a signar la conflictividad de los pueblos y naciones del mundo hasta nuestros días. La prosperidad económica internacional iba aumentando, pero en forma insatisfactoria. Se arreciaron las disparidades entre

pueblos económicamente poderosos y pueblos pobres, de economía rudimentaria; naciones capitalistas y naciones proletarias, naciones fuertes y naciones débiles. Estas desigualdades eran inevitables, pero daban lugar a explotaciones inicuas, y a prepotencias e injusticias.

Hace 80 años, el pensador de Zea clamaba por un decidido internacionalismo para evitar los peligros que se cernían sobre los pueblos del mundo y cifraba sus esperanzas en la Sociedad de las Naciones como germen de lo que él denominó "la sociedad mundial":

Algo todavía más grave eran los conflictos entre las grandes potencias para apoderarse de los recursos de los débiles (...) La Guerra Mundial demostró la necesidad de darle remate al edificio internacional (...) Este desarrollo culminó con la creación de la Socie-

dad de las Naciones (...) Con esta organización, por imperfecta que fuera, parecía cerrada la era de expansión de los nacionalismos e iniciada la de la sociedad mundial.

Lamentablemente, surgió un "nuevo nacionalismo (...) la Sociedad de las Naciones no supo o no pudo atender al logro de su extraordinaria empresa. Vuelta al pasado, como la mujer de Lot, pronto vio que se le escapaba el porvenir". En los tres lustros que precedieron al año 1935, los nacionalismos "dramáticos, exasperados, frenéticos, agresivos, de ahora", provocaron un "retroceso del internacionalismo (...) el ensueño de un organismo político mundial". Y se pregunta: "¿Hacia la economía mundial o hacia las economías imperiales?".

El preclaro economista vuelve a reivindicar la cooperación entre el Estado y la empresa privada: "Una política económica debe responder a la necesidad de resguardar los intereses colectivos, estimulando a la vez las energías privadas".

Adriani reitera que el mundo se dirige hacia vastas extensiones regionales y continentales:

(...) la economía cerrada (como la venezolana) es imposible en los pueblos pequeños (...) durante un período, que puede ser largo, se desarrollará el comercio imperial y transcontinental (...) La mayor parte de estas áreas imperiales las tenemos ya a la vista: el Imperio Americano, el Imperio Ruso, con su nueva etiqueta de Unión de Repúblicas Soviéticas, el Imperio Británico, el Imperio Nipón-Chino, en formación avanzada (...) Habrá un patriotismo imperial, un patriotismo americano, tal vez un patriotismo europeo (...).

Ante esta tendencia, el venezolano replantea hace casi ocho décadas, la necesidad de que los países latinoamericanos avancen hacia su integración económica y hacia una "cooperación panamericana" sustentada en la igualdad de condiciones entre el norte y el sur de América.

La ciencia y el porvenir de la industria del café y de la agricultura

Adriani llamó "idea-fuerza" al elemento motivador de una nación en pro de su superación social, económica y cultural. El desarrollo de una agricultura "científica" y de una agro-industria diversificada con orientación exportadora fue sin duda una de esas ideas-fuerza. "Des-

pués de la población trabajadora –expresa en carta a Vicente Lecuna– la agricultura es el factor principal de nuestra riqueza".

Los demás elementos de su proyecto de "regeneración nacional" giraban en torno a que Venezuela fuese una pujante nación agropecuaria y agroindustrial. La educación, la inmigración, la política económica, la integración, etcétera, eran partes integrales de un plan de desarrollo que tenía como eje la agricultura. "Pero no sólo es el factor principal –insiste–, sino que es permanente, perdurable".

La verdad es que en materia de agricultura nos habíamos quedado en lo que sabían nuestros antepasados de la colonia, sembradores de cacao, añil y tabaco. En el dominio de la agricultura tropical, por obra de holandeses, ingleses, yanquis principalmente, se han llevado a cabo considerables progresos, que han revolucionado la técnica de los grandes cultivos. A esa revolución habíamos permanecido extraños.

La agricultura venezolana debe transformarse para poder recuperarse y alcanzar la índices de productividad de los principales países productores: "debemos organizar nuestra industria cafetera, como toda nuestra agricultura, sobre bases nuevas". La modernización de la actividad agrícola venezolana pasa por la incorporación de las más avanzadas técnicas de cultivo y conservación. Los congresos científicos panamericanos formulan recomendaciones que el país debe adoptar: "merecen citarse las que recomiendan la formulación de leyes sobre conservación de los bosques y el estudio de la flora". Propone un inventario del potencial agropecuario del país "mediante un reconocimiento agrícola" y la creación de "organismos de investigación y experimentación científica y una red de escuelas superiores, medias e inferiores de agricultura".

Recomienda darle carácter "racional y científico" al desarrollo de "una gran industria ganadera" en los Llanos venezolanos. "El cruzamiento del ganado nativo con razas selectas, la lucha y prevención de las enfermedades, la mejora de métodos de cría, podrían asegurar la prosperidad de la industria". Debe realizarse un inventario de los recursos existentes y concebirse un plan que incluya "instituciones de investigación, experimentación, enseñanza (...) La educación es todavía medieval en la mayoría de los países latinoamericanos".

La diversificación de la producción y exportación de productos agropecuarios son factores primordiales del "programa de regeneración de nuestra agricultura". En su trabajo "La valorización del café y nuestra economía nacional" presenta las directrices esenciales de "un plan de organización de la industria cafetera" y de "un plan de desarrollo de la agricultura venezolana. Un país cuya economía descansa sobre uno o dos cultivos, no puede aspirar a una prosperidad continua y creciente".

Adriani formula recomendaciones sobre el mejoramiento cualitativo de los cultivos tradicionales y de su productividad, particularmente, el café, para que tanto éste como otros rubros alcancen los más altos precios en los mercados internacionales. Estas recomendaciones, como apunta Torrealba Silva, abarcaban "la sombra adecuada para el cafeto, su abono, selección de semillas y trasplantes, sistemas convenientes de plantación, operaciones de cultivo, métodos de recolección y beneficio de cosechar, etc".

En Venezuela pueden expandirse y mejorarse cultivos existentes, como el cacao, considerado el mejor del mundo. "El cacao es un producto de gran porvenir -afirma-. Es un alimento muy nutritivo". Pone como ejemplo el crecimiento del consumo en Estados Unidos, donde el consumo está "triplicándose cada diez años".

En la cuenca del Orinoco, divisa el desarrollo de una pujante industria forestal, capaz de captar mercados internacionales en rubros como la madera, el caucho, el chicle, el balatá y la sarrapia, sustituyendo los árboles silvestres por nuevas plantaciones: "es la única manera de poder competir con las plantaciones que se han iniciado en las Indias Orientales". Enfatiza el potencial de nuevos cultivos, como la fibra, algodón, sisal, seda, aceites vegetales, coco, corozo, tártago, maní, frutas tropicales, nueces y especias y plantas medicinales.

Adriani fue contrario al otorgamiento de subsidios agrícolas. Aunque por necesidades temporales pudiesen aplicarse, estimó que la mejor política agrícola partía de un esquema integral de desarrollo científico, de la modernización de las técnicas de cultivo y su diversificación, del acceso al crédito a tasas y plazos razonables, de la creación de institutos de investigación, de una política cambiaria y comercial que garantizara un tipo de cambio remunerativo y de un desarrollo agroindustrial intenso.

Como iniciativas complementarias, el economista-agricultor propone, por una parte, la creación de organizaciones cooperativas, "que multiplican las posibilidades del productor individual y facilitan (...) la solución de sus problemas"; y por la otra, la fundación de organizaciones gremiales de agricultores para la defensa mancomunada de sus intereses.

El carácter social de la agricultura no puede estar desvinculado del plan agrícola nacional. Más allá de su gran capacidad para la creación de empleo, está el aporte que la agricultura puede hacer a la equidad social de un país por medio de la educación.

Esta sociedad en que los privilegiados de la educación y de la riqueza extrañan a enteras clases sociales, y condenan a hermanos de la misma raza a una vida de esclavitud, indigna e ingrata, deberá desaparecer, suprimida por otra (...) [abriendo paso a] *una comunidad bien amalgamada y que repose sobre el principio de la solidaridad.*

Adriani previó y fue testigo de la agonía de la agricultura venezolana. Durante su retiro en los Andes, no dará descanso a su pluma y escribirá nuevos artículos: "Un plan para el desarrollo de la industria cafetera de Colombia", "La cosecha y el consumo mundiales", "Estación experimental cafetera en Nicaragua", "La organización de la industria cafetera de Colombia", "La colaboración agrícola interamericana" y "Venezuela y su industria cafetera". Son testimonios que no sólo dejan constancia de sus dramáticos llamados a salvar la agricultura, sino que presentan las soluciones necesarias para que el sector se recupere y continúe siendo el eje del progreso económico de Venezuela.

Cada familia de inmigrantes es como una buena escuela

En el intercambio epistolar entre Adriani y Picón Salas, el primero hace saber desde Washington que prepara un libro sobre el tema. Ese libro nunca llegará a publicarse, pero en diversos artículos expondrá sus propuestas, convencido de que en un continente subpoblado como el americano, los estados deben estimular corrientes de inmigración.

En "Población y Saneamiento" (1925), el diligente sociólogo diserta sobre las consecuencias políticas y sociales del crecimiento demográfico y la necesidad de "poblar para civilizar". En América, "progreso económico, evolución política, ascensión espiritual, están condicionados (...) por una sabia política pobladora". Históricamente, la densidad poblacional ha determinado "el desarrollo de la técnica" para el mejoramiento de los cultivos, como en los valles del Yang-Tsé o del Peiho en China, los pantanos de Pomerania en Prusia, los Países Bajos y las llanuras del río Po. Plantea, sin embargo, que el enfoque debe ser integral. Una política de población debe ir acompañada de mejoras en las condiciones sanitarias, de programas de construcción de vías de comunicación y de medidas que orienten la explotación racional de la tierra y de los recursos naturales.

En "Venezuela y sus problemas de la inmigración" (1926), el visionario de los Andes esboza la necesidad de fijar una relación óptima entre población y territorio. No puede haber generación de riqueza en países despoblados. El aumento de la población no sólo acrece la "riqueza colectiva", sino que permite al país "agregar las ventajas provenientes de la introducción de hábitos civilizadores, de costumbres y conocimientos útiles en agricultura, en artes y en la ciencia del gobierno". Favorece la inmigración europea como un contrapeso a la expansión económica de Estados Unidos en Latinoamérica: "hombres, técnica y capitales de Europa nos ofrecen una protección".

Una política inmigratoria puede ser "pasiva o activa". Se pronuncia a favor de una inmigración activa, diseñada por el Estado. Menciona los ejemplos de Estados Unidos, Brasil, Argentina, Australia, Nueva Zelanda y Uruguay. Presenta la idea de la creación de un organismo nacional que formule un plan de colonización agrícola.

En "La colonización en Venezuela" (1929), el sociólogo-agricultor compara la inmigración a América con la creación de un "nuevo mundo espiritual (...) La inmigración y la colonización podrían ser (...) poderosos factores de educación, de ascensión económica y (...) de nivelación de nuestros pueblos con los más progresistas de la Tierra". Considera que los angloamericanos disfrutan de todas las oportunidades para su "formación física, intelectual, técnica y moral" en un ambiente de libertades y garantías jurídicas plenas. Aportan al mun-

do "riqueza, competencia, salud, prestigio y ganas de trabajar. El trabajo es en su país un mandamiento religioso".

El empuje de los Estados Unidos plantea un riesgo y una oportunidad para América Latina. Esboza una solución: "nivelarnos (...) en el campo de la ciencia y la técnica" por medio de la educación. Su reflexión es lapidaria:

Si nosotros no aprendemos a emularlos en las cualidades que hacen posible su predominio, a sus manos pasarán mañana lo mejor de nuestras minas, de nuestras tierras, de nuestros rebaños, de nuestras florestas (...) Eso no quiere decir que ellos sean nuestros enemigos ni que debamos tenerles miedo. Tengámosle sí mucho miedo a enemigos tan terribles como son nuestro atraso, nuestra incompetencia, nuestra desorganización y nuestra falta de espíritu público.

Adriani predice que las riquezas minerales y recursos naturales de Venezuela crearán en el futuro un aliciente para la llegada al país de inmigrantes de todas partes. Pondera las oportunidades que se abrirán en la explotación petrolera del Lago de Maracaibo y en la cuenca del río Orinoco, en la industria aurífera de Guayana y en los desarrollos agrícolas e industriales de esta región inexplorada, pero le preocupa que en lugar de inmigrantes laboriosos y emprendedores, lleguen especuladoras y contrabandistas. Califica la "inmigración espontánea" como poco productiva y por ello aboga por una "sabia política de inmigración" para atraer a los mejor dotados. Juzga que el atractivo de sus riquezas permitirá a Venezuela escoger a sus inmigrantes.

La política debe tomar en cuenta, en primer lugar, la colonización planificada de contingentes de europeos que se establezcan en las mesetas de las cordilleras Andina y de La Costa, con el objeto de desarrollar cultivos de frutas, hortalizas, trigo y arroz, y las industrias avícola, sericícola, lechera, textiles, peletería, cantería, sombrerería, mecánicas, etcétera. En segundo lugar, la colonización de la Guayana venezolana, lo cual permitirá que Venezuela sea "la primera nación de la América tropical". De Guayana surgirá "el venezolano nacional".

Se nutre de la experiencia estadounidense para proponer un programa de colonización de la hoya del Orinoco. Debe atraerse a los nacio-

nales y a los inmigrantes especializados con una política de "bonificación", es decir, tierras a precio y condiciones de amortización preferenciales, plazos e intereses generosos, créditos para capital de trabajo, programas de desarrollo agrícola elaborados por peritos y, citando un informe del Congreso de los Estados Unidos, "establecimiento de instituciones sociales -escuelas, iglesias, hospitales, centros [culturales], etc.- en beneficio de la comunidad".

Concluye expresando que un plan orgánico de inmigración y colonización será un factor determinante del desarrollo de Venezuela y de su diversificación e industrialización, igualándola a "las naciones más progresistas de Occidente" y forjando de "sus elementos humanos un tipo nacional que perpetúe la integridad de la Patria".

El dilema de nuestra moneda

Adriani fue uno de los pioneros en los estudios sobre bancos centrales, moneda, sistemas financieros y mercado de capitales. Leyó a los bancocentralistas más prominentes de su época y evaluó la organización del Banco de la Reserva Federal de los Estados Unidos, el Banco de Inglaterra y el Banco Central de Australia.

Una moneda no es fuerte por el simple hecho de que lleve el nombre de un héroe nacional -en realidad casi ningún otro signo monetario en el mundo usa la designación de un personaje histórico-. El valor real de una moneda es un reflejo de la solidez de su economía, de su diversificación, de su productividad, de su competitividad, de sus índices de inversión, de sus equilibrios macroeconómicos y de su capacidad para exportar bienes y servicios de calidad y a precios razonables.

Adriani tuvo conciencia plena de que Venezuela y el mundo no atravesaban, después del *Crash* de 1929, por "un mero ciclo económico" recesivo, "como los muchos observados desde la Revolución industrial del siglo XVIII, sino [por] una crisis de la estructura misma de la organización económica actual".

El venezolano defendía la tesis de que la política monetaria debía no solamente garantizar la contención de la inflación y la estabilidad de la moneda, sino también constituirse en un instrumento de estabilización macroeconómica y de promoción de la productividad de inversionistas y productores.

Para el reflexivo economista estaba perfectamente claro que la agricultura y la industria manufacturera podían contraerse y estancarse aun si las cuentas nacionales, especialmente las fiscales, registraban superávit:

El estado de nuestra hacienda pública es, sin duda, el aspecto más favorable de la actual situación del país [1935]. *El país se encuentra sin deuda pública exterior; con una deuda interna, que es cantidad despreciable; y con una reserva de Tesorería (...) Esta situación de nuestra hacienda pública es un privilegio de la nación, y es tal vez única en el mundo (...) el año fiscal 1929-1930 fue el más próspero que haya tenido el país.*

Adriani detectó la terrible paradoja de que la capacidad productiva del país, particularmente la agricultura, se deterioraba por la sobrevaluación del bolívar, mientras el Estado acumulaba una inmensa riqueza financiera de origen petrolero. Fue este el comienzo del capitalismo de estado venezolano, el cual vino a afianzarse como modelo rentístico de desarrollo desde entonces:

El factor principal de esta agravación de nuestra crisis es la desvalorización del dólar americano. Hasta el año pasado el dólar conservó en Venezuela un valor, que hacía medianamente remunerador el cultivo del café y del cacao (...) Con el nuevo dólar desvalorizado, o lo que es lo mismo, con el bolívar caro, los precios de nuestros productos de exportación se han hecho irrisorios (...) Como nuestros principales competidores (...) han desvalorizado su moneda (...) la demanda del exterior por nuestros productos ha venido disminuyendo (...) Todas las empresas industriales, comerciales y agrícolas (...) son deficitarias (...) Nuestros campesinos y peones (...) Todos (...) se han empobrecido de hora en hora (...).

Ante la grave situación, Adriani, luego de analizar las medidas adoptadas por otros países y ponderar las opciones de política aplicables y convenientes a Venezuela, presenta una controversial pero bien fundamentada recomendación basada en los postulados del economista norteamericano Henry Hazlitt, en las decisiones de naciones como Estados Unidos, Inglaterra, Nueva Zelanda, Japón y los países escandinavos:

En general, el método que ha probado ser el más satisfactorio, y el único que en todo caso podía ser empleado por la mayoría de los países, ha sido el de la inflación o desva-

lorización de la moneda, encaminada a elevar los precios y restablecer el equilibrio de sus relaciones económicas.

Adriani recomienda, a principios de 1935, una depreciación del 100% del valor del bolívar con respecto al patrón oro, con el objeto de restablecer el equilibrio entre los precios internos y externos y estimular el aparato productivo:

Yo propongo un plan sencillo (...) la desvalorización violenta de nuestro bolívar, mediante la reducción, de un solo golpe, de su contenido de oro fino de doscientos noventa mil trescientos millonésimos de grano, establecido por la Ley de 15 de junio de 1918, a la mitad.

Pero el estadista venezolano no propicia una desvalorización del bolívar sólo con fines fiscales, sino que, en conocimiento de que el nuevo tipo de cambio aportaría al Estado una extraordinaria masa de recursos, propone, por primera vez, llevarlos a un fondo destinado a "financiar un plan de obras públicas adecuado, con el fin de aumentar la circulación monetaria y activar, de muchas maneras, la economía del país".

Esta propuesta generó una de las polémicas más significativas en la historia económica del siglo XX venezolano. Fue objetada enérgicamente por los banqueros Vicente Lecuna y Henrique Pérez Dupuy, entre otros, quienes defendían con razones no menos bien argumentadas –pero equivocadas– el mantenimiento de un bolívar fuerte. Ellos postulaban los principios liberales de los economistas clásicos, para quienes el libre juego de la oferta y la demanda debe determinar la formación de los precios en la economía. La polémica se dirimió a favor de los banqueros.

Para los economistas venezolanos el mantenimiento a la sazón de un bolívar sobrevaluado y la resistencia a devaluar en forma ordenada nuestro signo monetario, fue una de las medidas económicas más equivocas de nuestra historia. La sobrevaluación de la moneda, justificada como política anti-inflacionaria y necesaria para la importación de bienes de capital, determinó, desde entonces y hasta nuestros días, un abaratamiento permanente de las importaciones suntuarias, contribuyó a restar competitividad a las exportaciones de Venezuela, a impedir la formación de industrias orientadas a la exportación, a la pro-

tección de actividades productivas ineficientes y a la pérdida de bienestar social para el conjunto de la economía.

Un banco central de emisión y la reforma del sistema de pagos

El proyecto de transformación nacional de Alberto Adriani tuvo como uno de sus vectores principales la coordinación y coherencia entre el brazo real de la economía y el brazo financiero y monetario: "es claro que nuestro régimen monetario es rudimentario, por decir lo menos".

El Estado debe contar con un "banco central de emisión" que articule las relaciones económicas internacionales, el circulante monetario y la intermediación financiera. Venezuela era uno de los pocos países de América que no contaba con un instituto emisor. La emisión de moneda estaba dispersa entre varios bancos privados. Alexander Hamilton, en Estados Unidos, había instituido en 1791 el First Bank of the United States. Asimismo, Napoleón Bonaparte, fundó en 1800 el Banco de Francia.

Adriani profundiza sus estudios sobre temas monetarios y financieros durante su retiro en el Alto Escalante. El equilibrio económico, cambiario y financiero, la regulación de la demanda y la oferta de dinero y de divisas, la preservación de un valor competitivo para la moneda, el papel de la banca central como prestamista de última instancia, la fijación de las tasas de interés, la determinación del precio de la divisa, la defensa de las reservas internacionales y la provisión de la liquidez monetaria necesaria para el crecimiento económico, son tareas que deben confiarse a un instituto emisor de alta calidad e inexpugnable profesionalismo. Afirma:

El banco central es hoy considerado como elemento indispensable, digo indispensable, de una sana y eficaz circulación monetaria y de un buen sistema de crédito (...) Sólo un banco central puede ser, con serias posibilidades de éxito, un eficaz regulador de la circulación monetaria y del crédito, de manera que sirvan efectivamente los intereses de la economía nacional.

La idea primigenia de Adriani, no será ejecutada por él. La incorporará al Programa de Febrero, que un año más tarde presentará el pre-

sidente López Contreras. Corresponderá a su amigo y colaborador Egaña llevar a efecto esta iniciativa, quien presidirá una comisión presidencial designada al efecto por López en 1937. La iniciativa fue de nuevo cuestionada por reconocidos banqueros. Una demanda de nulidad fue incoada y la Corte Federal y de Casación falló a favor del Gobierno constitucional. La Ley del Banco Central de Venezuela fue sancionada por el Congreso Nacional en 1939, y el instituto emisor abrió sus puertas en 1940.

La política comercial y su reciprocidad

Una de las ramas de la gestión pública en las cuales Alberto Adriani es también uno de los pioneros en Venezuela, es la concerniente a la necesidad de que el país formule una "política comercial". No solamente advirtió que el comercio era el primer paso hacia la integración entre los pueblos, sino que defendió el criterio de que una "economía orgánica" debe contar con una estrategia de comercio exterior, vinculada a la búsqueda de mercados de exportación y a la protección racional del agro y las industrias nacionales.

En uno de sus *Cuadernos de composiciones,* inédito, el número 13, Adriani, de su puño y letra, muestra su dominio de la teoría clásica del comercio internacional:

Esta política aduanera de protección a ultranza produce varias consecuencias:

a) Disminuye la productividad del trabajo y del capital.

b) Estrecha, reduce el mercado de nuestra producción.

c) Arruina el interior. Acaba con las clases medias.

d) Procura una concentración o por lo menos hace difícil la riqueza sobre la base de su aumento; [genera] *grandes fortunas, que no pueden sino perjudicar al país. Sin darle independencia al país.*

Este razonamiento es irrebatible, pero otra de las características del economista andino fue distinguir entre las bondades de la teoría económica y la plausibilidad de su implantación en un entorno determinado. De ahí que Adriani abogara a favor de los principios de la teoría económica internacional, en tanto y en cuanto existiese reciprocidad por parte de los socios comerciales de Venezuela.

El lúcido analista define la doctrina en materia de reciprocidad comercial, principio básico de las negociaciones comerciales bilaterales y multilaterales de hoy, así como en la consecución de tratados de integración regional y subregional:

Sin embargo, cuando salimos del dominio teórico, o mejor dicho, cuando vamos a la oportunidad de poner en vigor nuestros principios, llegamos a las siguientes conclusiones: a) no podemos hacerlo mientras los demás países no lo hagan; b) en la práctica, no se puede llegar al libre cambio: los países productores de materia prima son deudores.

Un sistema nacional de comunicaciones

Es conocido que Venezuela no fue un país integrado desde el punto de vista económico durante su historia colonial y republicana. Los Andes venezolanos formaban un circuito socioeconómico distinto y separado de la franja centro-occidental, del oriente y de la Guayana. Ello originó un tipo específico de crecimiento demográfico, centrado en la región costanera caribeña.

La Revolución Industrial en Europa y Estados Unidos, la electrificación, la aparición de grandes corporaciones industriales y financieras, el surgimiento del ferrocarril en la segunda mitad del siglo XIX y el invento de la navegación a vapor, del avión y del automóvil automotor a principios del siglo XX, alimentaron la vigorosa expansión económica mundial de la época. Adriani observa en Europa y Norteamérica el auge de las comunicaciones fluviales, ferroviarias y automotores.

Se hace estudioso de los temas del transporte y las comunicaciones, conciente de su potencial dinamizador para las sociedades atrasadas de América Latina. La capacidad de la radio y el teléfono, el telégrafo, la aviación, el automóvil y el ferrocarril para acercar gentes y culturas y expandir mercados –factores que Adriani califica como "los principales agentes de la unificación"–, lo convencen de la necesidad de que su atrasado país debe contar con un "sistema nacional de comunicaciones. Y es necesario convenir en que hasta ahora la historia de los pueblos latinoamericanos casi no exhibe sino empirismo, improvisación y soluciones de continuidad en su acción colectiva".

Dos trabajos esenciales reflejan su visión acerca del papel de las comunicaciones en el desarrollo: "Un sistema nacional de comunicacio-

nes" (1931) y "La carretera y el ferrocarril en Venezuela: una equiparación imposible" (1932).

El aislamiento es imposible –asienta en el primer trabajo– *(...) si un país quiere tener derecho a la consideración de los otros, debe conducirse como se conducen los hombres de la buena sociedad. En un mundo cuya unificación se perfecciona incesantemente no es de extrañar que el viejo concepto de soberanía vaya perdiendo su vitalidad, a tiempo que se afirman el concepto de solidaridad internacional y la doctrina de la cooperación.*

La necesidad de que Venezuela y los países de América Latina cuenten con sistemas de comunicaciones modernos no representa para Adriani sólo un esfuerzo por trazar rutas y construir carreteras, sino un mandato civilizador y un signo de avance cultural. "Situados en un mundo dominado por la ciencia experimental, la técnica y la economía (...) es preciso que el espíritu de nuestros países se adecúe al espíritu de la época y a nuestras necesidades".

Comienza por insistir en que toda política pública de largo alcance debe partir de la designación de una comisión de expertos que analice el problema, haga inventario de recursos y proponga soluciones técnicas y no empíricas. Cita los países que han formulado planes concretos: Alemania, Francia, Italia, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos y Colombia.

Una nación debe tener primero un sistema de rutas. "Un sistema de rutas –sostiene el planificador andino– fue siempre gran agente de segmentación política de las naciones y de los imperios (...) Es el indicio más seguro de la posesión de un territorio". Refiere como ejemplos la Vía Regia en el antiguo Imperio Persa, los caminos del Imperio Romano, los ferrocarriles transcontinentales de Estados Unidos y Canadá, el Grand Trunk Road de la India y el ferrocarril transiberiano de Rusia. En lo económico, el sistema de comunicaciones hace surgir las ciudades y los grandes centros de producción; y en lo social y cultural, los pueblos realizan su unidad espiritual.

En Venezuela, el sistema nacional de comunicaciones que debe desarrollarse no puede ser de rutas trazadas

al ocaso, insuficientes y descoyuntadas (...) debe suponer su integración con los sistemas continentales. Nuestro país tiene vocación continental. Porque es la cabeza de puen-

te de la América del Sur; porque a sus playas arribarán los tráficos encaminados a la región central de la América Meridional; (...) porque el Orinoco es el brazo norteño de ese vasto sistema de comunicaciones fluviales –potencialmente el primero del planeta–, formado por él, el Amazonas y el Plata.

El sistema nacional de comunicaciones debe comprender políticas y acciones coordinadas en materia de transporte aéreo, automotor, ferroviario, marítimo y fluvial. El plan debe ser diseñado por el Estado. El sector privado puede desarrollar las industrias aeronáuticas y ferroviarias, y en ciertos casos las carreteras, pero bajo la regulación del Estado. El ejemplo de la Interstate Commerce Commission de los Estados Unidos es un referente. Adriani favorece el ejercicio por el Estado de la actividad ferroviaria, y pone como modelos de eficiencia el ferrocarril sud-mancheriano, "considerado por algunos el mejor del mundo".

Ya para entonces el ferrocarril entraba en crisis por la concurrencia del vehículo automotor. El sector atraviesa serios problemas en Estados Unidos y la experiencia venezolana no ha sido hasta entonces exitosa, como lo evidencian el alto endeudamiento y las pérdidas exhibidas por los ferrocarriles de Maiquetía a Macuto y de Guanta a Barcelona. El costo de construcción y mantenimiento del ferrocarril es mayor al de la carretera, como lo demuestran los casos del ferrocarril de Carenero y del Ferrocarril Central de Venezuela, así como el del Táchira, La Ceiba y Santa Bárbara-El Vigía.

El estudioso de Zea expone iniciativas innovadoras para el transporte fluvial en Venezuela. Recuerda los exitosos ejemplos de Europa, como Alemania, el proyecto en construcción del canal del Rhin al Danubio y los planes de canalización de 25.000 millas de arterias fluviales en Estados Unidos. Para la interconexión de los ríos Orinoco, Amazonas y La Plata, sugiere la constitución de una comisión internacional similar a la International Joint Commission, que conforman los Estados Unidos y Canadá.

Los puertos deben integrarse al sistema nacional de comunicaciones. "Un gran puerto –explica– es obra de la geografía, del tiempo y de recursos incontables". Adriani quiere que Venezuela entre en la modernidad:

(...) nos encontramos a veces con la ilusión de que un puerto está completo cuando se han terminado los muelles y otras obras de ingeniería. Nada más falso. Un buen puerto moderno, además de requerir un equipo superior, debe ser una gran ciudad, un gran centro comercial, un gran centro bancario, tener condiciones favorables para el desarrollo industrial y disponer de una red de comunicaciones.

A pesar de que las ideas de Adriani sobre el sistema nacional de comunicaciones no se han ejecutado con la rigurosidad técnica y estratégica que él reclamaba, sus postulados han permanecido vigentes hasta ahora. Venezuela cuenta hoy con la mayor red de carreteras y vías de penetración asfaltadas de América Latina.

La tributación y el nuevo Estado social

Alberto Adriani dibuja su filosofía sobre el desarrollo y la fiscalidad en su breve ensayo "La tributación y el nuevo Estado social", publicado en febrero de 1936. Toma el término de un simposio celebrado en la Universidad de Columbia, en el cual participaron los más calificados especialistas de la época. Cita a Studenski: "(...) en vez de conformarse solamente con los cambios que ocurren en el orden social, la tributación debe impulsarlos. Entre todos los medios pacíficos susceptibles de promover el nuevo Estado social, la tributación es el más poderoso".

El acucioso investigador comienza por definir el sustento integrador de un sistema tributario: "la estructura del Estado moderno (...) debe proponerse, en su acción fiscal, fines sociales deliberados". Los diversos sistemas tributarios de un país deben "considerarse como un todo (...) no como un conglomerado de sistemas disparatados y sin conexión entre sí".

Es de esperarse que la primera premisa que adopta en su filosofía tributaria es que la antigua noción del Estado liberal, conforme al cual la tributación sólo debe contar con simples gravámenes destinados a sufragar los gastos de defensa nacional y orden público, está superada. "El nuevo Estado, cuando no hace, fiscaliza". El nuevo Estado es social. Vuelve al pensamiento de Studenski, quien señala que la tributación "debería usarse, no sólo como un expediente para recaudar rentas, sino como una fuerza positiva de reconstrucción social".

La tributación debe responder a las nuevas funciones que han adquirido los Estados modernos. El esquema impositivo debe ser un reflejo de las necesidades de desarrollo económico y social del país. No predica un Estado propietario de medios de producción, sino uno cuyas actividades se dirijan a "la protección de la vida y de la propiedad". Revela que "en los Estados más progresistas de Europa la administración pública absorbe –hablamos de los años treinta del siglo XX–, hasta el 20 y 25% del rédito nacional (PIB)".

En 1936, los Estados Unidos estaba en franca recuperación económica con las medidas sociales y económicas implantadas por el presidente Roosevelt. El uso planificado de instrumentos de política fiscal y monetaria comenzaba a dar frutos. El esclarecido economista observa:

Mediante su poder de tributación y sus actividades en el campo del crédito y como supremo regulador del sistema monetario, el Estado puede contribuir poderosamente a estabilizar la vida económica, impidiendo la inflación desmedida en períodos de auge y la inflación incontrolada en períodos de depresión.

La preponderancia de impuestos indirectos –regresivos–, imposibilita la aplicación del principio de justicia tributaria, representado por los impuestos directos (impuesto a la renta, no existente en Venezuela a la sazón). "Según las teorías más recientes de las finanzas alemana e italiana, los dos principios que inspiran los sistemas tributarios modernos son el principio de la capacidad contributiva y el principio del beneficio". Los impuestos deben ser progresivos, quienes más ganan deben tributar más. Señala que "El Estado [debe procurar] que la tributación sirva para conseguir una mejor distribución de la riqueza, de manera que se beneficie toda la colectividad".

Adriani propone el establecimiento del impuesto sobre la renta, pero tiene la precaución de manifestar que, por virtud de que América Latina y Venezuela están ayunas de inversiones y deben construir una base para la formación de capital fijo, la medida debe evaluarse en cada caso: "de manera que la necesidad de darle a la organización fiscal una estructura moderna deberá siempre conciliarse con las limitaciones de cada economía".

El disciplinado pensador sabía que las reformas que planteaba levantarían comprensibles pero equivocadas intransigencias entre quienes se oponían al cambio. Durante su ejercicio como ministro de Hacienda, mantendrá la idea, pero su implantación corresponderá al período presidencial del presidente Medina Angarita, con la promulgación de la primera Ley de Impuesto sobre la Renta, en 1942.

Ello no es obstáculo para que delineara cómo debe estructurarse el impuesto sobre la renta. A saber:

1. Los niveles más bajos de ingreso "no pueden ni deben pecharse".
2. Las rentas medias "deben pecharse con gran moderación (...) son las más útiles desde el punto de vista social", ya que tienen "el coeficiente máximo de acrecentamiento".
3. La presión tributaria más alta debe recaer sobre quienes perciban las más elevadas rentas y posean las mayores fortunas. Se lamenta de que en América Latina los grandes capitales sean "más para el consumo que para la producción".

Reacio a la contratación de empréstitos por la pésima historia de Venezuela y América Latina, Adriani complementa la argumentación sobre un sistema de tributación eficiente, con ideas avanzadas sobre el papel del crédito público como herramienta anticíclica, siempre teniendo presente el carácter social de las políticas fiscal y tributaria:

El Estado debe acudir al crédito, en los períodos de depresión, en la medida que lo requieran el sostenimiento de los servicios públicos, la ejecución de programas extraordinarios de obras públicas y la ayuda para el desarrollo de la producción planificada privada.

El trabajo concluye postulando que un sistema tributario moderno debe ser coherente e integral. Recurre a las experiencias modernizadoras de Italia, Inglaterra y Alemania. Menciona que Italia estableció límites a la descoordinación existentes entre el gobierno central y el provincial, fijando restricciones a los impuestos subnacionales. Alemania elabora un "sistema único de tributación". Favorece la relación entre la eficiencia de los servicios públicos y la presión tributaria y favorece la coordinación entre los impuestos federales y municipales en Latinoamérica:

En todos nuestros países sería oportuno someter a nuevo examen toda la cuestión de los servicios públicos de las varias administraciones y su financiación, con el fin de conseguir una coordinación completa, y de alcanzar en los servicios públicos el mínimo costo y la mayor eficiencia.

Las 12 directrices de una estrategia de desarrollo económico

Sobre la base de los ensayos "El dilema de nuestra moneda y la situación económica venezolana" y "Las limitaciones del nacionalismo económico", ordenamos a continuación las 12 directrices estratégicas que orientarán "nuestro desarrollo" a largo plazo, tanto para Venezuela como para América Latina, según Alberto Adriani:

1. Planificación del desarrollo y eficiencia económica: "los países americanos deben prepararse para dirigir concientemente su desarrollo económico, en conformidad con un plan técnicamente formulado, adecuado a su estructura, que parta de un inventario científico de recursos y capacidades y que permita a la economía desenvolverse con método y continuidad".
   El plan debe procurar "la utilización óptima del capital, del trabajo y de los recursos naturales"; cuantificar los recursos y "las formas de energía extrahumana, como hulla, petróleo y energía hidráulica; disponibilidades de capital líquido, obra de mano calificada, personal técnico, pericia tradicional en las artes mecánicas, y finalmente, mercados asequibles adecuados".
2. Internacionalismo, cooperación e integración: institucionalizar organismos multilaterales capaces de dar remedio a los problemas mundiales del comercio, los flujos de factores y los movimientos del capital.
3. Inclusión y justicia social: "En compensación [el Estado] asume la responsabilidad de realizar la justicia social".
4. No a la autarquía económica: abandonar la premisa de que "la nación debe producir cuanto consume y consumir cuanto produce", promover la reciprocidad comercial: "el comercio no puede ser normalmente sino recíproco (...) la autarquía es una política ruinosa".

5. Estado corrector de las desviaciones a la libre competencia: "el capital sin trabas se concentró en grandes organizaciones, a veces colosales (...) Estados dentro del Estado".
6. Estímulo a la iniciativa privada, pero sujeta al interés colectivo "y se sustituye a ella cuando no funciona".
7. Política de industrialización competitiva: protección arancelaria "educativa", sólo cuando haya posibilidades reales de competir con las industrias más eficientes en el mundo: "cuando las industrias que se trata de proteger no cuentan en el país con las necesarias condiciones para su establecimiento y prosperidad, la sola protección, por subidas que sean las tarifas, no logra estimularlas. En este caso la protección es una pérdida seca (...) atrae a industrias artificiales".
8. "Los capitales nacionales e internacionales deberían más bien ir al desarrollo de la agroindustria y las industrias extractivas, que sí son fundamentales para la economía nacional". De lo contrario, la protección aduanera encarece "el costo de la vida (...) y el costo de producción de artículos agrícolas y mineros".
9. Diversificación de las actividades económicas: "entre dos naciones, la una agrícola-industrial, y la otra puramente agrícola, la primera será siempre la más fuerte, la más progresista".
10. "El aumento de la población" mediante una "inmigración selecta".
11. Educación, ciencia y cultura: "la educación es (...) el factor capital de las transformaciones históricas".
12. Sistemas nacionales de comunicaciones: diseñar y construir sistemas modernos de transporte y comunicaciones fluviales, marítimos, viales y ferroviarios, tanto nacionales como regionales.

12 directrices para una economía orgánica (1935)

Los límites de la explotación **petrolera**

A diferencia de los principios y estrategias que formuló sobre economía, planificación del desarrollo, integración, agricultura, educación e inmigración, Adriani no dejó textos completos sobre el petróleo, pero sí articuló un cuerpo de ideas doctrinarias que a la postre han resultado de indiscutible rigor académico. Ubicó a la industria petrolera dentro del concepto amplio de la minería. Su cultura histórica sobre el desarrollo de las civilizaciones le hizo desconfiar de entrada de las riquezas súbitas, por su carácter desestabilizador para el desenvolvimiento armónico de una nación.

Su formación económica y sociológica le enseñó que la gestación de la riqueza de las naciones es producto de prolongados períodos históricos que se van integrando en sus diversos componentes de tradición y costumbres, instituciones políticas, económicas y sociales, geografía y recursos naturales, educación, ciencia y cultura, libertades individuales y valores espirituales y éticos. La riqueza de los pueblos parte de los excedentes que genera el cultivo de la tierra, evoluciona hacia el capitalismo de la mano de una burguesía financiera y comercial durante el Renacimiento, y desemboca en la Revolución Industrial. La libertad, la igualdad social y los avances de la ciencia y las comunicaciones colocan a las sociedades modernas en la senda franca del progreso y el desarrollo.

Ninguna nación se ha desarrollado hincada en la explotación minera, tarde o temprano finita. La petrolera es "una industria de carácter

destructivo, devastador, como todas las industrias mineras". Las minas pueden ser un factor complementario; nunca principal en el desarrollo económico de los países. La explotación minera siempre va acompañada de hordas de especuladores y aventureros que descomponen los valores morales y éticos de una sociedad y deshidratan su mística de trabajo.

El estado de la geología existente durante la época adulta de Adriani no presagiaba que el petróleo duraría mucho tiempo. Los geólogos de la época estimaban que la relación reservas-producción no pasaría de 10 a 20 años. Al cabo de poco tiempo los yacimientos se agotarían y si se desechaban las fuentes de riqueza renovable, Venezuela quedaría sin cultivos, sin industria y sin hidrocarburos. "Mañana, cuando se agoten los yacimientos –razonará en 1935–, las regiones petroleras volverán a convertirse en desiertos, y el petróleo dejará un vacío enorme en nuestra organización económica, si entretanto no han desarrollado otras fuentes de riqueza".

El angustiado economista se da cuenta de la baja capacidad empleadora de la industria petrolera. Revela que, para 1935, la industria petrolera "sólo empleaba a 13.555 trabajadores", entre gerentes, ingenieros y obreros. De los 3,5 millones de habitantes de Venezuela en aquel año, un 75% todavía vivía en zonas rurales. "Creo que se puede afirmar, sin temor a ser desmentido, que después de la población trabajadora, la agricultura –este término incluye la cría y las explotaciones forestales–, es el factor principal de nuestra riqueza".

Una nación cuyo desarrollo gire en torno de la agricultura y la industria, puede ser autónoma e independiente. "El petróleo –sostiene– (...) como factor de nuestra economía y como fuente de impuestos, es precario, perecedero, lo cual implica que, en lo posible, debemos independizarnos de él".

Adriani no desconoció los rasgos positivos de la explotación de los hidrocarburos. Durante la Gran Depresión, la renta petrolera pudo amortiguar los efectos demoledores de la crisis internacional.

En 1929 –señala–, *el petróleo compuso el 75% del valor y el 99,2% del quantum de nuestras exportaciones (...) es un producto de primera importancia en nuestra economía nacional, como elemento de la balanza de comercio y de la balanza de pagos; como fuente de ingresos fiscales; y como elemento de vida de algunas regiones venezolanas (...).*

Si bien Adriani reconoce la influencia positiva de la inversión petrolera en el mejoramiento de la "productividad del trabajo" en Venezuela, su temor a la excesiva dependencia externa le hace alertar:

No debemos equivocarnos en la apreciación de los cambios que han seguido el auge de la industria petrolera en Venezuela, esa industria es precaria; está en manos extranjeras; es, desde el punto de vista económico, una provincia extranjera enclavada en el territorio nacional.

La dependencia externa generada por el petróleo entraba en contradicción con los principios básicos de su proyecto de transformación nacional. El petróleo tenía un espacio secundario en su estrategia de "reconstrucción social". Su modelo civilizador no admitía la intromisión de una actividad que, como la minera, carecía de perennidad. La industria petrolera mundial estaba controlada por consorcios internacionales. Venezuela, en aquella hora decisiva, debía emprender un vasto proyecto de modernización nacional autónomo después de la calamitosa noche de la tiranía gomecista.

Pese a estas reflexiones, la visión de Adriani iba a contracorriente de la creencia que entonces –y hasta nuestros días– ha prevalecido. Como afirma Armando Rojas:

(...) frente al brillante porvenir que ofrecía al país la riqueza petrolera que, como por arte de magia, irrumpió como una señal que habría de sacar a Venezuela de su estancamiento y colocarla entre los privilegiados del continente, Adriani no se dejó llevar por este espejismo.

Pero el economista-ganadero no se queda en la advertencia temprana del carácter finito y efímero de la explotación petrolera. Crea doctrina al apreciar con clarividencia que si la Gran Depresión dejará una secuela trágica para la agricultura de Venezuela, la alta renta petrolera y la sobrevaloración del bolívar terminarán por sepultarla. La incipiente industria manufacturera tampoco despegaría con la migración del capital y el trabajo hacia las regiones petroleras.

Cuando le toca defender su propuesta de devaluar el bolívar para proteger la agricultura y la incipiente industria, escribe en 1935 a Vicente Lecuna, opositor a su tesis:

El petróleo es un elemento importantísimo de nuestra economía nacional y, en particular, de nuestra economía fiscal; pero no tiene derecho, ni es conveniente dárselo, a la preponderancia absoluta sobre todos los demás elementos de nuestra organización económica.

Adriani, como ya se indicó, puede considerarse un precursor de los estudios modernos sobre la Enfermedad Holandesa. Visualizó la dolencia y prescribió la eliminación de la sobrevaluación del bolívar y la constitución de una reserva de ahorro como remedios, razonando sus consecuencias positivas:

Estoy convencido de que el único remedio eficaz para combatir los males que hoy sufrimos es la desvalorización de la moneda (...) Se volvería remuneradora la agricultura. Se daría impulso a nuestras industrias, mucho mayor de lo que pudiera esperarse de cualquier medida aduanera, pues aumentarían los precios de las mercaderías extranjeras y se aumentaría el mercado interior, es decir, se aumentaría el número de consumidores efectivos. Se favorecería el desarrollo de la industria petrolera. Se aliviaría la situación de los deudores en la medida en que se eleve el nivel de precios. Y, sobre todo, se restablecería el equilibrio satisfactorio de nuestras relaciones económicas.

Venezuela cumplirá 100 años de explotación petrolera a gran escala en 2014. Es mucho lo que se ha hecho y desecho con el hidrocarburo. La industrialización, la escolarización, la infraestructura de salud pública, la electrificación, el hierro y el acero, la vialidad y las telecomunicaciones de la nación se han financiado con recursos provenientes del petróleo. Pero desde el boom petrolero de los años setenta, Venezuela ha padecido de la Enfermedad Holandesa.

La hipótesis central de Adriani sigue vigente a la luz de la experiencia histórica. La agricultura poco se desarrolló después de la crisis en los años treinta. La industria manufacturera no se hizo competitiva. La integración latinoamericana no sale de su infancia. Las industrias de bienes y servicios petroleros son incipientes. Los valores éticos de la sociedad venezolana se han deteriorado y la institucionalidad democrática ha sufrido marchas y contramarchas.

¿Profeta, visionario o economista **científico?**

Alberto Adriani fue el inspirador de la mayoría de las ideas económicas que dieron origen a leyes e instituciones indispensables en el Estado venezolano moderno. Los análisis y soluciones que no fueron acogidos o fueron desechados son la causa de nuestras debilidades actuales. ¿Por qué no fue posible que Venezuela pasara por un proceso de maduración que implicaba un desarrollo agro-industrial antes de sumergirnos atropelladamente en una explotación intensiva de los hidrocarburos y en una desordenada industrialización?

Alberto Adriani, ponderado en sus juicios pero firme en sus convicciones, no planteó ninguno de los extremos; abogó por una armonía entre la agricultura, la industria y el petróleo. Fue un visionario cuyo razonamiento científico se sustentaba en su densa formación de economista.

El futuro de países y regiones

Chile es un país "favorecido por condiciones geográficas (...) [con gente] sensata y austera [y con] sabias instituciones". Brasil "fue favorecido por una pausada evolución política. Normalmente, de la Monarquía a la República, sin perjuicio del equilibrio social, se afianza la democracia". El Caribe, en su criterio, puede ser lo que el Mediterráneo fue para las civilizaciones de Egipto, Grecia y Roma, como ruta comercial y como bisagra de culturas.

Asia es el continente "en donde va quizá a decidirse el porvenir del planeta durante toda una edad. El despertar de China y de la India, con sus inmensas masas de hombres". Japón despega con su "impulso industrial y comercial, que amenaza con desalojar de algunos mercados a las mayores naciones industriales, y adquirir un puesto definitivo más alto en el escalafón económico mundial".

Poblar e incorporar la Guayana a la patria

El economista merideño fijó en la Guayana venezolana una de las nuevas fronteras del desarrollo. La cuenca del Orinoco le fascinó y estuvo conciente de su potencial hídrico, mineral, forestal y agropecuario. Tenía presente que un país despoblado es presa fácil de apetitos territoriales o imperiales. El ordenamiento territorial armónico de Venezuela fue un elemento inherente a su proyecto de regeneración nacional:

La Guayana esta llamada a jugar en el desenvolvimiento histórico de Venezuela el mismo papel que jugó el Oeste en la formación de los Estados Unidos (...) En la Guayana se realizará la amalgama de nuestros tipos regionales diversos y casi hostiles, y surgirá el venezolano "nacional". Nuestra independencia no quedó asegurada sino el día en que los patriotas dominaron el Orinoco (...) La Venezuela de nuestros sueños, no surgirá en el horizonte sino el día en que hayamos poblado e incorporado a la patria la Guayana.

Pionero de la conservación de los recursos naturales

Adriani nunca desvincula la equidad social del progreso económico. Fue de los primeros en hablar de la necesidad de conservar los recursos naturales: "[para] resolver con buen éxito los problemas capitales de nuestra vida económica: la conservación de nuestros recursos naturales (...) el aprovechamiento de nuestros recursos de agua y la diversificación e industrialización de nuestra agricultura".

La conservación de los recursos naturales debe tener un carácter continental: "es de suma importancia que la conservación, explotación y desenvolviendo de los recursos naturales se lleve a efecto en América de acuerdo con los sistemas más racionales –y el progreso de cada país pueda así descansar sobre las bases más sólidas".

Una política social avanzada y generosa

No concebía ninguna política pública que fuera improvisada o casuística. Toda política de Estado debe tener como base un sustento técnico: "Es mucho más fácil discurrir sobre ideas abstractas, tejer diatribas ácidas y atiborrar cráneos proletarios de ideas abusivas y propósitos desordenados, que pasar meses en el estudio silencioso y metódico de algunos de nuestros problemas técnicos".

Fue pionero entre los estadistas venezolanos en postular la dimensión social de las políticas públicas:

El Estado fuerte no significa gobierno tiránico o arbitrario, que nunca aseguró la continuidad de ningún esfuerzo social ni la concordia, y no justifica a caudillos voraces e indecentes. Al contrario, en América el interés nacionalista no podrá menos que aconsejar el progreso de nuestra democracia infantil y una política social avanzada y generosa.

Para Adriani el "nuevo Estado social" debe insuflar "confianza" a los agentes productivos: "Los negocios prosperan con la confianza, y la moneda inestable es enemiga de la confianza".

López Contreras y la transición **democrática**

Cuando el general Gómez fallece el 17 de diciembre de 1935, Alberto Adriani está próximo a cumplir seis años en la Cordillera Andina. Tiene 37 años y siente que puede ser tarde para servir a su país. Picón Salas, desde Santiago de Chile, lo alienta a no darse por vencido: "(...) él sentía –dirá don Mariano más tarde–, como César cuando leía la vida de Alejandro Magno, la tragedia de que ya se le habían echado encima los treinta años y todavía no había actuado".

El general Eleazar López Contreras (1883-1973), ministro de Guerra y Marina, sucede en la Presidencia de la República al desaparecido autócrata. López, de 52 años, con habilidad política, va consolidando su magistratura y sienta las bases para una pacífica transición democrática. Su lema, "calma y cordura", pasó a distinguir su estilo de gobierno.

Germán Carrera Damas divide la historia republicana de Venezuela en dos períodos: la "república liberal autocrática [siglo XIX y parte del XX] y la república liberal democrática [desde la Segunda Guerra Mundial]". Distingue una etapa especial que denominada "petróleo y modernidad", dentro de la cual el país inicia su modernización política y socioeconómica, inducida por la Gran Guerra y las revoluciones rusa y mexicana. López Contreras jugará un papel preeminente en la transición hacia la "república liberal democrática".

Tomas Polanco Alcántara señala que el general civilista tuvo que hacer frente a poderosas fuerzas políticas para consolidar su régimen, en medio de las grandes protestas de las mayorías nacionales durante el año 1936. El país se encontraba sumido en un profundo atraso político, económico y social, pese a la bonanza petrolera de que disfrutaba el fisco nacional.

Los seguidores del general fallecido aspiraban a una sucesión dinástica. Los factores radicales de la izquierda marxista estimaron que había llegado la hora de adelantar una revolución de corte bolchevique. La izquierda democrática buscaba establecer un sistema de libertades previa convocatoria de una Asamblea Constituyente. Otra fuerza integrada por factores conservadores, pero de inclinación democrática, liderada por el propio López Contreras, propiciaba un cambio gradual bajo un cuerpo de reformas políticas, sociales y económicas.

Venezuela era en 1935 un país de 3.449.579 de habitantes. Su producto interno bruto (PIB) alcanzaba a Bs. 1.972 millones, a valores corrientes. El país, sin embargo, no había salido de la crisis económica derivada de la Gran Depresión. El PIB había caído un 21% entre 1929 y 1932. El presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, había iniciado un vasto programa de reformas sociales y económicas para sacar a su país de la crisis. Hitler y Mussolini reinaban en Alemania e Italia y Stalin en la Unión Soviética. Comenzaba la Guerra Civil Española.

La democracia liberal y el capitalismo parecían heridas de muerte y la tentación autoritaria del nacionalsocialismo (nazismo y fascismo) y el atractivo del régimen de planificación central soviético, ofrecían opciones alternas a las democracias occidentales con economías de mercado, cuyas masas proletarias paupérrimas clamaban por soluciones perentorias a sus calamidades socioeconómicas.

El nuevo jefe del Estado inicia una apertura política. Ordena la excarcelación de los presos políticos. Retornan al país los exiliados. Se forman las primeras organizaciones políticas, como el Partido Revolucionario Progresista y el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), integrado por Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Picón Salas, Uslar Pietri y el propio Adriani.

El 21 de diciembre, el presidente en Consejo de Ministros, dicta un decreto que tiene por objeto prestar apoyo a los agricultores venezola-

nos; pero de alcance parcial. Adriani, desde Zea, envía al jefe de Estado un largo telegrama, presentando reparos a la medida.

Egaña, entonces director de crédito publico del Ministerio de Hacienda, rememora aquel momento decisivo:

(...) se destinaron Bs. 30.000.000 para comprar café (...) a un precio muy superior al que prevalecía entonces. Un sistema nuevo y más audaz se abría paso en la protección de nuestra economía, distinto de la concesión de dádivas de las postrimerías de la dictadura; pero carecía de la amplitud y sacaba la exportación del café, repentinamente, de sus cauces normales. Adriani criticó el Decreto con un largo telegrama que dirigió al general López Contreras, quien, magistrado ecuánime y resuelto desde entonces a incorporar nuevos valores al "equipo" gubernamental (conste que es de Adriani la expresión), le contestó llamándole a Caracas. Llegó el 29 o el 30 de diciembre y a principios de enero fue nombrado Presidente de una Comisión destinada a estudiar la manera de ampliar al cacao, al ganado, al azúcar, al papelón y a otros productos agrícolas, los beneficios del Decreto del 21 de diciembre.

La comisión evaluadora rindió su informe y el 27 de enero de 1936 se deroga el decreto anterior y se dicta uno nuevo, por medio del cual se estableció un nuevo sistema de primas y se amplió su cobertura a los demás productos agrícolas.

El Programa de Febrero: primer **plan de gobierno**

López Contreras no era un advenedizo. Fue preparándose para la sucesión presidencial; pero también para dominar los factores de poder que atentarían contra su proyecto reformador. Tenía que moverse con prudencia, así como con firmeza y determinación. El nuevo líder de la nación obró con inteligencia, sensatez y equilibrio. Su innata disposición al diálogo le llevó a abrir espacios de comunicación con la oposición.

El Presidente da las primeras señales de cambio. En su alocución del 31 de diciembre de 1935, el jefe de Estado invita a los venezolanos a colaborar en forma "ordenada y de buena intención" en la "obra renovadora" que emprendería, para lo cual llamaría a ciudadanos "honrados" que tengan la mejor preparación. Sin embargo, el 5 de enero de 1936, en medio de protestas de calle, incendios a entidades públicas y saqueos a las propiedades de los Gómez, el Gobierno se ve impelido a suspender las garantías constitucionales.

El 10 de enero el Presidente hace una intervención ante al Consejo de Ministros y plantea "la conveniencia de estudiar las reformas de que pudiere ser susceptible la Constitución Nacional vigente a causa de los cambios producidos en el gobierno de la República y de las nuevas orientaciones de la política del país".

El 14 de febrero de 1936 es un día emblemático en la historia democrática de Venezuela. Los disturbios populares arreciaron. Funcionarios policiales de la Gobernación de Caracas ordenaron disparar contra los manifestantes. El pueblo se echó a las calles en abierta repulsa contra los vestigios del gomecismo. Las masas no se podían contener con la fuerza pública y el Gobierno se estremeció.

Los estudiantes, liderados por Jóvito Villalba, presidente de la Federación de Estudiantes de Venezuela, marcharon hacia la residencia presidencial y fueron recibidos personalmente por el Presidente, quien se comprometió a restablecer las garantías constitucionales y a enjuiciar a los responsables de los actos de violencia. El general López, quien se despojó del uniforme militar y vistió siempre de civil, estrenaba un nuevo estilo de gobierno y preparaba el terreno para las reformas por venir.

El 21 de febrero López Contreras anuncia al país el restablecimiento de las garantías constitucionales, presenta el Programa de Febrero y nombra un nuevo gabinete de amplitud nacional. Rómulo Gallegos es designado ministro de Educación y Adriani, ministro de Agricultura y Cría.

El General civilista fue el primer presidente venezolano en presentar a sus conciudadanos "un programa de gobierno" que abarcara todos los ámbitos del quehacer público, y también el primero en comunicarlo por la radio a sus compatriotas. El Programa de Febrero fue elaborado por Adriani, Amenodoro Rangel Lamus, Néstor Luis Pérez, Manuel R. Egaña y el propio López Contreras; pero fue sin duda el novel estadista andino quien dejará su huella más indeleble.

El Programa de Febrero constituyó el primer esbozo de un plan de desarrollo a largo plazo en Venezuela. A partir de entonces, la acción de gobierno comenzó a ser un ejercicio de planificación y no un compendio de medidas inconexas instituidas en forma casuística. Inspirado en la visión adrianista del desarrollo, representó un cuerpo orgánico de políticas e iniciativas orientado a solucionar los más graves problemas del país.

1. El rol del Estado, "ente responsable y sostenedor del orden social". El Programa de Febrero rompe definitivamente con su función es meramente pasiva. El Estado debe actuar de manera "justa y equitativa" y debe desplegar una "acción vigilante y ordenadora" para liberar las "energías nacionales" a favor del progreso.

2. La política económica. El Estado formula y ejecuta una "política económica orgánica. Se trata de una guerra contra (...) el atraso e ineficiencia de nuestra economía". Debe incentivarse la iniciativa privada, pero quedando prohibidos los monopolios y las prácticas contrarias a la libre competencia.
   El Programa de Febrero se propone reestructurar las finanzas públicas y crear impuestos directos. La política tributaria debe estimular creación de riqueza, el ahorro, la inversión y la producción. Las cargas tributarias deben ser progresivas.
   Se plantea una política bancaria que mejore la intermediación financiera y auspicie las actividades productivas. Se dispone la creación de un instituto emisor. Las políticas fiscal, tributaria, financiera, monetaria y bancaria deben estar orientadas a promover el crecimiento económico y el desarrollo de una economía diversificada.
3. La política social. Se garantiza la libertad de trabajo y la protección de los derechos de la clase obrera. Se crea la Oficina Nacional del Trabajo. Se promulga la primera Ley Orgánica del Trabajo. La nueva Ley marcó el nacimiento de la contratación colectiva y del movimiento sindical venezolano.
4. La educación. Adriani juzgaba crucial "la nivelación de nuestros pueblos con los más progresistas" del mundo. El Programa inicia el primer esfuerzo nacional para la erradicación del analfabetismo. "Se trata de una guerra contra el analfabetismo, las enfermedades, los flagelos sociales, el aislamiento, la despoblación". Se crean el Instituto Pedagógico, el instituto politécnico para la formación de técnicos y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Se prevé la creación de facultades de Economía en las universidades nacionales.
5. La agricultura y la cría. La riqueza nacional debe tener como fundamento la producción agropecuaria y el desarrollo agroindustrial. El Estado creará las condiciones económicas para que el agricultor y el ganadero venezolanos puedan competir ventajosamente en los mercados internacionales. Se crea el Ministerio de Agricultura y Cría. Se fortalece la capacidad crediticia del Banco Agrícola y Pecuario.

6. La salud pública. Agricultura, educación y salud pública fueron campos que Adriani consideró indivisibles. Si la economía reposa sobre la pujanza de la agricultura, la productividad tiene su sustento en la educación. La población venezolana estaba desnutrida y padecía de enfermedades como la tuberculosis, el paludismo, la tripanosomiasis, la disentería, la poliomielitis, la anquilostomiasis, etcétera. Se crea el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y se funda el Consejo Venezolano del Niño. Se promulga el primer Código de Menores. El Programa de Febrero inaugura el moderno sistema de salud pública en Venezuela.
7. Sistema nacional de comunicaciones. Se decide crear el Ministerio de Comunicaciones y la formulación de un plan de construcción de carreteras, ampliación y construcción de puertos, aprovechamiento del transporte fluvial, creación de la aviación civil, desarrollo de la marina mercante, mejoramiento de los servicios telegráficos, radiofónicos, postales y telefónicos y la evaluación del potencial ferrovial de Venezuela.
8. Plan de inmigración y colonización.

El Programa de Febrero presenta reformas democráticas de indiscutible relevancia. Aun cuando no llegó a plantear el sufragio universal para la elección del Presidente de la República, se crea el Consejo Supremo Electoral y se promulga la Ley de Censo Electoral y Elecciones. No hay duda de que el mayor ejemplo del talante democrático del general López fue su iniciativa de realizar una enmienda constitucional para reducir el período presidencial de 7 a 5 años, aplicándosela a sí mismo. En opinión de Clemy Machado de Acedo: "(...) puede decirse que es durante el Gobierno de López cuando se echan las bases del Estado moderno en el país".

La figura histórica de López Contreras ha venido elevándose con el correr de las décadas. Entre las fuerzas del positivismo gomecista que se negaban a morir y las aspiraciones necesariamente impulsivas de la democracia emergente, el Presidente de la transición democrática escoge una estrategia gradual para reformar el Estado y la sociedad venezolana.

Primer ministro de Agricultura y Cría

Cumplida su misión al frente de la comisión presidencial que reformó el decreto del 21 de diciembre de 1935, y realizada la labor definitoria del Programa de Febrero, Alberto Adriani es nombrado ministro de Agricultura y Cría, el 1º de marzo de 1936. El 25 del mes anterior el presidente López había decretado la desaparición del Ministerio de Salubridad y Agricultura y Cría, y su conversión en los despachos ministeriales de Asistencia Social y Agricultura y Cría.

No llegaba al Ministerio como aprendiz, ni a ensayar esquemas fallidos o fórmulas descabelladas. El sentido de Estado implícito en la designación del Presidente se revela a plenitud al escoger a quien a la sazón era considerado como la persona más apta para el cargo. Pero había llegado el momento de poner en práctica sus largos años de preparación; tarea nada fácil por cuanto la agricultura venezolana se encontraba en terapia intensiva. Pese a la preeminencia del petróleo en las finanzas públicas, el nuevo ministro no perdía de vista que el 75% de la población hacía vida en el campo.

Adriani inició su ejercicio ministerial con entrega casi frenética, como queriendo recuperar el tiempo perdido. Con genuino entusiasmo emprenderá acciones en tres frentes: la organización del nuevo despacho y la reorganización de la vieja Sección de Agricultura y Cría del antiguo Ministerio; la ejecución de las directrices del Programa de

Febrero; y la implantación de medidas de emergencia ante la postración del sector agropecuario venezolano.

El titular de Agricultura designa directores a reconocidos profesionales: Roberto Álamo, director de Agricultura; Oscar Grossmann, director de Ganadería; Aurelio Arreaza, consultor jurídico; Rodolfo Rojas, director de Economía Agrícola, y Pedro Carrillo, director de Administración. Como asistentes en el despacho, Adriani contó con la colaboración de los jóvenes Rómulo Betancourt, R. A. Rondón Márquez y Manuel Felipe Rugeles.

Un día después de su juramentación, el 2 de marzo, un decreto dispuso la reorganización de los Servicios de Tierras Baldías y de Bosques y Aguas. Se ordenaron estudios para la realización de un catastro de tierras baldías y de planes de desarrollo de los sectores agrícola, pecuario y pesquero. Se concedieron ayudas a la Asociación Nacional de Agricultores de la Caña. Se dieron los primeros pasos para la creación de granjas agrícolas. Se otorgaron becas a un grupo de egresados de la Escuela de Expertos Agropecuarios de Maracay para seguir estudios en el Colegio de Agricultura de Mayagüez, Puerto Rico, y en la Facultad de Veterinaria de Montevideo.

El 21 de marzo, el Ejecutivo Nacional promulgó dos decretos destinados a reorganizar el crédito agrícola en Venezuela. El decreto aumentó los fondos disponibles a los agricultores para el financiamiento de sus cosechas, crías e inversiones en condiciones favorables. Se asignaron Bs. 5.000.000, a ser distribuidos por el Banco Agrícola y Pecuario.

Quizás evocando la capacidad pedagógica de aquella novedad de las comunicaciones –la radio–, Adriani fue el primer alto funcionario gubernamental –además del propio presidente López–, en iniciar la práctica de dirigirse a sus conciudadanos por los medios radioeléctricos. El 24 de marzo de 1936, el ministro expuso la política agropecuaria del Gobierno. En su alocución, Adriani enmarcó la gestión del recién creado Ministerio dentro un Programa Mínimo de Emergencia y el Programa de Febrero. Ratificó el papel preponderante de la agricultura en el desarrollo y afirmó que el sector continuaría siendo "el nervio de nuestra economía, nuestra reserva demográfica y el factor más precioso del equilibrio social".

Dentro de las medidas de emergencia, se reformó el decreto del 27 de enero sobre primas de exportación. Se aumentaron las del ganado vacuno en pie, el azúcar y el papelón. Se extendió el período de vigencia, que inicialmente caducaría el 30 de junio de 1936, lo cual tuvo un impacto favorable para los exportadores. Se ampliaron las facultades del Ministerio de Agricultura para extender los beneficios del decreto a otros productos.

El ministro presenta un balance de la agricultura nacional, especialmente de la industria cafetera: "existe actualmente (...) una paralización de los negocios cafeteros, debido a la flojedad reinante en el mercado norteamericano, a las existencias por vender y a la consiguiente falta de numerario". Reconocía que las primas por sí mismas eran insuficientes: "las exportaciones no son remuneradoras ni mucho menos", pero la extensión del crédito abría un horizonte positivo. La corta duración de las primas dio origen a una puja entre los productores que deprimía aún más los precios de los productos. La no-extensión de la prima para el año siguiente, desalentaría la inversión y creaba incertidumbre en la planificación de las cosechas.

Se suscribió un convenio entre el Ejecutivo Nacional y el Banco de Venezuela, el cual establecía los términos para la pignoración de las exportaciones de café y cacao. Contra la futura venta de ambos productos, el Banco adelantaba a los agricultores el 80% del valor de la mercancía. El lapso de vigencia de los pagarés sería de seis meses para el café y tres para el cacao. El interés del préstamo sería del 4%. El Ejecutivo Nacional se comprometía a cancelar los seguros y demás gastos conexos y a cubrir el diferencial si los precios caían por debajo de los fijados en el crédito. Este "programa mínimo de emergencia contribuirá a aliviar la crítica situación de nuestra agricultura y de nuestra ganadería".

Adriani traza también las líneas estratégicas del "programa a largo plazo", asociadas al cumplimiento del Programa de Febrero. Se formulará "un plan racional de conservación y desarrollo de los recursos naturales de Venezuela", que incluiría un conocimiento pleno de los suelos y un inventario de la riqueza agropecuaria nacional. Se constituirá un organismo técnico de alta calificación que dé apoyo a los agricultores. Para cada cultivo y tipo de ganado se identificarán los méto-

dos científicos más avanzados de explotación, adaptados al medio ambiente venezolano. Exhorta a evaluar las oportunidades de exportación, ofreciendo apoyo a los exportadores.

Para liberar la agricultura y la cría de pestes y enfermedades, crea el Servicio de Sanidad Vegetal y Animal del Ministerio. "Nuestros bosques y nuestras aguas constituyen un patrimonio invalorable, que se está despilfarrando en forma absurda y criminal. Se va a (...) formular una política de bosques y aguas, con la firme voluntad de asegurar su conservación".

Plantea una política racional para la explotación de las tierras públicas, "que influyen de una manera decisiva en la organización económica y social del país". Auspicia la "parcelización de latifundios improductivos", la ampliación de la "pequeña propiedad campesina (...) y la organización de cooperativas de producción y venta".

La alocución del ministro de 37 años de edad culmina con una exhortación al sentimiento patriótico de los venezolanos: "invoco el apoyo de los hombres del campo". Se compromete a realizar una labor "con entusiasmo, tenacidad y método (...) la disciplina y el orden son indispensables", y exterioriza una admonición a quienes desconocen de lo que hablan: "No sería honesto (...) si prometiéramos resultados espectaculares para dentro de breve plazo. Nuestros males no son de los que pueden remediarse en días, aún cuando los empíricos tengan la audacia, propia de la ignorancia, de exigirlo y prometerlo".

El 10 de abril Adriani publica un artículo en el diario *El Universal* de Caracas, "La vieja plaga y nosotros", en el que defiende las bondades del Programa de Febrero frente a sus críticos. El comprometido servidor público demuestra el sentido de la historia que debe acompañar a todo hombre de Estado. Vistos los sucesos del 14 de febrero y preocupado por el hecho de que factores radicales desestabilizaran las reformas del presidente López, señaló: "los días que vivimos recuerdan los que causaron la ruina de la Primera República (...) o los que preludiaron la sangrienta, ruinosa y retrasante Guerra Federal". Condena duramente a "las tiranías que han afligido a nuestro país, sin que supiéramos afianzar nunca las libertades conquistadas".

Condena la tradición caudillista en la historia de Venezuela y observa que durante el período previo a la Guerra de Federación

existía un visible descontento (...) el país se lanzó a la guerra sobre una plataforma solamente política: centralismo o federalismo. Triunfó la Federación porque entre sus huestes había un caudillo y no porque triunfó la Federación (...) El régimen triunfante no traía en su bagaje la solución de ninguno de los problemas económicos y sociales.

Concluye invitando al país a una "labor constructiva y civilizadora que surja de la realidad venezolana", desechando el "onanismo intelectual, las prácticas de extrañas ideologías" y "a esos dos pecados de nosotros (...) que son la pereza y la superficialidad". Así, "el pueblo venezolano demostrará que tiene mejor sentido" para alcanzar "el bienestar y el definitivo enrumbamiento de Venezuela por las vías de la civilización".

El 19 de abril expone ante las Cámaras Legislativas la primera Memoria del Ministerio, cuya "Introducción" redacta. En mayo de 1936 se publica la primera edición de la revista *El Agricultor Venezolano,* órgano especializado creado por Adriani, y escribe su primer editorial. Egaña dirá más tarde: "Durante su corta permanencia al frente de este Despacho (...), renovó hasta los cimientos las prácticas del antiguo Ministerio de Salubridad y Agricultura y Cría, fundado en 1931, insuflándoles aliento y técnica".

El resumen antes descrito de las ejecutorias de Adriani como primer ministro de Agricultura, daría la impresión de que su gestión fue más prolongada; no fue así. El aguerrido custodio de la agricultura venezolana sólo condujo las riendas del Ministerio durante dos meses. López Contreras, electo Presidente de la República para el período constitucional 1936-1941, tomó posesión el 29 de abril y, al anunciar su nuevo gabinete, trasladó al economista-agricultor al despacho de Hacienda.

En las huellas de Michelena y **Cárdenas**

Cuarenta y seis días antes de cumplir 38 años, el presidente López designa a Alberto Adriani ministro de Hacienda. Es dable colegir que para entonces el jefe de Estado había calibrado el talento de su joven ministro y haya decidido trasladarlo al despacho económico más importante del Gabinete. Con este nombramiento López no dejaba duda del rol de Adriani como primera figura económica de su gobierno.

El economista andino tampoco era ni un improvisado ni un empírico. Tenía perfectamente claro que si el Estado iba a ejercer el papel "ordenador" de la economía, las finanzas públicas constituían el brazo financiero de su estrategia de desarrollo, la cual comenzaba con la expresión presupuestaria del Programa de Febrero. En palabras de Manuel R. Egaña, designado director de Gabinete:

Allí emprendió la tarea de reformar nuestra organización hacendaria (...) Particularmente clamaba por una revisión a fondo de nuestro sistema tributario, que, en general, se conservaba el mismo de un pobre país agropecuario, latifundista y oligárquico, cuando la explotación petrolera había aumentado considerablemente la renta nacional, ampliaba la burocracia, fortalecido el comercio y estimulado la aparición de actividades industriales que pugnaban por abrirse paso por entre la competencia extranjera, y cuando, consecuencialmente, había aumentado la riqueza de la burguesía comercio-

industrial y burócrata y favorecido la aparición de un proletariado cada vez más consciente de su fuerza y derechos.

El nuevo ministro define el eje central de su filosofía hacendística: "las finanzas públicas no pueden y no deben aislarse de la economía nacional. Su prosperidad está estrechamente ligada a la prosperidad de la economía privada".

Se presenta los que a juicio del autor constituyen los 10 principios doctrinarios del pensamiento adrianista aplicables a las finanzas públicas:

1. Las políticas fiscal, tributaria, monetaria, cambiaria, financiera y comercial deben estar supeditadas a la estrategia de desarrollo y a la "política económica orgánica" de la nación.
2. Las políticas deben estimular "el desarrollo de las energías privadas".
3. Las cuentas fiscales han de ser equilibradas, los ingresos deben provenir de fuentes generadoras de riqueza permanente, haciéndolos independientes de fluctuaciones desestabilizadoras. Los egresos deben equipararse a los ingresos de fuentes permanentes.
4. El endeudamiento público debe ser utilizado sólo para la formación de capital fijo.
5. El atrasado sistema hacendístico venezolano debe ser objeto de una profunda reforma.
6. Un sistema tributario moderno debe introducir la fiscalidad directa y reformar la tributación indirecta.
7. El sistema tributario debe ser socialmente equitativo y progresivo.
8. La fiscalidad directa e indirecta debe procurar "el aumento de la riqueza imponible", es decir, ampliar la capacidad impositiva de contribuyentes existentes y nuevos.
9. El sistema tributario debe ser "estable" e "independiente", aislado de las fluctuaciones internacionales de los precios de exportación.
10. La recaudación tributaria debe ser reinvertida para agrandar la riqueza nacional.

Adriani transforma la filosofía tributaria venezolana con la introducción de dos principios: el régimen tributario debe responder a las necesidades del crecimiento económico y el desarrollo, y debe prote-

ger a las fuerzas productivas de la nación. Con estos criterios el hombre de Estado se separa de la visión "fiscalista" o "rentística" de las finanzas públicas -todavía prevaleciente en Venezuela- para formular una filosofía en la cual la tributación se origina en la producción y se debe a ella, no al revés. La frase de Uslar Pietri es categórica: "[para Adriani] lo esencial era la economía del país y sólo concebía la estructura fiscal como un modo de dirigirla y servirla".

Para Adriani existe una responsabilidad compartida entre el Estado y el contribuyente en la generación de la riqueza productiva. El contribuyente privado genera la riqueza por su iniciativa individual o empresarial, y el Estado se hace acreedor de una porción de esa riqueza, pero debe brindar a la sociedad servicios públicos eficientes y un Estado de derecho garante de la legalidad. El Estado debe generar confianza para que las "energías privadas" inviertan:

El hecho de que el Estado moderno atienda al sostenimiento de los diversos ramos de la administración pública, representa una contribución principalísima al desarrollo de la riqueza y al fomento del capital privado, ya que la ejecución de los trabajos públicos, las obras de educación, de sanidad, etc., ponen a circular el numerario y ensanchan las posibilidades adquisitivas del contribuyente, a cuyas manos vuelve en esta forma de impuesto, después de haber beneficiado también la colectividad.

El Ministerio de Hacienda se había quedado anquilosado después de las reformas de Román Cárdenas. La fiscalidad venezolana estaba compuesta sólo por impuestos indirectos, como el arancel de aduanas (70%) y las rentas de licores, cigarrillos y minas (30%). Esta estructura fiscal no registró mayores cambios durante el período del general Gómez. Gracias a la primera Ley de Hidrocarburos de 1920, introducida por el ministro de Fomento, Gumersindo Torres, el país había comenzado a cobrar una regalía a las empresas petroleras concesionarias. Recuerda Egaña:

Posteriormente, sobre todo a partir de 1925, comenzó la renta petrolera a ocupar sitio importante en nuestros presupuestos. Así, para el año económico 1934-1935, los ingresos fiscales pueden distribuirse aproximadamente, así:

- *Renta Aduanera y Consular: 30%.*

- *Renta Interna (licores, cigarrillos, estampillas, salinas, fósforos y otros impuestos indirectos): 40%.*
- *Renta petrolera (minas, faros y boyas): 30%.*

Por tanto, con excepción de la renta petrolera y de una suma insignificante recaudada por impuestos sobre trasmisiones hereditarias (...), todo lo demás era producido por impuestos indirectos.

Entre 1920 y 1929, la participación fiscal en la actividad petrolera se incrementó significativamente, de Bs. 1,5 millones a Bs. 50,5 millones (a precios corrientes), para luego bajar durante la Gran Depresión, y recuperarse, aunque más moderadamente, hasta Bs. 59,3 millones en 1935, creciendo de nuevo hasta Bs. 168 millones en 1941, último año del período constitucional lopecista.

En 1929, el valor de las exportaciones de petróleo se elevó a su nivel más alto para la época: Bs. 721 millones (87% de las exportaciones totales), frente a Bs. 212 de todos los demás rubros (café, cacao, ganado, tabaco, madera, cueros, hierro, oro, etcétera). Para 1935, el total exportado bajó a Bs. 529 millones y las exportaciones no petroleras sufrieron un verdadero colapso, al caer a Bs. 76 millones (64% menos que en 1929).

El ministro Adriani actúa en función de objetivos a corto plazo y a largo plazo. El gasto público en períodos de recesión es un instrumento dinamizador de la economía. El paradigma keynesiano es adoptado en Venezuela. Recurre a la herramienta presupuestaria para estimular, por una parte, la debilitada economía y, por la otra, reorientar el gasto público. En junio de 1936, el Ministro presenta a las Cámaras Legislativas su primer Presupuesto General de Rentas y Gastos para el ejercicio fiscal 1936-1937. El presupuesto ascendió a Bs. 216 millones.

El discípulo de Keynes opta por una política fiscal moderadamente expansiva. Durante el período presidencial de López Contreras, los compromisos fiscales derivados del Programa de Febrero supusieron una ampliación del gasto y la inversión. Entre 1937 y 1939, el aporte gubernamental al PIB sube a Bs. 237 millones (1937), Bs. 263 millones (1938) y Bs. 269 millones (1939), a precios corrientes.

Ninguna política fiscal expansiva tendrá el mismo efecto dinamizador sobre el aparato productivo si no va acompañada de una reorien-

tación del gasto. En el presupuesto para el ejercicio 1936-1937, el ministro de Hacienda incrementa el gasto en aquellos despachos del área económica y social que son prioritarios para el Programa de Febrero y disminuye relativamente el de ministerios como Relaciones Interiores y Guerra y Marina.

Así lo explica en la primera edición de la *Revista de Hacienda,* por él fundada como órgano de divulgación de estudios sobre economía y finanzas públicas. La asignación presupuestaria para los ministerios de Educación y de Obras Públicas, por ejemplo, es aumentada del 6% al 8%, y del 18% al 21%, respectivamente. Los nuevos despachos ministeriales de Agricultura y Cría, Comunicaciones y Sanidad y Asistencia Social reciben, respectivamente, el 15% y el 6%.

Conforme a la estrategia a largo plazo, el 20 de mayo crea la Subcomisión de Estudios de Legislación, integrada por Manuel R. Egaña, Aurelio Arreaza, Ángel D. Aguerrevere, Ricardo Castillo, T. C. Salazar Maza y Manuel Maldonado. Ésta tendrá por encargo revisar la legislación fiscal y tributaria. La Subcomisión, destaca Miguel Szinetar, produjo en pocas semanas tres instrumentos legales de trascendencia: la Ley de Arancel de Aduanas, la Ley sobre varios ramos de la Renta Nacional y la Ley Orgánica de la Renta Nacional de Cigarrillos.

La Ley de Aduanas representó un esfuerzo coherente de utilizar la política comercial como instrumento para incentivar el desarrollo productivo de Venezuela. El novedoso instrumento legal otorga amplias facultades al Ejecutivo Nacional para otorgar exoneraciones en función de la estrategia de desarrollo.

El Programa de Febrero propuso la formulación de "un plan de política comercial". El régimen arancelario debe orientar "las energías nacionales hacia las actividades más remuneradoras". Estas actividades eran la agropecuaria, la minera y la industria manufacturera, siempre y cuando éstas últimas "tengan posibilidad de vivir y hasta de prosperar", sin que sean una "pérdida seca" de eficiencia económica, es decir, que no requieran de una protección arancelaria permanente para subsistir.

El titular de las finanzas públicas propiciaba, sin embargo, una protección razonable por razones principalmente sociales. Adriani sentó doctrina en Venezuela al sostener la pertinencia de que toda

estrategia de desarrollo económico debe perseguir el bienestar y la equidad sociales.

El economista-ganadero propugna la suscripción de tratados de reciprocidad comercial bilaterales que abran mercados para los exportadores venezolanos. La producción venezolana debe estar "en condiciones de igualdad con la generalidad de los países del mundo".

Fueron racionales los criterios establecidos en la Ley para fijar los aranceles en consonancia con los objetivos de la política comercial. En primer lugar, los aranceles deben ser bajos en términos generales, para mejorar el poder adquisitivo de los consumidores y minimizar la pérdida de eficiencia para la economía.

Los demás criterios son subsidiarios del primero. El segundo consistía en mantener los aranceles para aquellos productos agrícolas cuya importación era necesaria, pero donde hubiere producción local. Estos artículos no sufrirían reducción de precios, mas el sostenimiento de los aranceles facilitaría la protección de estas industrias. El tercer criterio suponía conservar los aranceles preexistentes para aquellos bienes que necesitasen estudios técnicos para determinar su nivel adecuado. Por último, la reforma preveía la elevación de los aranceles para bienes suntuarios.

La exposición de motivos de la Ley contiene una sección sobre política petrolera, en la cual Adriani explaya su visión sobre la tributación de los hidrocarburos. Propone la reforma de las leyes de Hidrocarburos y de Minas (para la primera, sancionada en 1943, Egaña será su coredactor, y para la segunda, promulgada en 1945, Egaña también será su ponente en su condición de senador de la República; ambas presentadas a las Cámaras Legislativas por el presidente Medina Angarita, 1941-1945). Sugiere una reforma tributaria petrolera bajo el principio de que el Estado tiene el derecho de establecer a las empresas concesionarias internacionales aquellos tributos razonables que el desarrollo de la nación pueda requerir.

A pesar de que la reforma petrolera sería ejecutada por el presidente Medina, la Ley de Aduanas, sancionada el 20 de octubre de 1936, introdujo un artículo, el número 21, que disponía que "las mercancías que se exporten del país" estarían sujetas a un impuesto de "hasta 10% del valor del producto (...) cuando lo exijan el orden público o

los intereses nacionales". La nueva exacción se denominará "Derechos de exportación".

Una de las más útiles decisiones tomadas por el ministro Adriani fue la de crear la Dirección de Economía y Finanzas, encargada monitorear el desenvolvimiento económico, tributario y hacendístico de Venezuela, realizar estudios sobre el potencial productivo nacional e inventariar los recursos renovables y no-renovables. "Para ampliar las bases del sistema tributario, es necesario conocer la economía del país". El jefe de la sección de Economía de la nueva dirección será Arturo Uslar Pietri. Fue durante el período en que Uslar Pietri trabajó con Adriani, que el autor de *Las lanzas coloradas* escribió el trascendental editorial "Sembrar el petróleo", en la edición del 16 de julio de 1936 del diario *AHORA.*

La exposición de motivos del proyecto de ley sobre varios ramos de la Renta Nacional es una densa reflexión sobre el sistema tributario óptimo que debe tener un país como Venezuela. Para la profesora Mireya Villa López, este instrumento legal "fue el primer paso dado en Venezuela en el sentido de la modernización de nuestro sistema tributario".

La presión tributaria no debe desincentivar sino estimular la producción nacional. A mayor crecimiento económico, mayores ingresos fiscales. La tributación proviene del trabajo de la sociedad. Sólo si la sociedad produce, es posible gravar la renta. Una sociedad que no produce, no genera renta gravable. En la exposición de motivos el ministro asienta:

Si el país estuviera en vías de prosperidad, si se enrumbara definitivamente por el camino del trabajo ordenado y fecundo, es seguro que se podrían esperar mayores entradas fiscales. Pero si en cambio nuestra economía siguiera una marcha descendente, si el país por falta de confianza (...) no se dedicara resueltamente al trabajo, las entradas fiscales es seguro que no aumentarán, aun cuando se agraven los impuestos existentes y se establezcan nuevos tributos. Lo más probable en tales circunstancias sería que la agravación de la presión fiscal sólo consiga desorganizar y postrar más la economía de la nación.

La ley sobre varios ramos de la renta nacional fue también innovadora en cuanto a la introducción de nuevos impuestos, además de que redefinió el impuesto sobre sucesiones. Como lo destaca en la exposición de motivos, el ministro Adriani consultó las legislaciones de Alemania, Argentina, España, Estados Unidos, Francia, Inglaterra y México:

(...) mediante la aplicación del impuesto sucesoral (...) podrá llegarse a levantar una estadística de la cual se ha carecido hasta hoy: la del monto de la riqueza privada del país, su distribución y su probable renta, preciosos elementos de consulta para la más sólida y justa organización del sistema tributario nacional. Otras ventajas dignas de mencionarse son la de ser un impuesto de fácil recaudación (...) y de difícil evasión (...).

La nueva ley incorporó el principio de que cada heredero era sujeto de retención, en lugar de la totalidad de la base imponible. El gravamen a los herederos debe ser más directo y progresivo. La rata a cobrar era mayor en función del tamaño del patrimonio heredado y la lejanía del grado de parentesco. Esta propuesta, sin embargo, no fue aprobada por el Senado de la República. El Ministro argumenta en la Exposición de Motivos:

La progresividad del impuesto, como principio general, se halla más que justificada por el argumento bien conocido de que siempre [son] *los más pudientes los que mayores beneficios derivan de la acción protectora y tutelar del Estado, lógico es que sean ellos también los que paguen mayores contribuciones.*

Los impuestos sobre productos de farmacia, químicos y biológicos fueron también progresivos, según su grado de necesidad. Los artículos suntuarios recibieron las tasas más elevadas y los productos con la menor tasa fueron aquellos de mayor necesidad.

En la Ley Orgánica de la Renta Nacional de Cigarrillos, el titular de la Hacienda Pública analizó la problemática del sector desde el punto de vista de la producción. Los productores de cigarrillos, después de la introducción de la ley de 1932 –que había aumentado el impuesto–, sostenían que el nuevo rédito era una de las causas de la caída de la producción en los últimos años. La contracción del sector fue en realidad la consecuencia de la depresión económica mundial. No aumentó

la tasa y su siempre juicioso criterio le aconsejó mantener la de la ley de 1932 (1,5 céntimos de bolívar por cigarrillo), antes que reducirla, como demandaban los productores.

La ley más bien introdujo disposiciones dirigidas a fomentar el desarrollo de la producción de tabaco y de la industria del cigarrillo. Se facilitó la obtención de licencias a objeto de incrementar la oferta y estimular la competencia. Se tomaron medidas para ampliar la oferta exportable y se aplicaron iniciativas para permitir la cancelación de las obligaciones tributarias en plazos más amplios.

En el contexto histórico de los años treinta del siglo XX, puede afirmarse que la gestión de Adriani sentó las bases para la modernización de la hacienda pública nacional. No pudo completar su acción reformadora, pero sus discípulos la continuarían. Egaña, quien lo sucedió como ministro interino, evocará más tarde aquellos días de febril dedicación:

Manos a la obra, que cualquier pérdida de tiempo, en aquellas circunstancias, era un crimen de lesa patria (...) Y fue en el corto plazo que desempeñó el Ministerio de Hacienda cuando Adriani puso en acción, con fuerza incontenible, con diligencia inagotable, su mente práctica e idealista a la vez, sus amplios conocimientos de la teoría económica y fiscal, su versación en las leyes nacionales, su visión diáfana de nuestra realidad, su entrañable amor a la Patria y, como con frenesí de presagiado, su "feroz voluntad de realización".

Si Santos Michelena, secretario de Hacienda y Relaciones Exteriores del presidente Páez, fue el organizador de las finanzas públicas en Venezuela, y si Román Cárdenas, ministro de Hacienda del general Gómez, concibió la primera Ley Orgánica de Hacienda, Alberto Adriani completa la trilogía de los tres grandes ministros de Hacienda de la Venezuela republicana.

Como en el Ministerio de Agricultura, sus ejecutorias dan la impresión de que estuvo al frente del despacho de Hacienda por un período relativamente largo, tampoco fue así. Sólo 100 días duró su gestión. Esta vez no sería trasladado a otro Ministerio. Dios y la Providencia guardaban otro destino para el incansable y tenaz estadista.

10 principios de la tributación y el nuevo Estado social (1936)

En deuda con Venezuela **y contigo**

Fue escaso el tiempo libre que le quedó a Alberto Adriani para el disfrute de los pocos espacios de vida social y cultural en aquella Caracas de 200.000 habitantes que comenzaba a gatear con aspiraciones de gran urbe en 1936. Testigos de aquellos ajetreos de hombre de gobierno dan fe de que saltaba los días con jornadas de hasta 14 horas. Recuerda Picón Salas: "una lámpara estaba encendida hasta alta noche, en el segundo piso del Ministerio de Hacienda".

El estudiante aplicado con fama de apuesto que recorría museos y bibliotecas en París o Florencia, el joven diplomático que discurría con lucidez en las reuniones de la Sociedad de las Naciones, el escritor que cautivaba a sus lectores con su cultivada prosa, el orador que contagiaba a su audiencia de su pasión venezolanista, cedía terreno al agricultor de provincia que gustaba pasar desapercibido cuando entraba al caraqueñísimo restaurante Contestabile con Picón Salas, con quien el ministro cenaba los sábados pastas italianas y vino Chianti. Fue infranqueable su discreción, aunque no poco conocida su admiración por la belleza femenina.

Cada sábado –escribió el amigo– *yo solía encontrarme con el señor Ministro. Me encontraba más bien con el muchacho de Mérida en 1916 o con el estudiante de Caracas de 1921. Gustaba pasar incógnito (...) Él buscaba su fuerza sintiéndose un poco provin-*

ciano en Caracas; hombre de la montaña, para quien no se han hecho las ceremonias ni las frases pulidas, que huye de la sociedad envolvente y hasta llega a pensar –con algún candor–, que esa sociedad puede ser una Babilonia.

Picón Salas degustó con él la última pasta y el último vino el 24 de julio, 17 días antes de que Alberto falleciera inesperadamente el 10 de agosto de 1936, en su habitación del Hotel Majestic, donde residía desde que dejara para siempre a su Zea natal para acudir al encuentro de su largamente anhelado destino en Caracas. Siete meses de trabajo agotador y entusiasmo sin límites parecían reclamarle una pausa, más no su descanso eterno. Su muerte incomprensible, desgarradora y súbita estremeció a Venezuela. Sus familiares y amigos, desde el jefe del Estado hasta el ciudadano común, no podían salir de su asombro.

El joven estadista que encarnaba los sueños de una nueva generación de líderes dispuestos a dar lo mejor de sus vidas para construir una Venezuela próspera, civilizada y democrática, había dejado de existir. Su inverosímil muerte despojaría al futuro de Venezuela de una de sus mejores mentes.

El presidente López, en Consejo de Ministros, decretó tres días de duelo nacional. Las Cámaras Legislativas suspendieron las sesiones ordinarias y en la tarde emitieron sendos acuerdos de duelo. Su cuerpo sin vida fue trasladado al Hospital Vargas, donde se le practicó una autopsia por los doctores Córdoba y Jaffe y fue embalsamado por los doctores Gutiérrez Solís y Félix Lairet. Un paro cardíaco truncó su vida. Sus restos fueron velados en capilla ardiente en el Salón Elíptico del Congreso Nacional.

El diario *El Universal* dejó para la posteridad un conmovedor editorial:

Hombre joven (...) dueño de una de las preparaciones científicas más poderosas.

Ciudadano ejemplar (...) Su palabra cálida, apresurada y valiente resonará ampliamente en el corazón de los venezolanos (...) nos contagiábamos con su entusiasmo generoso.

El paso de Alberto Adriani por la vida pública venezolana es una categórica expresión de ejemplaridad. La robustez de su pensamiento y de su saber estaban aquilatados por una honestidad diamantina. El patriotismo se le afincaba en las recias virtudes que han sido basamento de las grandes vidas (...) Una juventud como la de Alberto Adriani es extraña flor de excelencia en las sociedades.

Ahí está el trabajo formidable, todos los proyectos de leyes elaborados (...) y ahí está, anteayer nomás, su presencia en las Cámaras, a luchar en buena ley democrática, como expresión de su carácter, de su patriotismo, de su preclara fe republicana (...) Hora de duelo magno para Venezuela, ésta en la que llora la muerte de uno de sus hijos mejores.

Uslar Pietri escribirá:

Ni los caciques surgidos de una raza contemporánea del Padre Orinoco, ni los hombres que a puro heroísmo ganaron la Independencia, ni los descendientes de los más antiguos colonos, han sido venezolanos, de modo más funcional y sustantivo, que este hijo de italianos.

No menos elocuente será el testimonio de Egaña:

Aún después de apagada su mente luminosa y de extinguida su férrea voluntad, siguió siendo el mentor de la generación que ha hecho la más profunda reforma financiera que registra nuestra historia. Presente estuvo su espíritu en otras realizaciones que completan las suyas: el Banco Central de Venezuela, el impuesto sobre la renta, la reivindicación del Estado sobre la riqueza de su subsuelo (...) falta mucho por hacer. No hemos logrado "sembrar el petróleo" (...) No hemos preparado (...) la óptima utilización de la tierra venezolana por el hombre venezolano. ¡Todavía estamos en deuda con Venezuela y contigo, Alberto Adriani!

Seguimos en deuda.

- Adriani, Alberto, *Cuadernos de composiciones*, Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Adriani, Alberto, *Textos Escogidos,* prólogo y bibliografía, Armando Rojas, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1998.
- Adriani, Alberto, *Labor Venezolanista,* Asdrúbal Baptista, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Manuel R. Egaña, R. A. I Rondón Márquez, Víctor Torrealba Silva, Armando Alarcón y Mireya Villa López, Academia Nacional de Ciencias Económicas, Caracas, 1987.
- Adriani Cano, J. Alfonso, documentos de la familia Adriani Mazzei.
- Arraíz Lucca, Rafael, *Venezuela: 1830 a nuestros días,* Editorial Alfa, Caracas, 2007.
- Baptista, Asdrúbal, *Bases cuantitativas de la economía venezolana 1830-2002,* Fundación Empresas Polar, Caracas, 2005.
- Betancourt, Rómulo, *El Plan de Barranquilla, análisis histórico,* Manuel Caballero, Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 2007.
- Carrera Damas, Germán, *Petróleo, modernidad y democracia,* Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 2006.
- Centro Crítico Creativo Alberto Adriani, Asociación de Ganaderos Alberto Adriani y Alcaldía Alberto Adriani, *Alberto Adriani, Memorias de un centenario,* Nelson Guerra Zambrano, Rigoberto Henríquez Vera, Héctor Mujica, Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff, varios autores, Mérida, 1998.
- Consalvi, Simón Alberto, *Profecía de la palabra, vida y obra de Mariano Picón Salas,* Tierra de Gracia Editores, Caracas, 1996.
- Cordero Ceballos, J.J. *Entrevista a Alberto Adriani,* Fundación Alberto Adriani, Caracas, 2000.
- Egaña, Manuel R., *Obras y ensayos seleccionados,* selección y estudios preliminares: Rafael J. Crazut y Félix Soublette, Banco Central de Venezuela, Caracas, 1990.
- Fundación Alberto Adriani, *Alberto Adriani en el centenario de su nacimiento,* Caracas, 2000.
- Fundación para la Cultura Urbana, *50 Imprescindibles,* Jesús Sanoja Hernández, curador; Miguel Szinetar Gabaldón, *Alberto Adriani – Reconstruir la economía,* Caracas, 2002.
- Fundación Polar, *Diccionario de Historia de Venezuela,* Caracas, 1997.
- Grisanti, Luis Xavier, *Manuel R. Egaña,* Biblioteca Biográfica Venezolana No. 64, diario El Nacional y Bancaribe, Caracas, 2007.

- Grisanti Luciani, Héctor, *López Contreras y el período presidencial,* en *Incursiones Periodísticas,* M. A. García, Caracas, 2005.
- Machado de Acedo, Clemy, *Eleazar López Contreras,* Biblioteca Biográfica Venezolana No. 18, diario El Nacional y Bancaribe, Caracas, 2005.
- Márquez Pérez, Oscar Eliseo, *Zea, Adriani y el siglo XXI,* Litorama, Mérida, 1998.
- Martínez, Aníbal R., *Cronología del petróleo venezolano,* 9na. Edición, Colegio de Ingenieros de Venezuela, Caracas, 2005.
- Mayobre, Eduardo, *Juan Pablo Pérez Alfonzo,* Biblioteca Biográfica Venezolana No. 16, diario El Nacional y Bancaribe, Caracas, 2005.
- Newman, Alberto, *Alberto Adriani, fecundo tránsito de una breve existencia,* Ediciones Merenap, Mérida, 1998.
- Noguera Mora, Neptalí, *Adriani y la Venezuela reformadora,* Gobernación del Estado Mérida y Centro de Acción Cultural, Mérida, 1998.
- Picón, Delia, *Mariano Picón Salas y sus amigos,* Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2004.
- Picón Salas, Mariano, *Viaje al Amanecer,* los Libros de El Nacional, Caracas, 2001.
- Polanco Alcántara, Tomás, *Eleazar López Contreras, el general de tres soles,* cuarta edición, Ediciones Ge, Caracas, 1995.
- Portilla, Javier, *Alberto Adriani y la construcción de una nación, aproximación a la política de inmigración de Eleazar López Contreras (1936-1941),* Universidad Metropolitana, Caracas, 2008.
- Rangel, Domingo Alberto, *Alberto Adriani y la Venezuela que no pudo ser,* Mérida Editores, Caracas, 2004.
- Rojas, Armando, *La huella de Alberto Adriani,* Fundación Alberto Adriani, Caracas, 1994.
- Suárez, Ramón Darío, *Genealogía de los Febres Cordero,* Editorial Venezolana, Mérida, Venezuela, 1992.
- Szinetar Gabaldón, Miguel, *El Proyecto de Cambio Social de Alberto Adriani 1914-1936,* Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES), Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1998.
- Vannini de Gerulewicz, Marisa, *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela,* Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1998.

De la isla de Elba a Los Andes de Venezuela 9

Infancia y adolescencia en Zea 13

Bachiller de la Universidad de Los Andes 17

Estudiante de Derecho en Santa Capilla 21

Un programa de gobierno... a los 20 años 25
La nueva civilización será tropical 26
La síntesis entre el ideal greco-latino y el germánico 27
La Pan-civilización futura, la América providente y el Nuevo Mundo Latino 28

Un Miranda civil: Europa y Estados Unidos 31
Licenciado en Economía de la Universidad de Ginebra 31
El hallazgo del Archivo de Miranda en Londres 34
Washington: primer jefe de agricultura de la Unión Panamericana 36

Adriani y Picón Salas: cuando la juventud es la edad de un pueblo 39

Precursor de la integración supranacional 45
La patria única: hacia un vasto proceso de unificación del mundo 46
Supranacionalismo y panamericanismo 47
Los Estados Unidos y las nuevas formas de civilización 49
Los Estados Unidos de Europa 51
El método realista y realizable para la integración

latinoamericana 53
El idealismo romántico, el humanismo y el sentido práctico del hombre de negocios 55
Un programa que nos señale la ruta durante un largo espacio de tiempo 57

El agricultor del Alto Escalante 59
La agonía de la agricultura venezolana 61
La política monetaria y cambiaria y la defensa de la producción 62
El banco moderno y el desarrollo 64
Descubridor de la Enfermedad Holandesa 64
10 lineamientos para un plan de desarrollo 65

Fatigando el café y descubriendo la radio 67

El proyecto de transformación de Venezuela 73
Las horas pasan y se nos cargan en cuenta 73
El plan metódico y la economía orgánica 74
El internacionalismo y las limitaciones del nacionalismo económico 74
La ciencia y el porvenir de la industria del café y de la agricultura 77
Cada familia de inmigrantes es como una buena escuela 80
El dilema de nuestra moneda 83
Un banco central de emisión y la reforma del sistema de pagos 86
La política comercial y su reciprocidad 87
Un sistema nacional de comunicaciones 88
La tributación y el nuevo Estado social 91
Las 12 directrices de una estrategia de desarrollo económico 94

Los límites de la explotación petrolera 97

¿Profeta, visionario o economista científico? 101
El futuro de países y regiones 101
Poblar e incorporar la Guayana a la patria 102
Pionero de la conservación
de los recursos naturales 102
Una política social avanzada y generosa 103

López Contreras y la transición democrática 105

**El Programa de Febrero: primer plan
de gobierno** 109

Primer ministro de Agricultura y Cría 113

En las huellas de Michelena y Cárdenas 119

En deuda con Venezuela y contigo 129

Bibliografía 133

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Francisco Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernandez
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.
71. Vicente Salias / Juan Carlos Reyes
72. Ezequiel Zamora / Manuel Donís Ríos
73. Francisco Linares Alcántara / David Ruiz Chataing
74. Juan Liscano / Rafael Arráiz Lucca
75. Martín Tovar y Tovar / Francisco Javier Duplá

Cuarta etapa / 2008-2009

76. Julio César Salas / Francisco Javier Pérez
77. Juan Germán Roscio / Carlos Pernalete
78. Armando Zuloaga Blanco / Ignacia Fombona de Certad
79. Jóvito Villalba / Omar Pérez
80. Miyó Vestrini / Mariela Díaz
81. Francisco González Guinán / Luis Zuccato
82. Emilio Boggio / Beatriz Sogbe
83. Jesús Muñoz Tébar / José Alberto Olivar
84. Fermín Toro / Rafael Fernández Heres
85. Antonio Arráiz / Alexis Márquez Rodríguez
86. Manuel Felipe de Tovar / Miguel Hurtado Leña
87. Wolfgang Larrazábal / Omar Pérez
88. Mariano Picón Salas / Gregory Zambrano
89. Victorino Márquez Bustillos / Antonio García Ponce

90. Miguel Acosta Saignes / Rafael Strauss K.
91. Juan Crisóstomo Falcón / Tomás Straka
92. Caracciolo Parra Pérez / Edmundo González Urrutia
93. Cristóbal Rojas / Francisco Javier Duplá
94. Alberto Adriani / Luis Xavier Grisanti

Este volumen de la Biblioteca Biográfica
Venezolana se terminó de imprimir el mes
de noviembre de 2008, en los talleres de
Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño
se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y
condensada de la familia tipográfica Swift
y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos.
En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja comc tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.
Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.
Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezola nos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.
Eugenio Montejo

Alberto Adriani

Biblioteca Biográfica Venezolana

Luis Xavier Grisanti

Pocos son los venezolanos a los cuales podemos llamar "hombres de Estado". Alberto Adriani fue uno de ellos. Nació en Zea, un pueblo andino, pequeño y aislado en medio de montañas, en 1898. Muy joven viajó a Europa: Ginebra y Londres (1921), donde se dedicó con rigor poco común al estudio de las ciencias económicas, mientras trabajaba en la Sociedad de las Naciones. De Ginebra viajó a Estados Unidos, en donde laboró en la Unión Panamericana hasta su regreso a Venezuela en 1930, y se fue a cultivar la tierra en el Alto Escalante. Dejaba a la poderosa nación del norte sumida en la perplejidad y en la confusión producidas por la más profunda crisis económica de su historia. La "mano oculta" del mercado desaparecía en medio del "Gran Crash" de 1929 y el capitalismo, para sobrevivir, recurrió a la transgresión de sus dogmas más ortodoxos.

Internarse en su tierra fue la mejor manera de eludir el régimen de Gómez. Cuando llegó al poder, López Contreras llamó a Adriani al despuntar 1936. Fundó el Ministerio de Agricultura y Cría y meses después fue designado ministro de Hacienda. Echó las bases de una reforma tributaria, punto de partida de la modernización del Estado. En ese escenario de la transición, se destacó como una de las grandes figuras de Venezuela. Para desgracia del país, murió repentinamente, el 10 de agosto de ese 1936: fue el gran año de su vida; también fue el último. Tenía 38 años.

Alberto Adriani escribió intensamente. Quedaron como legado invalorable sus ensayos sobre asuntos económicos. Dejó innumerables cuadernos de notas, ahora bajo custodia de la Academia Nacional de la Historia. Profundo conocedor del pensamiento de Adriani y de su tránsito vital, el economista Luis Xavier Grisanti ha escrito una biografía que retrata al gran venezolano y traza sus perfiles con rigor y admiración.

Simón Alberto Consalvi

ISBN 980-395-230-3

9 789803 952303

EL NACIONAL
J-00012242-3

Fundación BANCARIBE
J-29439649-6